3 1761 06741049 8
OBRAS
DE
BECQUER

Bind 15/-

OBRAS

DE

GUSTAVO A. BECQUER

33985

OBRAS

DE

GUSTAVO A. BECQUER

CUARTA EDICIÓN

AUMENTADA CON VARIAS POESÍAS Y LEYENDAS

TOMO TERCERO

MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
Carrera de San Jerónimo, 2.
1885

MICROFORMED BY
PRESERVATION
SERVICES
DATE 16/8/87

Derechos de propiedad reservados.
Queda hecho el depósito que previene la ley.

20061
C

MADRID, 1885: Est. Tip. de Ricardo Fé, Cedaceros, 11

ARTÍCULOS VARIOS

LA PEREZA

La pereza dicen que es don de los inmortales: en efecto, en esa serena y olímpica quietud de los perezosos de pura raza, hay algo que les da cierta semejanza con los dioses.

El trabajo aseguran que santifica al hombre: de aquí sin duda el adagio popular que dice: «A Dios rogando y con el mazo dando». Yo tengo, no obstante, mis ideas particulares sobre este punto. Creo, en efecto, que se puede recitar una jaculatoria, mientras se echan los bofes golpeando un yunque; pero la verdadera oración, esa oración sin palabras que nos pone en contacto con el Ser Supremo, por medio de la idea mística, no puede existir sin tener á la pereza por base.

La pereza, pues, no sólo ennoblece al hombre

porque le da cierta semejanza con los privilegiados seres que gozan de la inmortalidad, sino que, después de tanto como contra ella se declama, es seguramente uno de los mejores caminos para irse al cielo.

La pereza es una deidad á que rinden culto infinitos adoradores; pero su religión es una religión silenciosa y práctica: sus sacerdotes la predican con el ejemplo; la naturaleza misma en sus días de sol y suave temperatura, contribuye á propagarla y extenderla con una persuasión irresistible.

Es cosa sabida que la bienaventuranza de los justos es una felicidad inmensa, que no acertamos á comprender ni á definir de una manera satisfactoria. La inteligencia del hombre, embotada por su contacto con la materia, no concibe lo puramente espiritual, y esto ha sido causa de que cada uno se represente el cielo, no tal como es, sino tal como quisiera que fuese.

Yo lo sueño con la quietud absoluta, como primer elemento de goce: el vacío alrededor, el alma despojada de dos de sus tres facultades: la voluntad y la memoria, y el entendimiento, esto es, el espíritu reconcentrado en sí mismo, gozando en contemplarse y en sentirse.

Esta es la razón por qué no estoy conforme con el poeta que ha dicho:

¡Heureux les morts, éternels paresseux!

Esa pereza eterna del cadáver, cómodamente tendido sobre la tierra blanda y removida de la sepultura, no me disgusta del todo; sería tal vez mi bello ideal, si en la muerte pudiera tener la conciencia de mi reposo. ¿Será que el alma desasida de la materia vendrá á cernerse sobre la tumba, gozándose en la tranquilidad del cuerpo que la ha alojado en el mundo?

Si fuera así, decididamente me hacía partidario del tan repetido y manoseado «reposo de la tumba», tema favorito de los poetas elegiacos y llorones, y aspiración constante de las almas superiores y no *comprendidas*. Pero... ¡la muerte!

«¿Quién sabe lo que hay detrás de la muerte?» —pregunta Hamlet en su famoso monólogo, sin que nadie le haya contestado todavía. Volvamos, pues, á la pereza de la vida, que es lo más positivo.

La mejor prueba de que la pereza es una aspiración instintiva del hombre, y uno de sus mayores bienes, es que, tal como está organizado este pícaro mundo, no puede practicarse, ó al menos su práctica es tan peligrosa, que siempre ofrece por perspectiva el hospital. Y que el mundo, tal como le conocemos hoy, es la antítesis completa del paraíso de nuestros primeros padres, también

es cosa que por lo evidente no necesita demostración. Sin embargo, el cielo, la luz, el aire, los bosques, los ríos, las flores, las montañas, la creación, en fin, todo nos dice que subsiste la pereza. ¿Dónde está la variación? El hombre ha comido la fruta prohibida; ha deseado saber; ya no tiene derecho á ser perezoso.

—¡Trabaja, muévete, agítate para comer! Esto es tan horrible, como si nos dijeran:—¡Da á esa bomba, suda, afánate para coger el aire que has de respirar!

¡Cuántas veces, pensando en el bien perdido por la falta de nuestros primeros padres, he dicho en el fondo de mi alma, parodiando á Don Quijote en su célebre discurso sobre la edad de oro:—Dichosa edad, y dichosos tiempos aquellos en que el hombre no conocía el tiempo, porque no conocía la muerte, é inmóvil y tranquilo gozaba de la voluptuosidad de la pereza en toda la plenitud de sus facultades!—Caímos del trono en que Dios nos había sentado; ya no somos los señores de la creación; sino una parte de ella, una rueda de la gran máquina, más ó menos importante, pero rueda al fin, condenada, por lo tanto, á voltear y á engranarnos con otras, gimiendo y rechinando, y queriéndonos resistir contra nuestro inexorable destino. Algunas veces la pereza, esa deidad celeste, primera amiga del hombre feliz, pasa á nuestro

lado y nos envuelve en la suave atmósfera de languidez que la rodea, y se sienta con nosotros y nos habla ese idioma divino de la trasmisión de las ideas por el flúido, en el que no se necesita n aun tomarse el trabajo de remover los labios para articular palabras. Yo la he visto muchas veces flotar sobre mí, y arrancarme al mundo de la actividad, en que tan mal me encuentro. Mas su paso por la tierra es siempre ligerísimo; nos trae el perfume de la bienaventuranza, para hacernos sentir mejor su ausencia. ¡Qué casta, qué misteriosa, qué llena de dulce pudor es siempre la pereza del hombre!

Ved la actividad, corriendo por el mundo, como una bacante desmelenada, dando una forma material y grosera á sus ideas y sus ensueños; ved e mercado público cotizándolos, vendiéndolos á precio de oro. Santas ilusiones, sensaciones purísimas, fantasías locas, ideas extrañas, todos los misterios hijos del espíritu, son, apenas nacen, cogidos por la materia, su estúpido consocio, y expuestas desnudas, temblorosas y avergonzadas á los ojos de la multitud ignorante.

Yo quisiera pensar para mí, y gozar con mis alegrías, y llorar con mis dolores, adormido en los brazos de la pereza, y no tener necesidad de divertir á nadie con la relación de mis pensamientos y mis sensaciones más secretas y escondidas.

Vamos de una eternidad de reposo pasado á otra eternidad futura por un punto, que no otra cosa es la vida: ¡á qué agitarnos en él con la ilusión de que hacemos algo agitándonos!

Yo he visto con el microscopio una gota de agua, en ella esos insectos apenas perceptibles, cuya existencia es tan breve, que en una hora viven cinco ó seis generaciones, y he dicho, al mirarlos moverse:—¿Si creerá ese bichejo que hace alguna cosa?—Para afanarnos en el mundo, sería menester que nos pusiesen una montera que nos tapara el cielo, de modo que la comparación con su inmensidad no hiciera tan sensible nuestra pequeñez. Yo quiero ser consecuente con mi pasado y mi futuro probables, y atravesar ese puente de la vida, echado sobre dos eternidades, lo más tranquilamente posible. Yo quiero... pero quiero tantas cosas, que sólo con enumerarlas podría hacer un artículo largo como de aquí á mañana, y no es este seguramente mi propósito.

Aún me acuerdo que en una ocasión, sentado en una eminencia, desde la que se dilataba ante mis ojos un inmenso y reposado horizonte, llena mi alma de una voluptuosidad tranquila y suave, inmóvil como las rocas que se alzaban á mi alrededor, y de las cuales creía yo ser una, una que pensaba y sentía, como yo creo que sentirán y acaso pensarán todas las cosas de la tierra, comprendí de tal

modo el placer de la quietud y la inmovilidad perpetua, la suprema pereza tal y tan acabada como la soñamos los perezosos, que resolví escribirle una oda y cantar sus placeres, desconocidos por la inquieta multitud.

Ya estaba decidido; pero al ir á moverme para hacerlo, pensé, y pensé muy bien, que el mejor himno á la pereza es el que no se ha escrito ni se escribirá nunca. El hombre capaz de intentarlo se pondría en contradicción con sus ideas. Y no lo escribí. En este instante me acuerdo de lo que pensé ese día: pensaba extenderme en elogio de la pereza, á fin de hacer prosélitos para su religión. ¿Pero cómo he de convencer con la palabra, si la desvirtuó con el ejemplo? ¿Cómo ensalzar la pereza trabajando? Imposible.

La mejor prueba de mi firmeza en las creencias que profeso, es poner aquí punto y acostarme. ¡Lástima que no escriba esto sentado ya en la cama! ¡No tendría más que recostar la cabeza, abrir la mano y dejar caer la pluma!

EL ADEREZO DE ESMERALDAS

Estábamos parados en la Carrera de San Jerónimo, frente á la casa de Durán, y leíamos el título de un libro de Mery.

Como me llamase la atención aquel título extraño, y se lo dijese así al amigo que me acompañaba, éste, apoyándose ligeramente en mi brazo, exclamó: — El día está hermoso á más no poder, vamos á dar una vuelta por la Fuente Castellana. Mientras dura el paseo, te contaré una historia en la que yo soy el héroe principal. Verás cómo, después de oirla, no sólo comprendes el título, sino que te lo explicas de la manera más fácil del mundo.

Yo tenía bastante que hacer; pero como siempre estoy deseando un pretexto para no hacer nada,

acepté la proposición, y mi amigo comenzó de esta manera su historia:

—Hace algún tiempo, una noche en que salí á dar vueltas por las calles, sin más objeto que el de darlas, después de haber examinado todas las colecciones de estampas y fotografías de los establecimientos, de haber escogido con la imaginación delante de la tienda de los Saboyanos los bronces con que yo adornaría mi casa, si la tuviese, de haber pasado, en fin, una revista minuciosa á todos los objetos de arte y de lujo expuestos al público detrás de los iluminados cristales de las anaquelerías, me detuve un momento ante la de Samper.

No sé cuanto tiempo haría que estaba allí regalando con la imaginación á todas las mujeres guapas que conozco, á ésta un collar de perlas, á aquélla una cruz de brillantes, á la otra unos pendientes de amatistas y oro. Dudaba en aquel punto á quién ofrecería, que lo mereciese, un magnífico aderezo de esmeraldas, tan rico como elegante, que entre todas las otras joyas llamaba la atención por la hermosura y claridad de sus piedras, cuando oí á mi lado una voz suave y dulcísima exclamar con un acento que no pudo menos de arrancarme de mis imaginaciones: «¡Qué hermosas esmeraldas!»

Volví la cabeza en la dirección que había oído resonar aquella voz de mujer, porque solo así po-

día tener un eco semejante, y encontré, en efecto, que era una mujer hermosísima. No pude contemplarla más que un momento, y sin embargo, su belleza me hizo una impresión profunda.

A la puerta de la joyería de donde había salido, estaba un carruaje. La acompañaba una señora de cierta edad, muy joven para ser su madre, demasiado vieja para ser su amiga. Cuando ambas hubieron subido á la carretela, partieron los caballos, y yo me quedé hecho un tonto, mirándola ir hasta perderla de vista.

¡Qué hermosas esmeraldas! había dicho. En efecto; las esmeraldas eran bellísimas: aquel collar, rodeado á su garganta de nieve, hubiera parecido una guirnalda de tempranas hojas de almendro, salpicadas de rocío; aquel alfiler sobre su seno, una flor de loto cuando se mece sobre su movible onda, coronada de espuma. ¡Qué hermosas esmeraldas! ¿Las deseará acaso? Y si las desea ¿por qué no las posee? Ella debe ser rica y pertenecer á una clase elevada; tiene un carruaje elegante, y en la portezuela de ese carruaje he creído ver un noble blasón. Indudablemente hay en la existencia de esa mujer algún misterio.

Estos fueron los pensamientos que me agitaron después que la perdí de vista, cuando ya ni el rumor de su carruaje llegaba á mis oídos. Y en efec-

to, en su vida, al parecer tan apacible y envidiable, había un misterio horrible. No te diré cómo pero yo llegué á penetrarlo.

Casada desde muy niña con un libertino, que, después de disipar una fortuna propia, había buscado en un ventajoso enlace el mejor expediente para gastar otra ajena; modelo de esposas y de madres, aquella mujer había renunciado á satisfacer el menor de sus caprichos para conservar á su hija alguna parte de su patrimonio, para mantener en el exterior el nombre de su casa á la altura que en la sociedad había tenido siempre.

Se habla de los grandes sacrificios de algunas mujeres. Yo creo que no hay ninguno comparable, dada su organización especial, con el sacrificio de un deseo ardiente, en el que se interesan la vanidad y la coquetería.

Desde el punto en que penetré el misterio de su existencia, por una de esas extravagancias de mi carácter, todas mis aspiraciones se redujeron á una sola: poseer aquel aderezo maravilloso, y regalárselo de una manera que no lo pudiese rechazar, de un modo que no supiese ni aun de qué mano podría venir.

Entre otras muchas dificultades que desde luego encontré á la realización de mi idea, no era seguramente la menor que, ni poco ni mucho, tenía dinero para comprar la joya.

No desesperé, sin embargo, de mi propósito.

¿Cómo buscar dinero? decía yo para mí, y me acordaba de los prodigios de las *Mil y una noches*, de aquellas palabras cabalísticas, á cuyo eco se habría la tierra y se mostraban los tesoros escondidos, de aquellas varas de virtud tan grande que, tocando con ellas en una roca, brotaba de sus hendiduras un manantial no de agua, que era pequeña maravilla, sino de rubíes, topacios, perlas y diamantes.

Ignorando las unas, y no sabiendo donde encontrar la otra, decidí por último escribir un libro y venderlo. Sacar dinero de la roca de un editor no deja de ser milagro; pero lo realicé.

Escribí un libro original, que gustó poco, porque sólo una persona podía comprenderlo; para las demás sólo era una colección de frases.

Al libro le titulé *El adcrezo de esmeraldas*, y lo firmé con mis iniciales solas.

Como yo no soy Víctor Hugo, ni mucho menos, excuso decirte que por mi novela no me dieron lo que por la última que ha escrito el autor de *Nuestra Señora de París*, pero con todo y con eso, reuní lo suficiente para comenzar mi plan de campaña.

El aderezo en cuestión valdría como cosa de unos catorce á quince mil duros, y para comprarlo contaba ya con la respetable cantidad de tres mil reales: necesitaba, pues, jugar.

Jugué, y jugué con tanta decisión y fortuna, que en una sola noche gané lo que necesitaba.

A propósito del juego he hecho una observación, en la que cada día me confirmo más y más. Como se apunte con la completa seguridad de que se ha de ganar, se gana. Al tapete verde no hay que acercarse con la vacilación del que va á probar su suerte, sino con el aplomo del que llega por algo suyo. De mí sé decirte que aquella noche me hubiera sorprendido tanto el perder, como si una casa respetable me hubiese negado dinero con la firma de Rotschild.

Al otro día me dirigí á casa de Samper. ¿Creerás que al arrojar sobre el despacho del joyero aquel puñado de billetes de todos colores, aquellos billetes que representaban para mí cuando menos un año de placer, muchas mujeres hermosas, un viaje á Italia, y *champagne* y vegueros á discreción, vacilé un momento? Pues no lo creas: los arrojé con la misma tranquilidad ¡qué digo tranquilidad! con la misma satisfacción con que Buckingham, rompiendo el hilo que las sujetaba, sembró de perlas la alfombra del palacio de su amante.

Compré las joyas, y las llevé á mi casa. No puedes figurarte nada más hermoso que aquel aderezo. No extraño que las mujeres suspiren alguna vez al pasar por delante de esas tiendas que ofrecen á sus ojos tan brillantes tentaciones; no extraño que

Mefistófeles escogiese un collar de piedras preciosas como el objeto más á propósito para seducir á Margarita: yo, con ser hombre y todo, hubiera querido por un instante vivir en el Oriente y ser uno de aquellos fabulosos monarcas que se ciñen las sienes con un círculo de oro y pedrería, para poder adornarme con aquellas magníficas hojas de esmeraldas con flores de brillantes.

Un *gnomo* para comprar un beso de una *silfa* no hubiera logrado encontrar entre los inmensos tesoros que guarda el avaro seno de la tierra, y que solos conocen, una esmeralda más grande, más clara, más hermosa que la que brillaba, sujetando un lazo de rubíes, en mitad de la diadema.

Dueño ya del aderezo, comencé á imaginar el modo de hacerlo llegar á la mujer á quien lo destinaba.

Al cabo de algunos días, y merced al dinero que me quedó, conseguí que una de sus doncellas me prometiese colocarlo en su guarda-joyas sin ser vista; y á fin de asegurarme de que por su conducto no había de saberse el origen del regalo, la dí cuanto me restaba, algunos miles de reales, á condición de que, apenas hubiese puesto el aderezo en el lugar convenido, abandonaría la corte para trasladarse á Barcelona. En efecto, lo hizo así.

Juzga tú cual no sería la sorpresa de su señora cuando, después de notar su inesperada desapari-

ción, y sospechando que tal vez había huído de la casa llevándose alguna cosa, encontró en su *secretaire* el magnífico aderezo de esmeraldas. ¿Quién había adivinado su pensamiento? ¿Quién había podido sospechar que aún recordaba de cuando en cuando aquellas joyas con un suspiro?

Pasó tiempo y tiempo. Yo sabía que conservaba mi regalo, sabía que se habían hecho grandes diligencias por averiguar cual era su origen, y sin embargo, nunca la ví adornada con él.—¿Desdeñará la ofrenda? ¡Ah! decía yo, ¡si supiese todo el mérito que tiene ese regalo; si supiese que apenas le supera el de aquel amante que empeñó en invierno la capa para comprar un ramo de flores! ¡Creerá tal vez que viene de mano de algún poderoso que algún día se presentará, si lo admiten, á reclamar su precio. Cómo se engaña!

Una noche de baile me situé á la puerta del palacio, y confundido entre la multitud esperé su carruaje para verla. Cuando llegó éste, y, abriendo el lacayo la portezuela, apareció ella radiante de hermosura, se elevó un murmullo de admiración de entre la apiñada muchedumbre. Las mujeres la miraban con envidia, los hombres con deseo; á mí se me escapó un grito sordo é involuntario. Llevaba el aderezo de esmeraldas.

Aquella noche me acosté sin cenar; no me acuerdo si porque la emoción me había quitado las ga-

nas ó porque no tenía qué: de todos modos, era feliz. Durante mi sueño creí percibir la música del baile y verla cruzar ante mis ojos, lanzando chispas de fuego de mil colores, y hasta me parece que bailé con ella.

La aventura de las esmeraldas se había traslucido, siendo objeto, cuando apareció en su *secretaire*, de las conversaciones de algunas damas elegantes.

Después de haberse visto el aderezo, ya no quedó lugar á dudas, y los ociosos comenzaron á comentar el hecho. Ella gozaba de una reputación intachable. A pesar de los extravíos y del abandono en que su marido la tenía, la calumnia no pudo jamás elevarse hasta el alto lugar en que la habían colocado sus virtudes; sin embargo, en esta ocasión comenzó á levantarse el *venticello* por donde comienza, según Don Basilio.

Un día en que me hallaba en un círculo de jóvenes, se hablaba de las famosas esmeraldas, y un fatuo dijo al fin, como terminando la cuestión:

—No hay que darle vueltas: esas joyas tienen un origen tan vulgar, como todas las que se regalan en este mundo. Pasó ya el tiempo en que los genios invisibles ponían maravillosos presentes debajo de la almohada de las hermosas, y el que hace un regalo de ese valor es con la esperanza de la recompensa... y esa recompensa, ¡quién sabe si se cobraría adelantada!...

Las palabras de aquel necio me sublevaron, y me sublevaron sobre todo, porque encontraron eco en los que las oían. No obstante, me contuve. ¿Qué derecho tenía yo para salir á la defensa de aquella mujer?

No había pasado un cuarto de hora cuando se me ofreció la ocasión de contradecir al que la había injuriado. No sé á propósito de qué le contradije; lo que te puedo asegurar es que lo hice con tanta aspereza, por no decir grosería, que de contestación en contestación sobrevino un lance. Era lo que yo deseaba.

Mis amigos, conociendo mi carácter, se admiraban, no solo de que hubiese buscado un desafío por una causa tan fútil, sino de mi empeño en no dar ni admitir explicaciones de ningún genero.

Me batí, no sé decirte si con fortuna ó sin ella, pues aunque al hacer fuego ví vacilar un instante á mi contrario y caer redondo á tierra, un instante después sentí que me zumbaban los oídos y que se oscurecían mis ojos. También estaba herido, y herido de gravedad en el pecho.

Me llevaron á mi pobre habitación presa de una espantosa fiebre... Allí... No sé los días que permanecí, llamando á voces no sé á quién... á ella sin duda. Hubiera tenido valor para sufrir en silencio toda la vida, á trueque de obtener al borde del se-

pulcro una mirada de gratitud; ¡pero morir sin dejarle siquiera un recuerdo!

Estas ideas atormentaban mi imaginación en una noche de insomnio y de calentura, cuando ví que se separaron las cortinas de mi alcoba, y en el dintel de la puerta apareció una mujer. Yo creí que soñaba, pero no. Aquella mujer se acercó a mi lecho, á aquel pobre y ardiente lecho en que me revolcaba de dolor; y levantándose el velo que cubría su rostro, dejó ver una lágrima suspendida de sus largas y oscuras pestañas. ¡Era ella!

Yo me incorporé con los ojos espantados, me incorporé y... en aquel punto llegaba frente á casa de Durán...

—¡Cómo! exclamé yo interrumpiéndole al oir aquella salida de tono de mi amigo; ¿pues no estabas herido y en la cama?

—¡En la cama!... ¡ah! ¡qué diantre!... Se me había olvidado advertirte que todo esto lo vine yo pensando desde casa de Samper, donde en efecto ví el aderezo de esmeraldas y oí la exclamación que te he dicho en boca de una mujer hermosa, hasta la Carrera de San Jerónimo, donde un codazo de un mozo de cuerda me sacó de mi abstración frente á casa de Durán, en cuyo escaparate reparé un libro de Mery con este título: *Histoire de ce qui n' est pas arrivé*, «Historia de lo que no ha sucedido». ¿Lo comprendes ahora?

Al escuchar este desenlace, no pude contener una carcajada. En efecto, yo no sé de qué tratará el libro de Mery; pero ahora comprendo que con ese título podrían escribirse un millón de historias á cual mejores.

LAS PERLAS

UIÉN no ha pensado alguna vez, mirando los granizos saltar en el alféizar de la ventana y oyendo el repiqueteo de sus golpes en los cristales: —«¡Si estos granizos fueran monedas de cinco duros!»—¿Y quién no ha añadido completando la frase, después de reflexionar un instante sobre los inconvenientes que traería á la sociedad esta riqueza repentina, que al fin y al cabo daría por resultado una pobreza general?—«¡Y sólo cayeran en el patio de mi casa!»—Porque en efecto, nada más inútil que el oro el día en que se hiciese tan común como el estaño. Todo lo que se prodiga es vulgar; nadie aprecia lo que no ha de causar envidia, y es seguro que hasta la salud se miraría como cosa despreciable, si no hubiese enfermos.

¿Qué piedras preciosas, qué objetos de lujo y de suprema elegancia habrá comparables á las flores, tan diversas en brillante color, caprichosas formas y suaves perfumes? ¿Qué hay, á pesar de esto, más vulgar que las flores? Es verdad que han tenido también su día de reinado; es verdad que su escasez, si no su belleza, las ha hecho objeto de lujo en épocas determinadas, pero alternativamente se han destronado unas á otras, para dejarle el puesto á la última y desconocida producción vegetal de un clima remoto.

Un hecho que ha tenido lugar últimamente en la famosa feria de Leipsick, á la cual acuden para hacer sus compras los más reputados joyeros alemanes, nos ha inspirado las ya vulgares reflexiones que dejamos hechas acerca de las causas de depreciación de ciertos objetos.

Parece que un comerciante de Ceylán, hasta ahora desconocido en la plaza, se ha presentado este año con una colección de perlas tan gruesas y tan nunca vistas por sus condiciones de Oriente, igualdad y trasparencia, que con justicia han sido colocadas en primer término y pagadas mejor que todas las otras perlas de que el mercado estuvo muy abundante.

Hasta aquí el suceso no tiene nada de particular; pero es el caso que á última hora comenzó á correr de boca en boca por todo Leipsick una his-

tòria maravillosa, un verdadero cuento de hadas.

Decíase que aquel traficante, desconocido de los que andan en este comercio, era un antiguo buzo, el cual había descubierto un banco tan extraordinario, que todas las conchas que lo formaban contenían una perla más ó menos grande. La historia pareció absurda al principio; mas luego, teniendo en cuenta la imposibilidad de que á no ser así, dispusiese un particular de un número tan considerable de perlas, no cogidas en las pesquerías del gobierno, hubo una verdadera alarma entre los compradores.

Sabido es que las pesquerías de Ceylán son propiedad del Estado que posee estas islas, y que los que arriendan al gobierno las pesquerías, lo hacen en una cantidad alzada, de modo que sólo ellos, que disponen de grandes medios, pueden emprender un negocio costosísimo, en el cual se emplean millones de hombres para obtener algún resultado. ¿Cómo un solo individuo ha podido, trabajando aislada y furtivamente, reunir un número considerable de perlas de tal magnitud, que suponen una inmensa cantidad desechada, y operarios y buzos sin cuento?

Las pesquerías oficialmente hechas no han dado por resultado una seguridad de la existencia del maravilloso banco de que se hablaba en Leipsick; pero todo induce á creer que en efecto existe, y una

vez descubierto, inundará el mercado de perlas hasta el punto de hacer vulgarísima una materia, objeto hoy de lujo, buscada y pagada á precios oxorbitantes.

¡El reinado de las perlas toca á su fin! Este grito de angustia lanzado por los traficantes y joyeros de Alemania, ha encontrado un eco en los más elegantes *boudoirs* de las damas de Europa.

Se teme, y con razón, que se repita uno de esos cuentos orientales en que las piedras preciosas, regaladas por los malos genios á los muchachos en cambio de una indiscreción, se trasformaban al otro día en carbones.

Mientras el diamante espera temblando la hora en que un químico le derribe del trono que ocupa, al cristalizar el carbón puro; mientras las materias más preciosas, merced á las conquistas de la ciencia, aguardan de un día á otro una depreciación inevitable, la perla, esa «gota de rocío cuajada», como la llaman los poetas indios, esa «lágrima de la aurora perdida en el fondo del mar», como ha dicho un célebre orientalista; la perla, ajena á todo miedo, merced á las dificultades de su adquisición, se ostentaba llena de orgullo en los hombros de nuestras hermosas, en sus cabellos negros como la noche, ó en sus brazos torneados y blancos como la nieve.

No obstante, le ha llegado también su hora. En

vano se procura disimular la crisis comercial hasta tanto que los joyeros de Alemania y los comerciantes holandeses hayan realizado sus existencias; á un mismo tiempo, un periódico inglés y dos revistas de intereses materiales de Bélgica han dado la voz de alarma.

Las perlas van á desaparecer del catálogo de los objetos preciosos: ya las mujeres no las verán con un suspiro de envidia detrás de la iluminada anaquelería de un joyero; ya no harán un primer papel en las anécdotas galantes; sin embargo, su historia es tan brillante como antigua. Mucho se ha discutido acerca de la época de la primera exportación de esta materia preciosa, objeto siempre de un gran comercio entre la India y las naciones occidentales. Homero no habla de las perlas, y con este dato niegan algunos que se conociesen antes de emplearlas los romanos. En el libro de Job y el de los Proverbios se mencionan, y ateniéndose á esta cita, parece indudable que, al menos del pueblo judío, fueron conocidas desde tiempos muy remotos.

La primera perla célebre de que habla la historia, perla que por otra parte merecía con razón ser mencionada, es la que Julio César dió á Servilia, hermana de Catón de Útica. Hoy no es posible formarse una idea exacta de sus condiciones y su tamaño, qor ignorarse el precio que tenían y la tasación aproximada; pero es seguro que no debió

ser, como vulgarmente se dice, grano de anís, cuando al galante César le costó la friolera de 6.000 grandes sextercios, próximamente unos cinco millones de reales.

De esta calidad debió ser sin duda la que dió origen á un proverbio romano, el cual da hoy por seguro que «una hermosa perla colocada en el seno de una mujer, hacía las veces de líctor, separando á la multitud y atrayendo sobre su dueña la consideración y el respeto de las turbas».

En el día han variado mucho las condiciones sociales; pero aún puede decirse que hace las veces de Cupidillo. ¿A cuantos que no fascinarían los más hermosos ojos del mundo, no ha flechado el aderezo de perlas de una mujer rica, especie de arco-iris de la tempestad, vaga promesa de una dote respetable? Pero volvamos á Roma. Las romanas, antes que todo, y por más que algunos historiadores se empeñen en probarnos lo contrario, eran mujeres, y como tales mujeres, amigas del lujo y la ostentación, caprichosas y antojadizas. Sentados estos precedentes, no hay para qué decir que, una vez conocidos el gusto por las perlas, entonces la última novedad, se desarrolló espontáneamente entre el sexo hermoso. Se usaron perlas entre los cabellos, en las orejas, en el pecho y en los brazos. Con ellas se bordaron las túnicas, los velos, los mantos, y hasta los coturnos; se incrus-

taron en las vajillas, en las ánforas, en los muebles y hasta en los muros. Y en pos de las mujeres vinieron los hombres. Comenzó Pompeyo entrando triunfante en Roma con treinta coronas de perlas á sus pies, y una vez conquistada Alejandría, y hecho más general su comercio, acabaron Calígula y Nerón cuajando de ellas los arreos de sus caballos, después de prodigarlas con una profusión espantosa en sus vestiduras.

A los que se espantan hoy del lujo de nuestras mujeres y lo llaman escandaloso é inmoral, quisiéramos poderlos trasladar, después de una de nuestras reuniones más brillantes, á una de aquellas *soirées* ó *tés dansants* romanos, en donde se descolgaban prójimas que, como Lullia Paulina, llevaban á cuestas diariamente, y así como para andar por casa de trapillo, valor de treinta millones en perlas, piedras preciosas y otras zarandajas del mismo jaez.

Llegada á este punto la exageración del uso de las perlas, parece como que no habría medios de seguir adelante; mas no fué así: los que no sabían ya qué hacer para mostrarse más pródigos que sus antecesores, imaginaron machacarlas y servirlas en los banquetes rociadas en polvo aljofarado sobre los manjares.—Machacarían perlas de poco valor, pequeñas y deformes, dirán algunos.—Todo es posible: en Roma como en Madrid, debió haber

muchos de los que quieren y no pueden; pero la vanidad, que aunque no lo parezca, es muy ingeniosa, había establecido un ceremonial para evitar supercherías.

Era costumbre que al mediar el festín, el anfitrión ó *anfitriona* se quitase del cuello la perla, una perla mayúscula, y la triturase en presencia de los convidados que la habían de consumir.

Ignoramos hasta qué punto serán digestivas las perlas; mas lo que podemos asegurar es que, sólo al acordarnos de estos convites en que hacían tan principal papel, se nos crispan los nervios pensando en cómo rechinarían sus partículas entre los dientes.

Después de estas épocas de esplendor, las perlas han seguido estando á la moda en el mundo elegante de todos los siglos y todas las civilizaciones. Desde la célebre que Cleopatra ofreció á Marco Antonio disuelta en vinagre, hasta los históricos hilos de Buckingham, sueltos en presencia del elevado objeto de su amor, en la corte de Luis XIII, las perlas han intervenido como protagonistas en mil y mil lances de amor históricos.

De estas cien anécdotas sólo queremos referir una. Aquellas de nuestras lectoras que, después de leer los renglones que llevamos escritos, se acuerden con un suspiro de sentimiento de las perlas que guardan en las afiligranadas *boites* de su toca-

dor, que acaso mañana no tendran más mérito que las cuentas de vidrio que regalaban á sus naturales los descubridores del Nuevo Mundo, deben consolarse de la pérdida de sus adornos, inpregnándose en su espíritu.

He aquí la historia, porque historia es y no cuento:

La princesa de J... es sin duda alguna la más hermosa de las damas de la corte de Viena. Las miradas de envidia de sus rivales se lo habían dicho cien veces, y otras cien el círculo más florido de los pollos *comm' il faut* de Viena, que también en Viena hay pollos. Unos alababan la majestad de su apostura, otros el fuego de sus ojos, éstos las manos, aquéllos el talle, los de más allá los pies, ó la boca, ó la nariz, la oreja pequeña, rosada y trasparente. Todo era á su alrededor un concierto de alabanzas; sus oídos se habían acostumbrado á los elogios como á una música conocida y deliciosa.

Una noche el príncipe de J... entró en el *boudoir* de su mujer, á tiempo que ésta se vestía para un baile, y le ofreció como recuerdo del aniversario de sus bodas una perla: una perla monstruosa, magnífica, con toda la suave opacidad, los cambiantes de mil colores y las condiciones de forma que pueden hacer única una perla entre las cien mil perlas cogidas en un siglo en la isla cuyo mar las produce.

La princesa, ufana con ella, se la colocó en la cabeza en el punto donde su cabello negro se partía sobre la frente como en dos alas oscuras, y se marchó al baile.

¡Qué hermosa perla! ¡Qué magnífica perla! ¡Vale un tesoro! ¡No tiene igual! He aquí las exclamaciones que la saludaron á la entrada en el círculo cortesano. ¡Qué hermosa perla! ¡Qué magnífica perla! Ni una palabra para sus ojos, ni una frase galante á su sonrisa, á la gracia de su fisonomía, á la esbeltez de su talle.

Cuando la princesa volvió á su casa, es fama que dijo, arrojando al suelo la famosa perla, y pisoteándola: ¡Necia de mí! ¿Quién me ha mandado llevar al baile esta perla, la sola que podía ser mi rival, porque, como yo, es única en Viena?

Consuélense, pues, las mujeres, si el acaso las priva de uno de sus adornos favoritos.

Poco más ó menos, la historia de la perla que acabamos de referir, es la historia de todas las perlas del mundo.

Las hermosas parecen tanto más hermosas, cuanto más sencillas; y las feas, si es verdad que hay alguna mujer fea en España, esas están tanto peor, cuanto más se adornan.

En cuanto á la pérdida del valor material, eso no es tanto cuestión de nuestras suscritoras como de Samper y Pizzala.

LA VENTA DE LOS GATOS

I

En Sevilla y en mitad del camino que se dirige al convento de San Jerónimo desde la puerta de la Macarena, hay, entre otros ventorrillos célebres, uno, que por el lugar en que está colocado y las circunstancias especiales que en él concurren, puede decirse que era, si ya no lo es, el más *neto* y característico de todos los ventorrillos andaluces.

Figuráos una casita blanca como el ampo de la nieve, con su cubierta de tejas rojizas las unas, verdinegras las otras, entre las cuales crecen un sin fin de jaramagos y matas de resedá. Un cobertizo de madera baña en sombra el dintel de la puerta, á cuyos lados hay dos poyos de ladrillos y argamasa. Empotradas en el muro, que rompen

varios ventanillos, abiertos á capricho para dar luz al interior, y de los cuales unos son más bajos y otros más altos, éste en forma cuadrangular, aquél imitando un ajimez ó una claraboya, se ven de trecho en trecho algunas estacas y anillas de hierro, que sirven para atar las caballerías. Una parra añosísima que retuerce sus negruzcos troncos por entre la armazón de maderas que la sostienen, vistiéndolos de pámpanos y hojas verdes y anchas, cubre como un dosel el estrado, el cual lo componen tres bancos de pino, media docena de sillas de anea desvencijadas, y hasta seis ó siete mesas cojas y hechas de tablas mal unidas. Por uno de los costados de la casa sube una madreselva, agarrándose á las grietas de las paredes, hasta llegar al tejado, de cuyo alero penden algunas guías que se mecen con el aire, semejando flotantes pabellones de verdura. Al pie del otro corre una cerca de cañizo, señalando los límites de un pequeño jardín que parece una canastilla de juncos rebosando flores. Las copas de dos corpulentos árboles que se levantan á espaldas del ventorrillo, forman el fondo oscuro, sobre el cual se destacan sus blancas chimeneas, completando la decoración los vallados de las huertas llenos de pitas y zarzamoras, los retamares que crecen á la orilla del agua, y el Guadalquivir, que se aleja arrastrando con lentitud su torcida corriente por entre aquellas

agrestes márgenes, hasta llegar al pie del antiguo convento de San Jerónimo, el cual se asoma por cima de los espesos olivares que los rodean, y dibuja por oscuro la negra silueta de sus torres sobre un cielo azul trasparente.

Imagináos este paisaje animado por una multitud de figuras de hombres, mujeres, chiquillos y animales, formando grupos á cual más pintorescos y característicos: aquí el ventero, rechoncho y coloradote, sentado al sol en una silleta baja, deshaciendo entre las manos el tabaco para liar un cigarrillo y con el papel en la boca; allí un regatón de la Macarena, que canta entornando los ojos y acompañándose con una guitarrilla, mientras otros le llevan el compás con las palmas, ó golpeando las mesas con los vasos; más allá una turba de muchachas con su pañuelo de espumilla de mil colores, y toda una maceta de claveles en el pelo, que tocan la pandereta, y chillan, y rien, y hablan á voces en tanto que impulsan como locas el columpio colgado entre dos árboles; y los mozos del ventorrillo que van y vienen con bateas de manzanilla y platos de aceitunas; y las bandas de gentes del pueblo que hormiguean en el camino; dos borrachos que disputan con un majo que requiebra al pasar á una buena moza; un gallo que cacarea esponjándose orgulloso sobre las bardas del corral; un perro que ladra á los chiquillos que

le hostigan con palos y piedras; el aceite que hierve y salta en la sartén donde fríen el pescado; el chasquear de los látigos de los caleseros que llegan levantando una nube de polvo; ruido de cantares, de castañuelas, de risas, de voces, de silbidos y de guitarras, y golpes en las mesas y palmadas, y estallidos de jarros que se rompen; y mil y mil rumores extraños y discordes que forman una alegre algarabía imposible de describir. Figuráos todo esto en una tarde templada y serena, en la tarde de uno de los días más hermosos de Andalucía, donde tan hermosos son siempre, y tendréis una idea del espectáculo que se ofreció á mis ojos la primera vez que, guiado por su fama, fuí á visitar aquel célebre ventorrillo.

De esto hace ya muchos años: diez ó doce lo menos. Yo estaba allí como fuera de mi centro natural: comenzando por mi traje, y acabando por la asombrada expresión de mi rostro, todo en mi persona disonaba en aquel cuadro de franca y bulliciosa alegría. Parecióme que las gentes, al pasar, volvían la cara á mirarme con el desagrado que se mira á un importuno.

No queriendo llamar la atención ni que mi presencia se hiciese objeto de burlas, más ó menos embozadas, me senté á un lado de la puerta del ventorrillo, pedí algo de beber, que no bebí, y, cuando todos se olvidaron de mi extraña aparición,

saqué un papel de la cartera de dibujo, que llevaba conmigo, afilé un lápiz, y comencé á buscar con la vista un tipo característico para copiarle y conservarle como un recuerdo de aquella escena y de aquel día.

Desde luego mis ojos se fijaron en una de las muchachas que formaban alegre corro alrededor del columpio. Era alta, delgada, levemente morena, con unos ojos adormidos, grandes y negros, y un pelo más negro que los ojos. Mientras yo hacía el dibujo, un grupo de hombres, entre los cuales había uno que rasgueaba la guitarra con mucho aire, entonaban á coro cantares alusivos á las prendas personales, los secretillos de amor, las inclinaciones ó las historias de celos y desdenes de las muchachas que se entretenían alrededor del columpio, cantares á los que á su vez respondían éstas con otros no menos graciosos, picantes y ligeros.

La muchacha morena, esbelta y decidora que había escogido por modelo, llevaba la voz entre las mujeres, y componía las coplas y las decía, acompañada del ruido de las palmas y las risas de sus compañeras, mientras el tocador parecía ser el jefe de los mozos y el que entre todos ellos despuntaba por su gracia y su desenfadado ingenio.

Por mi parte, no necesité mucho tiempo para conocer que entre ambos existía algún sentimiento

de afección que se revelaba en sus cantares, llenos de alusiones trasparentes y frases enamoradas.

Cuando terminé mi obra, comenzaba á hacerse de noche. Ya en la torre de la catedral se habían encendido los dos faroles del retablo de las campanas, y sus luces parecían los ojos de fuego de aquel gigante de argamasa y ladrillo que domina toda la ciudad. Los grupos se iban disolviendo poco á poco y perdiéndose á lo largo del camino entre la bruma del crepúsculo, plateada por la luna, que empezaba á dibujarse sobre el fondo violado y oscuro del cielo. Las muchachas se alejaban juntas y cantando, y sus voces argentinas se debilitaban gradualmente hasta confundirse con los otros rumores indistintos y lejanos que temblaban en el aire. Todo acababa á la vez: el día, el bullicio, la animación y la fiesta; y de todo no quedaba sino un eco en el oído y en el alma, como una vibración suavísima, como un dulce sopor parecido al que se experimenta al despertar de un sueño agradable.

Luego que hubieron desaparecido las últimas personas, doblé mi dibujo, lo guardé en la cartera, llamé con una palmada al mozo, pagué el pequeño gasto que había hecho, y ya me disponía á alejarme, cuando sentí que me detenían suavemente por el brazo. Era el muchacho de la guitarra que ya noté antes, y que mientras dibujaba me miraba mucho y con cierto aire de curiosidad. Yo no había

reparado que, después de concluída la broma, se acercó disimuladamente hasta el sitio en que me encontraba con objeto de ver qué hacía yo, mirando con tanta insistencia á la mujer por quien él parecía interesarse.

—Señorito, me dijo con un acento que él procuró suavizar todo lo posible; voy á pedirle á usted un favor.

—¡Un favor! exclamé yo, sin comprender cuales podrían ser sus pretensiones; diga usted, que si está en mi mano es cosa hecha.

—¿Me quiere usted dar esa pintura que ha hecho?

Al oir sus últimas palabras, no pude menos de quedarme un rato perplejo; extrañaba por una parte la petición, que no dejaba de ser bastante rara, y por otra el tono, que no podía decirse á punto fijo si era de amenaza ó de súplica. Él hubo de comprender mi duda, y se apresuró en el momento á añadir:

—Se lo pido á usted por la salud de su madre, por la mujer que más quiera en este mundo, si quiere á alguna; pídame usted en cambio todo lo que yo pueda hacer en mi pobreza.

No supe qué contestar para eludir el compromiso. Casi casi hubiera preferido que viniese en son de quimera, á trueque de conservar el bosquejo de aquella mujer, que tanto me había impresionado; pero sea sorpresa del momento, sea que yo

á nada sé decir que no, ello es que abrí mi cartera, saqué el papel y se lo alargué sin decir una palabra.

Referir las frases de agradecimiento del muchacho, sus exclamaciones al mirar nuevamente el dibujo á la luz del reverbero de la venta, el cuidado con que lo dobló para guardárselo en la faja, los ofrecimientos que me hizo y las alabanzas hiperbólicas con que ponderó la suerte de haber encontrado lo que él llamaba un señorito *templao y neto*, sería tarea dificilísima por no decir imposible. Sólo diré que como entre unas y otras se había hecho completamente de noche, que quise que no, se empeñó en acompañarme hasta la puerta de la Macarena; y tanto dió en ello, que por fin me determiné á que emprendiésemos el camino juntos. El camino es bien corto, pero mientras duró encontró forma de contarme del pe al pa toda la historia de sus amores.

La venta donde se había celebrado la función era de su padre, quien le tenía prometido, para cuando se casase, una huerta que lindaba con la casa y que también le pertenecía. En cuanto á la muchacha, objeto de su cariño, que me describió con los más vivos colores y las frases más pintorescas, me dijo que se llamaba Amparo, que se había criado en su casa desde muy pequeñita, y se ignoraba quiénes fuesen sus padres. Todo esto y

cien otros detalles de más escaso interés me refirió durante el camino. Cuando llegamos á las puertas de la ciudad me dió un fuerte apretón de manos, tornó á ofrecérseme, y se marchó entonando un cantar cuyos ecos se dilataban á lo lejos en el silencio de la noche. Yo permanecí un rato viéndole ir. Su felicidad parecía contagiosa, y me sentía alegre, con una alegría extraña y sin nombre, con una alegría, por decirlo así, de reflejo.

Él siguió cantando á más no poder; uno de sus cantares decía así:

Compañerillo del alma,
mira qué bonita era:
se parecía á la Virgen
de Consolación de Utrera.

Cuando su voz comenzaba á perderse, oí en las ráfagas de la brisa otra delgada y vibrante que sonaba más lejos aún. Era ella, ella que le aguardaba impaciente. . . . . .

. . . . . .

Pocos días después abandoné á Sevilla, y pasaron muchos años sin que volviese á ella, y olvidé muchas cosas que allí me habían sucedido; pero el recuerdo de tanta y tan ignorada y tranquila felicidad, no se borró nunca de la memoria.

II

Como he dicho, trascurrieron muchos años después que abandoné á Sevilla, sin que olvidase del todo aquella tarde, cuyo recuerdo pasaba algunas veces por mi imaginación como una brisa bienhechora que refresca el ardor de la frente.

Cuando el azar me condujo de nuevo á la gran ciudad que con tanta razón es llamada *reina de Andalucía*, una de las cosas que más llamaron mi atención, fué el notable cambio verificado durante mi ausencia. Edificios, manzanas de casas y barrios enteros habían surgido al contacto mágico de la industria y el capital: por todas partes fábricas, jardines, posesiones de recreo, frondosas alamedas; pero por desgracia, muchas venerables antiguallas habían desaparecido.

Visité nuevamente muchos soberbios edificios, llenos de recuerdos históricos y artísticos; torné á vagar y á perderme entre las mil y mil revueltas del curioso barrio de Santa Cruz; extrañé en el curso de mis paseos muchas cosas nuevas que se han levantado no sé cómo; eché de menos muchas cosas viejas que han desaparecido no sé por qué, y por último, me dirigí á la orilla del río. La orilla

del río ha sido siempre en Sevilla el lugar predilecto de mis excursiones.

Después que hube admirado el magnífico panorama que ofrece en el punto por donde une sus opuestas márgenes el puente de hierro; después que hube recorrido, con la mirada absorta, los mil detalles, palacios y blancos caseríos; después que pasé revista á los innumerables buques surtos en sus aguas, que desplegaban al aire los ligeros gallardetes de mil colores, y oí el confuso hervidero del muelle, donde todo respira actividad y movimiento, remontando con la imaginación la corriente del río, me trasladé hasta San Jerónimo.

Me acordaba de aquel paisaje tranquilo, reposado y luminoso en que la rica vegetación de Andalucía despliega sin aliño sus galas naturales. Como si hubiera ido en un bote corriente arriba, ví desfilar otra vez, con ayuda de la memoria por un lado la Cartuja con sus arboledas y sus altas y delgadas torres; por otro el barrio de los Humeros, los antiguos murallones de la ciudad, mitad árabes, mitad romanos, las huertas con sus vallados cubiertos de zarzas, y las norias que sombrean algunos árboles aislados y corpulentos, y por último, San Jerónimo... Al llegar aquí con la imaginación, se me representaron con más viveza que nunca los recuerdos que aún conservaba de la famosa venta, y me figuré que asistía de nuevo á aquellas fiestas

populares, y oía cantar á las muchachas, meciéndose en el columpio, y veía los corrillos de gentes del pueblo vagar por los prados, merendar unos, disputar los otros, reir éstos, bailar aquéllos, y todos agitarse, rebosando juventud, animación ó alegría. Allí estaba ella, rodeada de sus hijos lejos ya del grupo de las mozuelas, que reían y cantaban, y allí estaba él, tranquilo y satisfecho de su felicidad, mirando con ternura, reunidas á su alrededor y felices, todas las personas que más amaba en el mundo: su mujer, sus hijos, su padre, que estaba entonces como hacía diez años, sentado á la puerta de su venta, liando impasible su cigarro de papel, sin más variación que tener blanca como la nieve la cabeza, que era gris.

Un amigo que me acompañaba en el paseo, notando la especie de éxtasis en que estuve abstraído con esas ideas durante algunos minutos, me sacudió al fin del brazo, preguntándome:

—¿En qué piensas?

—Pensaba le contesté, en la *Venta de los Gatos*, y revolvía aquí, dentro de la imaginación, todos los agradables recuerdos que guardo de una tarde que estuve en San Jerónimo... En este instante concluía una historia que dejé empezada allí, y la concluía tan á mi gusto, que creo no puede tener otro final que el que yo le he hecho. Y á propósito de la Venta de los Gatos, proseguí, dirigiéndome á mi

amigo, ¿cuándo nos vamos allí una tarde á merendar y á tener un rato de jarana?

—¡Un rato de jarana! exclamó mi interlocutor, con una expresión de asombro que yo no acertaba á explicarme entonces; ¡un rato de jarana! Pues digo que el sitio es aparente para el caso.

—¿Y por qué no? le repliqué admirándome á mi vez de sus admiraciones.

—La razón es muy sencilla, me dijo por último; porque á cien pasos de la venta han hecho el nuevo cementerio.

Entonces fuí yo el que lo miré con ojos asombrados y permanecí algunos instantes en silencio, antes de añadir una sola palabra.

Volvimos á la ciudad y pasó aquel día, y pasaron algunos otros más, sin que yo pudiese desechar del todo la impresión que me había causado una noticia tan inesperada. Por más vueltas que le daba, mi historia de la muchacha morena no tenía ya fin, pues el inventado no podía concebirlo, antojándoseme inverosímil un cuadro de felicidad y alegría con un cementerio por fondo.

Una tarde, resuelto á salir de dudas, pretexté una ligera indisposición para no acompañar á mi amigo en nuestros acostumbrados paseos, y emprendí solo el camino de la venta. Cuando dejé á mis espaldas la Macarena y su pintoresco arrabal, y comencé á cruzar por un estrecho sendero aquel

laberinto de huertas, ya me parecía advertir algo extraño en cuanto me rodeaba.

Bien fuese que la tarde estaba un poco encapotada, bien que la disposición de mi ánimo me inclinaba á las ideas melancólicas, lo cierto es que sentí frío y tristeza, y noté un silencio que me recordaba la completa soledad, como el sueño recuerda la muerte.

Anduve un rato sin detenerme, acabé de cruzar las huertas para abreviar la distancia, y entré en el camino de San Lázaro, desde donde ya se divisa en lontananza el convento de San Jerónimo.

Tal vez será una ilusión; pero á mí me parece que por el camino que pasan los muertos, hasta los árboles y las hierbas toman al cabo un color diferente. Por lo menos allí se me antojó que faltaban tonos calurosos y armónicos, frescura en la arboleda, ambiente en el espacio y luz en el terreno. El paisaje era monótono, las figuras negras y aisladas.

Por aquí un carro que marchaba pausadamente cubierto de luto, sin levantar polvo, sin chasquido de látigo, sin algazara, sin movimiento casi: más allá un hombre de mala catadura con un azadón en el hombro, ó un sacerdote con su hábito talar y oscuro, ó un grupo de ancianos mal vestidos ó de aspecto repugnante, con cirios apagados en las manos, que volvían silenciosos, con la cabeza baja

y los ojos fijos en la tierra. Yo me creía trasportado no sé adonde; pues todo lo que veía me recordaba un paisaje cuyos contornos eran los mismos de siempre, pero cuyos colores se habían borrado, por decirlo así, no quedando de ellos sino una media tinta dudosa. La impresión que experimentaba, sólo puede compararse á la que sentimos en esos sueños en que por un fenómeno inexplicable, las cosas son y no son á la vez, y los sitios en que creemos hallarnos se trasforman en parte de una manera estrambótica é imposible.

Por último, llegué al ventorrillo: lo recordé, más por el rótulo, que aún conserva escrito con grandes letras en una de sus paredes, que por nada; pues en cuanto al caserío, se me figuró que hasta había cambiado de formas y proporciones. Desde luego puedo asegurar que estaba mucho más ruinoso, abandonado y triste. La sombra del cementerio, que se alzaba en el fondo, parecía extenderse hacia él, envolviéndole en una oscura proyección como en un sudario. El ventero estaba solo, completamente solo. Conocí que era el mismo de hacía diez años; y lo conocí no sé por qué, pues en este tiempo había envejecido hasta el punto de aparentar un viejo decrépito y moribundo, mientras que cuando le ví no representaba apenas cincuenta años, y rebosaba salud, satisfacción y vida.

Sentéme en una de las desiertas mesas; pedí algo

de beber, que me sirvió el ventero, y de una en otra palabra suelta vinimos al cabo á entrar en una conversación tirada acerca de la historia de amores, cuyo último capítulo ignoraba todavía, á pesar de haber intentado adivinarlo varias veces.

—Todo, me dijo el pobre viejo, todo parece que se ha conjurado contra nosotros desde la época en que usted me recuerda. Ya lo sabe usted: Amparo era la niña de nuestros ojos, se había criado aquí desde que nació, casi era la alegría de la casa; nunca pudo hechar de menos el suyo, porque yo la quería como un padre; mi hijo se acostumbró también á quererla desde niño, primero como un hermano, después con un cariño más grande todavía. Ya estaba en vísperas de casarse; yo les había ofrecido lo mejor de mi poca hacienda, pues con el producto de mi tráfico me parecía tener más que suficiente para vivir con desahogo, cuando no sé qué diablo malo tuvo envidia de nuestra felicidad, y la deshizo en un momento. Primero comenzó á susurrarse que iban á colocar un cementerio por esta parte de San Jerónimo: unos decían que más acá, otros que más allá; y mientras todos estábamos inquietos y temerosos, temblando de que se realizase este proyecto, una desgracia mayor y más cierta cayó sobre nosotros.

Un día llegaron aquí en un carruaje dos señores, me hicieron mil y mil preguntas acerca de Ampa-

ro á la cual saqué yo cuando pequeña de la casa de expósitos: me pidieron los envoltorios con que la abandonaron y que yo conservaba, resultando al fin, que Amparo era hija de un señor muy rico, el cual trabajó con la justicia para arrancárnosla, y trabajó tanto, que logró conseguirlo. No quiero recordar siquiera el día que se la llevaron. Ella lloraba como una Magdalena, mi hijo quería hacer una locura, yo estaba como atontado, sin comprender lo que me sucedía. ¡Se fué! Es decir, no se fué, porque nos quería mucho para irse; pero se la llevaron, y una maldición cayó sobre esta casa. Mi hijo, después de un arrebato de desesperación espantosa, cayó como en un letargo: yo no sé decir qué me pasó; creí que se me había acabado el mundo.

Mientras esto sucedía, comenzóse á levantar el cementerio; la gente huyó de estos contornos, se acabaron las fiestas, los cantares y la música, y se acabó toda la alegría de estos campos, como se había acabado toda la de nuestras almas.

Y Amparo no era más feliz que nosotros; criada aquí al aire libre, entre el bullicio y la animación de la venta, educada para ser dichosa en la pobreza, la sacaron de esta vida, y se secó como se secan las flores arrancadas de un huerto para llevarlas á un estrado. Mi hijo hizo esfuerzos increíbles por verla otra vez, por hablarla un momento. To-

do fué inútil: su familia no quería. Al cabo la vió, pero la vió muerta. Por aquí pasó su entierro. Yo no sabía nada, y no sé por qué me eché á llorar cuando ví el ataud. El corazón, que es muy leal, me decía á voces:

—Esa es joven como Amparo: como ella sería también hermosa; ¿quién sabe si será la misma? Y era: mi hijo siguió el entierro, entró en el patio, y al abrirse la caja, dió un grito, cayó sin sentido en tierra, y así me lo trajeron. Después se volvió loco, y loco está.

Cuando el pobre viejo llegaba á este punto de su narración, entraron en la venta dos enterradores de siniestra figura y aspecto repugnante. Acabada su tarea venían á echar un trago «*á la salud de los muertos*», como dijo uno de ellos, acompañando el chiste con una estúpida sonrisa. El ventero se enjugó una lágrima con el dorso de la mano, y fué á servirles.

La noche comenzaba á cerrar, oscura y tristísima. El cielo estaba negro y el campo lo mismo. De los brazos de los árboles pendía aún, medio podrida, la soga del columpio agitada por el aire; me pareció la cuerda de una horca oscilando todavía después de haber descolgado á un reo. Solo llegaban á mis oídos algunos rumores confusos: el ladrido lejano de los perros de las huertas, el chirrido de una noria, largo, jecumbroso y agudo como un la-

mento, las palabras sueltas y horribles de los sepultureros que concertaban en voz baja un robo sacrílego... No sé; en mi memoria no ha quedado, lo mismo de esta escena fantástica de desolación, que de la otra escena de alegría, más que un recuerdo confuso, imposible de reproducir. Lo que me parece escuchar tal como lo escuché entonces, es este cantar que entonó una voz plañidera, turbando de repente el silencio de aquellos lugares.

En el carro de los muertos
ha pasado por aquí,
llevaba una mano fuera,
por ella la conocí.

Era el pobre muchacho, que estaba encerrado en una de las habitaciones de la venta, donde pasaba los días contemplando inmóvil el retrato de su amante sin pronunciar una palabra, sin comer apenas, sin llorar, sin que se abriesen sus labios más que para cantar esa copla tan sencilla y tan tierna que encierra un poema de dolor que yo aprendí á descifrar entonces.

UN DRAMA

(Hojas arrancadas de un libro de memorias)

El mayor mónstruo los celos.
CALDERON.

ESCENA PRIMERA

El mar. Venecia en el fondo. *Jacobo* y *Rafael* en una góndola.

acobo ¿Te incomoda la herida?

Rafael. No... no es nada... un rasguño: al caer me tiró un último golpe, pero ya sin fuerza... ¿y él?

Jacobo. Sus padrinos lo llevan en una góndola; no sé adonde, tal vez á su casa.

Rafael. ¿Se quejaba al trasportarle á la góndola?

Jacobo. No.

Rafael. Habrá muerto.

Jacobo. O estaría desmayado.

Rafael. Si ha muerto, la venganza de su padre será terrible.

Jacobo. De todos modos, es preciso que salgas de Venecia antes que llegue el día, y de Italia en cuanto encuentres ocasión.

Rafael. ¡Antes que llegue el día!... El día clareará dentro de una hora.

Jacobo. Por eso creo una locura lo que haces...

Rafael. ¡Una locura!!! Por ella he matado á un hombre, al que solo por ella odiaba... por ella he puesto en peligro la existencia de nuestros hermanos, los afiliados para la grande obra... por ella dejo á mi madre anciana y sola, expuesta á la ira de mis enemigos, y pierdo acaso para siempre mi hogar y mi patria, ¿y quieres que la abandone sin decirle adiós?

Jacobo. Como no hay nada más inútil que los consejos que no han de aprovecharse, no te respondo nada para combatir tu idea; pero yo la sigo creyendo una locura ó una temeridad, que viene á ser la misma cosa.

Rafael. Levanta los remos... ya hemos llegado. (Rafael salta á tierra) ¿Me esperarás aquí?

Jacobo. Aquí te espero... ¡Ah!... escucha... un instante... cuando veas que apunta el día, acuérdate que si nos sorprende el sol en este sitio, no te costará á tí solo la cabeza, sino á mí también... (Rafael se aleja).

Es la única manera de que abandone á esa mujer que le vuelve loco, antes de que ya sea imposible el salvarle. (Recostándose en el fondo de la góndola). ¡El amor, el amor! Si no existieran los celos, sería un paraíso sin serpiente.

ESCENA II

LOS MISMOS.

Rafael entra en la góndola. El día comienza á clarear.

Jacobo. ¡Aún no brilla el horizonte del mar con la primera luz, y ya estás de vuelta! Has cumplido tu palabra.

Rafael. Me he acordado de tí.

Jacobo. Ya lo sabía yo.

Rafael. ¿Y qué hacemos ahora?

Jacobo. Cálate la capucha... pon mano al remo, y á volar en dirección de la rada. Pero ¡calle! parece que tienes fiebre... á ver, á ver esa herida... ¿y dijiste que no era nada, que no la sentías apenas?...

Rafael. Ahora me incomoda un poco.

Jacobo. ¡Ahora!... Suelta ese remo, échate en el fondo de la góndola y descansa.

Rafael. No... estoy bien así...

Jacobo. ¡Que estás bien!... ¡ah! vamos... ya lo comprendo, ves aún el pabellón donde habita...

Rafael. ¡La quiero tanto!!!

Jacobo. ¿Y ella?

Rafael. Ella... me ha jurado aguardarme... hasta que pueda volver.

Jacobo. ¿Y si no volvieras en algunos años?

Rafael. Me aguardaría hasta la muerte. Lo ha prometido.

Jacobo. ¿Y lo cumplirá?

Rafael. ¿Se puede mentir llorando?

Jacobo. Se miente de todas maneras.

Rafael. ¿Se puede jurar una cosa por la memoria de un padre, y no hacerla?

Jocobo. Se jura en vano hasta en nombre de Dios.

Rafael. ¡Bah! Tú no crees en nada.

Jacobo. Al revés: yo creo en todo.

ESCENA III

El sótano de una taberna. *Jacobo* y algunos otros jóvenes disfrazados con trajes caprichosos, beben alrededor de una mesa, sobre la que se ve un cuchillo desnudo.— En un extremo un hombre enmascarado también bebiendo solo.

Jacobo. ¿Somos todos de la hermandad? (Dirigiendo una mirada de inquietud hacia el enmascarado).

Máscara 1.ª Todos... el tabernero no deja pasar á la cueva sino á los que dicen las palabras convenidas, y esas palabras sólo las saben los hermanos.

Máscara 2.ª ¿Y cuál es el objeto de nuestra reunión?

Jacobo. Escoger al que ha de dar muerte á un enemigo.

Máscara 3.ª ¿Por qué causa debe morir?

Jacobo. Debe morir... porque ha faltado á su palabra empeñada solemnemente, antes de batirse, á uno de nuestros hermanos... porque ha hecho perseguir á su madre, que acaso habrá espirado ya en una prisión... porque va á unirse á una italiana, y es un tudesco.

Máscara 3.ª ¿Y ella?

Jacobo. Ella vivirá... porque el único que tiene derecho á su vida no está aquí.

(El enmascarado se levanta de la mesa donde bebe solo, coge el cuchillo que se ve en la otra, y se quita la careta).

Rafael. Ella morirá.

Todos. ¡Rafael!

Rafael. Esta noche hay un baile en el palacio Doria: descubriéndose uno de los que la componen, puede penetrar en el salón una comparsa cualquiera... ¿Cuál de vosotros se descubrirá?

Jacobo. Pero...

Rafael. ¿Cuál de vosotros se descubrirá?

Jacobo. Yo.

Rafael. ¿No sospecharán de tí?

Jacobo. Menos que de ninguno... pero... ¿qué vamos á hacer en el baile de máscaras?

Rafael. He sabido que ella asiste y cuál será su traje.

Jacobo. ¿Lo has pensado bien?

Rafael. Cuando tú dudaste de la verdad de algunos juramentos, yo hice uno... lo hice sólo con la mente... y sin embargo, el tiempo te dirá si lo cumplo... Vamos al palacio Doria.

Jacobo. Al palacio Doria.

ESCENA IV

Una calle en Venecia. *Bautista* dormita recostado en su góndola, que se balancea amarrada al muelle. *Julia*, cubierta con un manto oscuro.

Julia. Bautista.

Bautista. Señora...

Julia. Tú sabes dónde está Rafael.

Bautista. Rafael... está en París.

Julia. No está; ya le he escrito, y no me ha contestado.

Bautista. Entonces...

Julia. Tú sabes donde se halla.

Bautista. ¿Y por qué he de saberlo?

Julia. Tú perteneces á la hermandad de los libertadores de Venecia.

Bautista. ¡Yo!

Julia. ¡Crees que voy á denunciarte!... Los hermanos saben unos de otros por correspondencias misteriosas; tú puedes hacer que esta carta llegue á manos de Rafael mejor que ningún otro... ten presente que le importa mucho... mucho... acaso la vida... No te ofrezco nada; porque sé que entonces no has de hacerlo. (Julia desaparece).

Bautista. (Después de un momento de pausa, dándole vueltas á la carta entre las manos). No hay duda esa mujer me conoce... ¡Rafael! ¡Rafael! Si he de decir la verdad, lo mismo sé yo que ella en este asunto... pero... ¡bah! ya me lo dirán los hermanos.

ESCENA V

Un salón en el palacio Doria. *Julia* y su madre sentadas á un lado entre otras damas.—*Rafael*, *Jacobo* y sus compañeros disfrazados y encubiertos.—Parejas de ambos sexos que se disponen á bailar. La orquesta preludia un vals.

Rafael. (Acercándose á Julia). Máscara... ¿Quieres bailar conmigo?

Julia. (Sorprendida). Esa voz parece... pero no, es imposible.

Rafael. Máscara, el preludio termina; el vals

comienza... ¿Cómo debo interpretar tu silencio?

Julia. (¡Dios mío! ¿si será él?) Tomad. (Deja el ramillete y el abanico en la falda de su madre). Una sola vuelta; una sola. (Se alejan bailando y se confunden entre la multitud. La madre se inclina al oído de una de las señoras que tiene á su lado).

La Madre. Lo que son las muchachas; hoy hubiera dicho cualquiera que iba á morir de sentimiento; tanto ha llorado y gemido antes de decidirse á aceptar el esposo que se le destina... ¡Ya está bailando!... Si se hubiera de hacer caso de las lágrimas de las chiquillas... (Rafael y Julia pasan bailando).

Rafael. ¿Es verdad que te casas?

Julia. Es verdad. (Se alejan hacia el fondo y vuelven á perderse).

La Madre. Y dijo que una sola vuelta... En tratándose de bailar, todas son lo mismo. Verdad que yo de sus años tampoco era más juiciosa... ¿más?... ni tanto... ¡Ay! ¡si yo hubiera hecho caso de los consejos de mi madre como ella lo hace hoy de los míos! (Rafael y Julia tornan de nuevo á pasar).

Rafael. ¿Dices que es imposible?

Julia. ¡Imposible! (Tornan á alejarse).

La Madre. ¿Otra vuelta? ¡Jesús! ¡Jesús!... Si ha de ser extremosa en todo... Gracias á Dios que aún no ha llegado su prometido... si no, estoy segura de que tendríamos escena... No, pues ahora

cuando pase, voy á hacerle una seña; tanto bailar puede fatigarla. ¿Lo hará por aturdirse?... (Rafae y Julia aparecen de nuevo y se detienen un instante).

Rafael. ¿Y no tienes una sola palabra para disculparte?

Julia. (Después de dudar un momento y con voz sorda). Ninguna...

Rafael. Dios tenga más misericordia de tí que de mí ha tenido. (Deja caer un pañuelo blanco).

Jacobo. (A los otros jóvenes). Ha dejado caer el pañuelo... rodeadlos... (La comparsa de enmascarados forma un corro alrededor de los amantes, y, dando voces y bailando á su compás, se alejan hacia el fondo).

La Madre. ¡Qué algazara... qué gritos! Van á aturdirla... No; de esta vuelta no pasa sin dejar el baile... (Se pone de pie). ¿Donde va?... No la veo... ni cómo la he de ver si esa comparsa de locos ha formado á su alrededor un círculo impenetrable... ¡Un grito!... Y esa música no callará... nada; cada vez parece que lleva el compás más rápido... va á marearse... ¡Ah! ya la veo: ¿no lo dije? se ha mareado... no se puede sostener... (La comparsa vuelve con una algarabía espantosa de voces, gritos extraños y carcajadas que casi ensordecen la música. Rafael, cubierto aún, trae en sus brazos á Julia, al parecer desmayada).

La Madre. ¡Aquí, aquí! Dejadla sobre esta otomana... (Rafael la coloca sentada; vacila un momento antes de apartarse de aquel sitio, de donde lo arranca Jacobo). Dios mío, está pálida como un cadáver!... ¡Julia, Julia!... (Tocándole la frente y las manos). ¿Qué es esto? ¡Sangre, sangre! ¡La han asesinado!...

ESCENA ÚLTIMA.

El sótano en la taberna. *Rafael*, inmóvil, sentado en el fondo junto á una mesa.—*Jacobo*, *Bautista* y algunos otros jóvenes en primer término.

Bautista. Tengo una carta para el hermano Rafael; ¿á dónde debo dirigirla?

Jacobo. Dásela en su mano.

Bautista. ¿Está en Venecia?

Jacobo. Míralo allí... ¡Rafael! ¡Rafael!

Rafael. (Como saliendo de un letargo profundo). ¿Quién me llama?...

Bautista. Una carta tengo para tí; me la ha dado una mujer encubierta, y me ha dicho que te importaba mucho su contenido. Toma.

Rafael. ¡Es su letra!... ¡No ha muerto!... ¿Cuándo te han dado esta carta?

Bautista. Esta noche pasada.

Rafael. ¿A qué hora?

Bautista. A las once.

Rafael. (Rompe precipitadamente la nema y lee) «Rafael: Tu madre, que todos creen muerta, vive aún; pero vive aherrojada en el fondo de un calabozo... El precio de su vida y su libertad es, no mi amor, porque ese ha sido y será siempre tuyo, sino mi mano.

Cuando recibas esta carta ya perteneceré á otro hombre.

Todo lo tengo preparado para huir de él una vez cumplida mi palabra. No te he dicho nada antes, porque no quiero que ni tú ni yo vacilemos un momento en sacrificar nuestra felicidad por la vida de la que padece por nuestra culpa.

Adiós... Te juré esperarte... Ya que no pueda ser en la tierra, te esperaré en el cielo.

Adiós, adiós.—*Julia*».

RECUERDOS

DE UN VIAJE ARTÍSTICO

LA BASÍLICA DE SANTA LEOCADIA

ENTRE los innumerables edificios que el artista encuentra en la antigua ciudad de Toledo, la basílica de Santa Leocadia es sin duda uno de los más ricos, si no en grandeza y lujo ornamental, en recuerdos y tradiciones.

Erigido sobre el sepulcro de una mártir, durante los primeros siglos de la era cristiana, las diversas razas que han dominado en nuestra Península han escrito al pasar un pensamiento sobre su frente, borrando al mismo tiempo hasta las huellas del que grabó la que le había precedido; por eso hoy, pequeño en sus proporciones y desprovisto hasta

cierto punto de importancia en la parte arquitectónica, conserva todavía esa indefinible y misteriosa majestad que el tiempo imprime á los edificios que han desafiado su curso destructor ese aspecto solemne, que nos fuerza á detener nuestro paso y á descubrirnos aun en presencia de una sola piedra, á la que vive unida una tradición remota y venerable.

Cuando, después de haber recorrido una gran parte de la ciudad imperial, detuvimos nuestros pasos sobre la altura que corona el hospital de Tavera, desde la que se domina el lugar en que está situada la basílica, el día comenzaba á caer. El cielo se veía cubierto por largos jirones de nubes pardas y cobrizas, entre los que se deslizaban algunos rayos del sol, que, encendiendo sus orlas y bañando en luz la cima de los montes, doraban as altas agujas y los derruídos muros de la población que acabábamos de abandonar. La vega, que extendiéndose á nuestros pies se dilataba hasta las ondulantes colinas que se elevan en su fondo como las gradas de un colosal anfiteatro, asemejábase con sus oscuros manchones de césped y las anchas íneas amarillentas y rojas de su terreno arcilloso, á una alfombra sin límites, en la que podíamos admirar la armónica gradación de los colores que se confundían y debilitaban, marcando así sus diferentes términos y desigualdades. A nuestra iz-

quierda, y escondiéndose por intervalos entre el follaje de sus orillas, el río se alejaba, besando los sauces que sombrean su ribera y estrellándose contra los molinos que detienen su curso, hasta bañar las blancas paredes de la fábrica de armas que aparece en su margen, en medio de un bosque de verdura. Cuanto se ofrecía á nuestros ojos formaba un conjunto pintoresco; pero diríase al contemplarlo que sobre aquel paisaje había extendido el otoño ese velo de niebla azulado y melancólico, en que se envuelve la naturaleza al sentir el soplo helado de sus tardes sin sol, ese silencio profundo, esa vaguedad sin nombre, imposible de expresar con palabras, que apoderándose de nuestro espíritu, lo sumerge en un oceano de meditación y de tristeza imponderable. Claudio Lorena, en algunos de sus maravillosos países, ha logrado sorprender su secreto á la naturaleza, y ha reproducido ese último adiós del día, con todo el misterio, con toda la indefinible vaguedad que lo embellece.

Después de haber contemplado durante cortos momentos el panorama que hemos querido describir con algunos rasgos, comenzamos á descender á la llanura por una senda que nos mostró nuestro guía, y que baja serpenteando por la falda de la eminencia en que se halla el hospital de que más arriba se hizo mención.

Ya en la vega, lo primero que despertó nuestra curiosidad fueron varios trozos de fábrica ó frogones de argamasa y ladrillo, los cuales parecían pertenecer á una época remota. Efectivamente; son fragmentos de construcciones romanas que, diseminadas acá y allá y medio ocultas entre las altas hierbas, señalan aún al viajero los lugares por donde en tiempo de los Césares se extendió la gran ciudad que hoy ha tornado á subirse sobre las siete colinas que le sirvieron de cuna. Como á la distancia de unas cien varas de estos vestigios de la antigua población, nuestros ojos se fijaron en unas nuevas ruínas. Los informes restos del circo de los gladiadores parecían brotar de entre los zarzales que crecen en su arena, como esos gigantescos trozos de roca, que heridos por el rayo, se desprenden de las alturas y ruedan al fondo de los valles.

Apresuramos nuestra marcha hasta penetrar en el perímetro del anfiteatro, el cual dibuja su planta circular por medio de una destrozada gradería de argamasa, que aparece y se esconde alternativamente, siguiendo las ondulaciones del terreno en que se halla como hundida.

Inútil fuera el querer hoy dar formas á los mil y mil pensamientos que asaltaron nuestra mente al contemplar los mudos despojos de esa civilización titánica que, después de haber sometido al mundo,

dejó en cada uno de sus extremos las asombrosas huellas de su paso. Eran tan rápidas las ideas, que se atropellaban entre sí en la imaginación como las leves olas de un mar que pica el viento; tan confusas, que deshaciéndose las unas con las otras, sin dar espacio á completarse, huían como esos vagos recuerdos de un sueño que no se puede coordinar, como esos fantasmas ligerísimos, fenómenos inexplicables de la inspiración, que al querer materializarlos pierden su hermosura, ó se escapan como la mariposa que huye dejando entre las manos que la quieren detener el polvo de oro con que sus alas se embellecen.

Abandonamos el circo, siguiendo nuestro paseo á través de una ancha vía romana, de la que sólo quedan algunos vestigios. Estos, que se reunen ya en forma de arcos informes, por entre cuyas grietas suben enredándose las campanillas silvestres, ya en figura de rotos pedestales ó de ruinosos lienzos de muros, apenas se alzan del terreno que los cubre lo suficiente para indicar la planta de las construcciones á que pertenecían.

Menos de un cuarto de hora habría trascurrido desde que comenzamos á atravesar la vega, cuando nuestro guía nos llamó la atención sobre un pequeño edificio de forma circular, en cuyos muros se observaban tres series de arcos árabes rehundidos, colocados los unos sobre los otros, y al que

defendían contra la intemperie, una cúpula de pizarra y una humilde cubierta de tejas.

A medida que nos fuimos aproximando, comenzaron á levantarse á sus alrededores algunas tapias ruinosas, por detrás de las que se elevaban grupos de árboles, entre cuyas copas vimos aparecer una cruz de hierro que nos indicó el carácter religioso de aquella fábrica. En efecto, el edificio que contemplábamos era la antigua basílica, conocida hoy bajo el nombre del Cristo de la Vega.

Al fin llegamos á la verja de hierro que defiende la entrada del átrio, y sobre la que se ve la gran cruz de que ha poco hicimos mención. Allí encontramos dos mujeres, con las que cambiamos un saludo, y á las que nuestro guía hizo presente el objeto que llevábamos. Estas nos señalaron el camino que se dirige á la ermita, y nos internamos en él siguiendo sus instrucciones. El camino lo forman dos tapias de construcción moderna, al par de las que corren dos filas de cipreses, por cuyos troncos suben tallos de hiedra y de campanillas azules, y á cuyos pies crecen un gran número de rosales blancos que enlazan sus flores con las de siempreviva y del lirio.

Un silencio profundo reinaba en derredor nuestro; el leve suspiro de la brisa que agitaba las hojas era triste: hasta en el canto lejano de las golondrinas que cruzaban con vuelo desigual sobre nues-

tras cabezas, apercibíanse por intervalos tonos melancólicos y perdidos. Aquellos oscuros cipreses por entre los que marchábamos, aquellas flores pálidas é inodoras que bordeaban los lindes de nuestro sendero, parodiaban las calles de un jardín; pero las ortigas que crecen en su enarenado piso, el jaramago que, con sus grupos de flores amarillentas, ondula como el penacho de una cimera sobre los muros, las tintas vagas é indefinibles del crepúsculo, las que contribuía á encarecer el opaco reflejo de las nubes apiñadas en el horizonte, el sordo murmullo del río que se revuelve y forcejea entre los trozos de roca que en aquel punto detienen sus aguas, todo sobrecogía el ánimo infundiéndole un pavor religioso que, sin saber por qué, no nos permitía hablar sino en voz baja, forzándonos á mover el pie con sigilo, como si temiéramos que el rumor de nuestros pasos despertara á los que en aquel recinto duermen el sueño de la eternidad.

Al fin de esta calle de cipreses se halla el átrio. El átrio que sirve de cementerio á los conónigos es de planta cuadrada, y consta de un frente principal que ocupa la puerta de la ermita, y otros dos laterales en que están abiertos los nichos, cerrando el todo una verja de hierro.

Involuntariamente nuestra atención se fijó en la portada de la basílica, cuyo exterior humilde forma

un contraste singular con los grandiosos recuerdos que á ella viven unidos. La superioridad de la idea sobre la materia, la mirábamos allí como simbolizada. Monumentos que sus autores creyeron imposibles de destruir; razas poderosas que sujetaron el mundo á su poder; imperios construídos por la espada sobre las ruínas de otros imperios; civilizaciones que los siglos contribuyeron á perfeccionar, todo se ha borrado, mientras un templo humilde, erigido sobre la tumba de una doncella por algunos hombres oscuros, á quienes sólo animaba la fe, ha atravesado las edades, ha hecho frente á las invasiones, y aunque perdiendo sus formas, siempre conservando su espíritu, existe hoy solo, mas con su mismo nombre, con su mismo objeto, en mitad de esa llanura erizada un día de palacios gigantes, de circos asombrosos, de termas sin número, de las que sólo quedan la memoria ó algunos fragmentos informes.

De estas consideraciones que de tropel asaltaron nuestra mente, vino á arrancarnos la voz de nuestro guía, que nos invitaba á penetrar en la iglesia antes que la ya dudosa luz de la tarde se extinguiese por completo.

Traspasamos el umbral de Santa Leocadia. La rápida transición de la claridad del átrio á las sombras que bañaban el interior de la iglesia, nos deslumbró al principio. Después, gracias á algunos

moribundos reflejos del crepúsculo que penetraban á través de los altos y estrechos ajimeces del ábside, los objetos fueron poco á poco destacándose los unos sobre los otros, deshaciéndose de la oscuridad que los envolvía. Aquellos de nuestros lectores que hallan contemplado uno de esos lienzos de Rembrandt, en el fondo de los cuales las grandes masas de oscuro circunscriben la luz en un solo punto, puesto que desde luego fija la atención del espectador atrayendo su mirada sobre la principal figura, tras la que luego se comienzan á distinguir entre las sombras unas cabezas, antes invisibles, después otras, en seguida grupos de personajes que se adelantan, un mundo, en fin, que, sumergido entre las fantásticas y trasparentes veladuras del pintor, va apareciendo y completándose según el análisis á que se sujeta, esos tan sólo podrán formarse una idea, aunque vaga, del interior de Santa Leocadia, visto á esa hora en que el sol desaparece y la brisa mensajera de la noche tiende sus alas humedecidas en las ondas del río.

La primera figura que, herida por un rayo de dudosa claridad, apareció deshaciéndose de las sombras como evocada por nuestro deseo, fué la efigie del Cristo qne posteriormente ha dado nombre á la ermita. La efigie, que es de tamaño natural, tiene la frente inclinada, los cabellos esparcidos por los hombros, una mano sujeta á la cruz y

la otra extendida hacia delante como en actitud de jurar. Nosotros, que conocíamos la misteriosa tradición de aquella imagen; nosotros, que tal vez en el fondo de nuestro gabinete habíamos sonreído al leerla, no pudimos por menos de permanecer inmóviles y mudos al mirar adelantar su brazo descarnado y amarillento, al ver aún su boca entreabierta y cárdena, como si de ella acabasen de salir las terribles palabras: «*Yo soy testigo.*»

Fuera del lugar en que se guarda su memoria, lejos del recinto que aún conserva sus trazas donde parece que todavía respiramos la atmósfera de las edades que les dieron el ser, las tradiciones pierden su poético misterio, su inexplicable dominio sobre el alma. De lejos se interroga, se analiza, se duda; allí la fe, como una revelación secreta, ilumina al espíritu, y se cree.

Pasada esta primera impresión, poco á poco y á medida que nos familiarizábamos con la oscuridad, fuimos gradualmente distinguiendo las efigies, los altares y los muros de la iglesia. Como dejamos dicho, nada de particular ofrece el templo en su parte arquitectónica: ni sus proporciones ni sus detalles son suficientes á producir esa sensación de asombro que causan las maravillosas obras que el mismo arte que elevó por última vez á Santa Leocadia, ha dejado esparcidas por Toledo. Sólo en el exterior de su ábside, que, según ya se expresó, se

halla cubierto por series de arcos incluídos los unos en los otros, ofrece al artista un estudio del postrer período de los cuatro en que puede dividirse la historia de nuestra arquitectura árabe. Pero, en cambio, un mundo de recuerdos, á cual más grandiosos é imponentes, se agita y vive en aquellos reducidos lugares; una á una pueden recorrerse allí todas las épocas, con la certeza de encontrar, en alguna de sus páginas de gloria el nombre de la humilde basílica.

La primera que se ofrece á los ojos del pensador, es esa edad remota que sirvió de cuna al Cristianismo, época fecunda en tiranos y en héroes, en crímenes y en fe. La civilización, que muere envuelta en púrpura y ceñida de flores, tiembla ante la civilización que nace, demacrada por la austeridad y vestida del cilicio. Aquélla tiene una espada en sus manos, ésta un libro de verdades eternas, y el hierro domina, pero la razón convence. He aquí por qué los Césares lanzan sin fruto los rayos de su ira desde lo alto del Capitolio sobre las proscritas cabezas de los discípulos del Señor; he aquí por qué á sus legiones conquistadoras de la tierra le es imposible vencer á esas miriadas, no de guerreros, sino de ancianos y de vírgenes, que vierten su sangre con una sonrisa de gozo, y mueren sin resistirse, confesando su religión y prorumpiendo en un himno de triunfo. La semilla de la fe

germina y crece en el silencio de las catacumbas, en las tinieblas de los calabozos, en el horror de los suplicios, en la ensangrentada arena de los anfiteatros. La persecución á su vez toma gigantes proporciones, y presa de un delirio febril, corre ardiendo en sed de exterminio tras un fantasma invisible, y hiere el aire con sus golpes inútiles, porque cuando logra alcanzar el objeto de su furor, la muerte deja entre sus manos sangrientas con un cadáver, la envoltura material del espíritu que rompe sus ligaduras y sube al cielo desafiando su crueldad con una sonrisa. En estos días de lucha y de prueba, aparece el santuario de Santa Leocadia, erigido, según la más remota tradición, sobre la tumba de la virgen y mártir de este nombre. Las ruínas de un templo gentílico prestan sus sillares para la piadosa construcción, y los cristianos, protegidos por las sombras y el silencio de la noche, y evitando las centinelas romanas que vigilan alrededor de los antiguos muros, vienen á orar sobre la tosca cruz de madera del sepulcro, á fortalecerse con el ejemplo de una débil mujer, á recibir la bendición de sus pastores, á darse, en fin, un adiós, quizás el último, porque ninguno sabe si el nuevo sol iluminará su muerte.

Pero las tribus del Norte se extienden sobre la envejecida Europa, y á la regeneración espiritual de las ideas se une la material de las razas. El Im-

perio dobla la frente ante sus vencedores, que después de asolar sus templos y ciudades, no encontrando enemigos que combatir, se sientan sobre las destrozadas ruínas del Capitolio, á reposar del ardor y el cansancio de las luchas. El cristianismo entonces, esa idea que marcha silenciosa á través de la desolación y los combates, esa llama de fe que crece y se multiplica de día en día, viene á encontrarlos, y sin sangre, sin violencia, sin horrores, subyuga aquellos guerreros indómitos, ante quienes las haces romanas se deshicieron como columnas de humo, y dándoles leyes, dándoles religión, dulcifica sus costumbres, enfrena sus pasiones, hace sus leyes, sus monarquías y su sociedad. Entre los oscuros anales de esa segunda época de la era cristiana, volvemos á encontrar el reducido santuario, obra de los primeros defensores de la fe. Un rey poderoso levanta con mano piadosa la basílica sobre los antiguos restos de la tumba, y el arte que empieza á salir del profundo sueño en que se hallaba sumergido, merced á una tosca imitación de la antigüedad, despliega en él las rudas galas que lo distinguen, agotando los recursos de su imaginación sencilla y ardiente.

Una era brillante de gloria comienza entonces para el edificio. La veneración por él crece; los dones que le hacen se multiplican, y los privilegios que consigue se aumentan. Esos concilios fa-

mosos, que dan renombre á Toledo, y de los que salen las leyes reformadoras de la Iglesia y del Estado, tienen lugar dentro de los muros. Aquí resonó la palabra inspirada de aquellos doctos varones, que con su santidad y elocuencia, pusieron un valladar indestructible al poder; y aquí los reyes vinieron á depositar su diadema ante un solemne concurso de prelados y magnates, que, pesando sus razones en la balanza de la justicia, legitimaban su derecho ó lanzaban sobre su frente los rayos de la excomunión apostólica. En este mismo lugar, Ildefonso, el denodado campeón de la Reina de los Cielos, escuchó de boca de Santa Leocadia, que con este fin rompió la losa de su sepulcro, aquellas frases divinas que, fortaleciendo su ánimo, le dieron valor para proseguir constante la árdua empresa que había acometido. A esta tierra santificada por la tradición pidieron, en fin, las lumbreras de la Iglesia, del trono y de la sabiduría, un reducido espacio donde sus huesos reposaran á la sombra de los altares, en tanto que llegaba el eterno día de la resurrección y la gloria.

Mas la estrella de los Godos desciende á su ocaso; Witiza y Rodrigo apresuran su caída, y los hijos del Profeta se derraman por la península como un torrente. Hoy tolerada, mañana perseguida, pero siempre incólume, siempre pura, la reli-

gión se trasmite de unos en otros durante la dominación sarracena, y prosigue su marcha triunfadora á través de las vejaciones y la esclavitud. Durante este período, temerosos los cristianos de que la profanación toque con su mano atrevida los venerables restos de la mártir que guardan, huyen con las sagradas reliquias á las desnudas rocas en que Pelayo arrojó el grito de guerra.

Pasan los años, y la Cruz vuelve á elevarse sobre las torres de Tolaitola; los pendones de Alfonso ondean sobre sus muros; un piadoso arzobispo reconstruye la antigua basílica, y el arte muslímico, que desaparece, graba en su ábside uno de sus últimos pensamieutos.

La santa mártir que guardó, después de largas peregrinaciones vuelve á la ciudad donde tuvo su cuna, pero no al templo á que dió su nombre. ¿Mas podrán arrancarse de la historia de la Iglesia las brillantes páginas que ocupa este santuario, hoy casi olvidado y escondido entre los cipreses que le rodean? No. ¡El viajero, al pasar junto á tí, detendrá su marcha para contemplar los vestigios que diez y siete centurias han amontonado sobre tu cabeza; el cristiano, al traspasar tus humbrales, doblará su rodilla, en presencia de un testigo de las luchas y del triunfo de su fe!

Estas y otras ideas semejantes hervían en nuestra imaginación, cuando nos vinieron á avisar que

la noche se adelantaba y la hora de cerrar la ermita había llegado.

Por última vez tendimos á nuestro alrededor una mirada triste, y llenos de un respetuoso silencio y temor, atravesamos el cementerio, cruzamos la estrecha calle de cipreses que conduce á la verja, y nos dirigimos hacia la ciudad.

Las altas y negras agujas de las torres de Toledo, por entre cuyos ajimeces se desprendían algunos rayos de luz, se destacaban sobre los flotantes grupos de nubes amarillentas, como una legión de fantasmas que, desde lo alto de las siete colinas, dominaban la llanura con sus ojos de fuego.

CARTAS LITERARIAS Á UNA MUJER

I

En una ocasión me preguntaste:—¿Qué es la poesía?

¿Te acuerdas? No sé á qué propósito había yo hablado algunos momentos antes de mi pasión por ella.

¿Qué es la poesía? me dijiste; y yo, que no soy muy fuerte en esto de las definiciones, te respondí titubeando: la poesía es... es... y sin concluir la frase buscaba inútilmente en mi memoria un término de comparación, que no acertaba á encontrar.

Tú habías adelantado un poco la cabeza para escuchar mejor mis palabras; los negros rizos de tus cabellos, esos cabellos que tan bien sabes dejar á su antojo, sombrear tu frente con un abandono tan artístico, pendían de tu sien y bajaban rozando tu

mejilla hasta descansar en tu seno; en tus pupilas, húmedas y azules como el cielo de la noche, brillaba un punto de luz, y tus labios se entreabrían ligeramente al impulso de una respiración perfumada y suave.

Mis ojos, que, á efecto sin duda de la turbación que experimentaba, habían errado un instante sin fijarse en ningún sitio, se volvieron instintivamente hacia los tuyos, y exclamé al fin: ¡la poesía... la poesía eres tú!

¿Te acuerdas?

Yo aún tengo presente el gracioso ceño de curiosidad burlada, el acento mezclado de pasión y amargura con que me dijiste: ¿Crees que mi pregunta sólo es hija de una vana curiosidad de mujer? Te equivocas. Yo deseo saber lo que es la poesía, porque deseo pensar lo que tú piensas, hablar de lo que tú hablas, sentir lo que tú sientes, penetrar, por último, en ese misterioso santuario en donde á veces se refugia tu alma, y cuyo dintel no puede traspasar la mía.

Cuando llegaba á este punto se interrumpió nuestro diálogo. Ya sabes por qué. Algunos días han trascurrido. Ni tú ni yo lo hemos vuelto á renovar, y sin embargo, por mi parte no he dejado de pensar en él. Tú sientes, sin duda, que la frase con que contesté á tu extraña interrogación equivalía á una evasiva galante.

¿Por qué no hablar con franqueza? En aquel momento dí aquella definición porque la sentí, sin saber siquiera si decía un disparate.

Después lo he pensado mejor, y no dudo al repetirlo. La poesía eres tú. ¿Te sonries? Tanto peor para los dos. Tu incredulidad nos va á costar, á tí el trabajo de leer un libro, y á mí el de componerlo.

¡Un libro! exclamas palideciendo y dejando escapar de tus manos esta carta. No te asustes. Tú lo sabes bien: un libro mío no puede ser muy largo. Erudito, sospecho que tampoco. Insulso, tal vez; mas para tí, escribiéndolo yo, presumo que no lo será, y para tí lo escribo.

Sobre la poesía no ha dicho nada casi ningún poeta; pero en cambio, hay bastante papel borrado por muchos que no lo son.

El que la siente se apodera de una idea, la envuelve en una forma, la arroja en el estadio del saber y pasa. Los críticos se lanzan entonces sobre esa forma, la examinan, la disecan, y creen haberla comprendido, cuando han hecho su análisis.

La disección podrá revelar el mecanismo del cuerpo humano; pero los fenómenos del alma, el secreto de la vida, ¿cómo se estudian en un cadáver?

No obstante, sobre la poesía se han dado reglas, se han atestado infinidad de volúmenes, se enseña

en las Universidades, se discute en los círculos literarios, y se explica en los Ateneos.

No te extrañes. Un sabio alemán ha tenido la humorada de reducir á notas y encerrar en las cinco líneas de una pauta el misterioso lenguaje de los ruiseñores. Yo, si he de decir la verdad, todavía ignoro qué es lo que voy á hacer; así es que no puedo anunciártelo anticipadamente.

Solo te diré, para tranquilizarte, que no te inundaré en ese diluvio de términos que pudiéramos llamar facultativos, ni te citaré autores que no conozco, ni sentencias en idiomas que ninguno de los dos entendemos.

Antes de ahora te lo he dicho. Yo nada sé, nada he estudiado, he leído un poco, he sentido bastante y he pensado mucho, aunque no acertaré á decir si bien ó mal. Como sólo de lo que he sentido y he pensado he de hablarte, te bastará sentir y pensar para comprenderme.

Herejías históricas, filosóficas y literarias presiento que voy á decir muchas. No importa. Yo no pretendo enseñar á nadie, ni erigirme en autoridad, ni hacer que mi libro se declare de texto.

Quiero hablarte un poco de literatura, siquiera no sea más que por satisfacer un capricho tuyo; quiero decirte lo que sé de una manera intuitiva, comunicarte mi opinión y tener al menos el gusto de saber que si nos equivocamos, nos equivocamos

los dos, lo cual, dicho sea de paso, para nosotros equivale á acertar.

La poesía eres tú, te he dicho, porque la poesía es el sentimiento, y el sentimiento es la mujer.

La poesía eres tú, porque esa vaga aspiración á lo bello que la caracteriza, y que es una facultad de la inteligencia en el hombre, en tí pudiera decirse que es un instinto.

La poesía eres tú, porque el sentimiento que en nosotros es un fenómeno accidental, y pasa como una ráfaga de aire, se halla tan íntimamente unido á tu organización especial, que constituye una parte de tí misma.

Ultimamente, la poesía eres tú, porque tú eres el foco de donde parten sus rayos.

El genio verdadero tiene algunos atributos extraordinarios, que Balzac llama femeninos, y que efectivamente lo son.

En la escala de la inteligencia del poeta hay notas que pertenecen á la de la mujer, y éstas son las que expresan la ternura, la pasión y el sentimiento. Yo no sé por qué los poetas y las mujeres no se entienden mejor entre sí. Su manera de sentir tiene tantos puntos de contacto... Quizá por eso... Pero dejemos digresiones y volvamos al asunto.

Decíamos... ¡ah! sí, hablábamos de la poesía.

La poesía es en el hombre una cualidad pura-

mente del espírítu; reside en su alma, vive con la vida incorpórea de la idea, y para revelarla necesita darla una forma. Por eso la escribe.

En la mujer, por el contrario, la poesía está como encarnada en su ser, su aspiración, sus presentimientos, sus pasiones y su destino son poesía: vive, respira, se mueve en una indefinible atmósfera de idealismo que se desprende de ella, como un flúido luminoso y magnético; es, en una palabra, el verbo poético hecho carne.

Sin embargo, á la mujer se la acusa vulgarmente de prosaismo. No es extraño: en la mujer es poesía casi todo lo que piensa; pero muy poco de lo que habla. La razón yo la adivino, y tú la sabes.

Quizá cuanto te he dicho lo habrás encontrado confuso y vago. Tampoco debe maravillarte.

La poesía es al saber de la humanidad lo que el amor á las otras pasiones.

El amor es un misterio. Todo en él son fenómenos á cual más inexplicables; todo en él es ilógico; todo en él es vaguedad y absurdo.

La ambición, la envidia, la avaricia, todas las demás pasiones tienen su explicación y aún su objeto, menos la que fecundiza el sentimiento y lo alimenta.

Yo, sin embargo, la comprendo; la comprendo por medio de una revelación intensa, confusa é inexplicable.

Deja esta carta, cierra tus ojos al mundo exterior que te rodea, vuélvelos á tu alma, presta atención á los confusos rumores que se elevan de ella, y acaso lo comprenderás como yo.

II

En mi anterior te dije que la poesía eras tú, porque tú eres la más bella personificación del sentimiento, y el verdadero espíritu de la poesía no es otro.

A propósito de esto, la palabra *amor* se deslizó de mi pluma en uno de los párrafos de mi carta.

De aquel párrafo hice el último. Nada más natural.

Voy á decirte por qué.

Existe una preocupación bastante generalizada, aun entre las personas que se dedican á dar formas á lo que piensan, que, á mi modo de ver, es, sin parecerlo, una de las mayores.

Si hemos de dar crédito á los que de ella participan, es una verdad tan innegable, que se puede elevar á la categoría de axioma, el que nunca se vierte la idea con tanta vida y precisión, como en el momento en que ésta se levanta, semejante á un gas desprendido, y enardece la fantasía y hace vi-

brar todas las fibras sensibles, cual si las tocase alguna chispa eléctrica.

Yo no niego que suceda así. Yo no niego nada, pero por lo que á mí toca, puedo asegurarte que cuando siento no escribo. Guardo, si, en mi cerebro escritas, como en un libro misterioso, las impresiones que han dejado en él su huella al pasar; estas ligeras y ardientes hijas de la sensación, duermen allí agrupadas en el fondo de mi memoria, hasta el instante en que, puro, tranquilo, sereno, y revestido, por decirlo así, de un poder sobrenatural, mi espíritu las evoca, y tienden sus alas trasparentes que bullen con un zumbido extraño, y cruzan otra vez á mis ojos como en una visión luminosa y magnífica.

Entonces no siento ya con los nervios que se agitan, con el pecho que se oprime, con la parte orgánica y material que se conmueve al rudo choque de las sensaciones producidas por la pasión y los afectos; siento, sí, pero de una manera que puede llamarse artificial; escribo como el que copia de una página ya escrita; dibujo, como el pintor que reproduce el paisaje que se dilata ante sus ojos y se pierde entre la bruma de los horizontes.

Todo el mundo siente.

Sólo á algunos seres les es dado el guardar, como un tesoro, la memoria viva de lo que han sentido.

Yo creo que estos son los poetas. Es más, creo que únicamente por esto lo son.

Efectivamente, es más grande, más hermoso, figurarse al genio ebrio de sensaciones y de inspiraciones, trazando, á grandes rasgos, temblorosa la mano con la ira, llenos aún los ojos de lágrimas ó profundamente conmovido por la piedad, esas tiradas de poesía que más tarde son la admiración del mundo; pero, ¿qué quieres? No siempre la verdad es lo más sublime.

¿Te acuerdas? No hace mucho que te lo dije á propósito de una cuestión parecida.

Cuando un poeta te pinta en magníficos versos su amor, duda.

Cuando te lo dé á conocer en prosa, y mala, cree.

Hay una parte mecánica, pequeña y material en todas las obras del hombre, que la primitiva, la verdadera inspiración desdeña en sus ardientes momentos de arrebato.

Sin saber cómo, me he distraído del asunto.

Como quiera que lo he hecho por darte una satisfacción, espero que tu amor propio sabrá disculparme.

¿Qué mejor intermediario que éste para con una mujer?

No te enojes. Es uno de los muchos puntos de contacto que tenéis con los poetas, ó que éstos tienen con vosotras.

Sé, porque lo sé, aun cuando tú no me lo has dicho, que te quejas de mí, porque al hablar del amor detuve mi pluma, y terminé mi primera carta como enojado de la tarea.

Sin duda ¿á qué negarlo? pensaste que esta fecunda idea se esterilizó en mi mente por falta de sentimiento.

Ya te he demostrado tu error.

Al estamparla, un mundo de ideas confusas y sin nombre se elevaron en tropel en mi cerebro, y pasaron volteando alrededor de mi frente como una fantástica ronda de visiones quiméricas.

Un vértigo nubló mis ojos.

¡Escribir! ¡Oh! Si yo pudiera haber escrito entonces, no me cambiaría por el primer poeta del mundo.

Mas... entonces lo pensé, y ahora lo digo. Si yo siento lo que siento para hacer lo que hago, ¿qué gigante oceano de luz y de inspiración no se agitaría en la mente de esos hombres que han escrito lo que á todos nos admira?

Si tú supieras cómo las ideas más grandes se empequeñecen al encerrarse en el círculo de hierro de la palabra; si tú supieras qué diáfanas, qué ligeras, qué impalpables son las gasas de oro que flotan en la imaginación, al envolver esas misteriosas figuras que crea, y de las que sólo acertamos á reproducir el descarnado esqueleto; si tú supieras cuán impercep-

tible es el hilo de luz que ata entre sí los pensamientos más absurdos que nadan en su caos: si tú supieras... pero, ¿qué digo? Tú lo sabes, tú debes saberlo.

¿No has soñado nunca?

Al despertar, ¿te ha sido alguna vez posible referir, con toda su inexplicable vaguedad y poesía, lo que has soñado?

El espíritu tiene una manera de sentir y comprender, especial, misteriosa, porque él es un arcano: inmensa, porque él es infinito; divina, porque su esencia es santa.

¿Cómo la palabra, cómo un idioma grosero y mezquino, insuficiente á veces para expresar las necesidades de la materia, podrá servir de digno intérprete entre dos almas?

Imposible.

Sin embargo, yo procuraré apuntar, como de pasada, algunas de las mil ideas que me agitaron durante aquel sueño magnífico, en que ví al amor envolviendo la humanidad como en un flúido de fuego, pasar de un siglo en otro, sosteniendo la incomprensible atracción de los espíritus, atracción semejante á la de los astros, y revelándose al mundo exterior por medio de la poesía, único idioma que acierta á balbucear algunas de las frases de su inmenso poema.

Pero ¿lo ves? Ya quizá ni tú me entiendes ni yo sé lo que me digo.

Hablemos como se habla. Procedamos con orden. ¡El orden! ¡Lo detesto, y sin embargo, es tan preciso para todo!...

La poesía es el sentimiento, pero el sentimiento no es más que un efecto, y todos los efectos proceden de una causa más ó menos conocida.

¿Cuál lo será? ¿Cuál podrá serlo de este divino arranque de entusiasmo, de esta vaga y melancólica aspiración del alma, que se traduce al lenguaje de los hombres por medio de sus más suaves armonías, sino el amor?

Sí; el amor es el manantial perenne de toda poesía, el origen fecundo de todo lo grande, el principio eterno de todo lo bello; y digo el amor, porque la religión, nuestra religión, sobre todo, es un amor también, es el amor más puro, más hermoso, el único infinito que se conoce, y sólo á estos dos astros de la inteligencia puede volverse el hombre, cuando desea luz que alumbre su camino, inspiración que fecundice su vena estéril y fatigada.

El amor es la causa de sentimiento; pero... ¿qué es el amor?

Ya lo ves, el espacio me falta, el asunto es grande, y... ¿te sonríes?... ¿Crees que voy á darte una excusa fútil para interrumpir mi carta en este sitio?

No; ya no recurriré á los fenómenos del mío pa-

ra disculparme de no hablar del amor. Te lo confesaré ingenuamente; tengo miedo.

Algunos días, sólo algunos, y te lo juro, te hablaré del amor á riesgo de escribir un millón de disparates.

¿Por qué tiemblas? dirás sin duda. ¿No hablan de él á cada paso las gentes que ni aun lo conocen?

¿Por qué no has de hablar tú, tú que dices que lo sientes?

¡Ay! acaso por lo mismo que ignoran lo que es, se atreven á definirlo...

¿Vuelves á sonreirte?

Créeme; la vida está llena de estos absurdos.

III

¿Qué es el amor?

A pesar del tiempo trascurrido, creo que debes acordarte de lo que te voy á referir. La fecha en que aconteció, aunque no la consigne la historia, será siempre una fecha memorable para nosotros.

Nuestro conocimiento sólo databa de algunos meses; era verano y nos hallábamos en Cádiz. El rigor de la estación no nos permitía pasear sino al amanecer ó durante la noche. Un día... digo mal, no era día aún, la dudosa claridad del crepúsculo

de la mañana teñía de un vago azul el cielo, la luna se desvanecía en el ocaso, envuelta en una bruma violada, y lejos, muy lejos, en la distante lontananza del mar, las nubes se coloraban de amarillo y rojo cuando la brisa precursora de la luz, levantándose del Oceano fresca é impregnada en el marino perfume de las olas, acarició, al pasar, nuestras frentes.

La naturaleza comenzaba entonces á salir de su letargo con un sordo murmullo.

Todo á nuestro alrededor estaba en suspenso y como aguardando una señal misteriosa para prorumpir en el gigante himno de alegría de la creación que despierta.

Nosotros, desde lo alto de la fortísima muralla que ciñe y defiende la ciudad, y á cuyos pies se rompen las olas con un gemido, contemplábamos con avidez el solemne espectáculo que se ofrecía á nuestros ojos.

Los dos guardábamos un silencio profundo, y no obstante, los dos pensábamos una misma cosa.

Tú formulaste mi pensamiento al decirme:

¿Qué es el sol?

En aquel momento el astro cuyo disco comenzaba á chispear en el límite del horizonte, rompió el seno de los mares. Sus rayos se extendieron rapidísimos sobre su inmensa llanura; el cielo, las aguas y la tierra se inundaron de claridad, y todo

resplandeció, como si un oceano de luz se hubiese volcado sobre el mundo.

En las crestas de las olas, en los ribetes de las nubes, en los muros de la ciudad, en el vapor de la mañana, sobre nuestras cabezas, á nuestrós pies, en todas partes ardía la pura lumbre del astro, y flotaba una atmósfera luminosa y trasparente, en la que nadaban encendidos los átomos del aire.

Tus palabras resonaban aún en mi oído.—¿Qué es el sol? me habías preguntado.—Eso, respondí señalándote su disco que volteaba oscuro y franjado de fuego en mitad de aquella diáfana atmósfera de oro; y tu pupila y tu alma se llenaron de luz, y en la indescriptible expresión de tu rostro conocí que lo habías comprendido.

Yo ignoraba la definición científica con que pude responder á tu pregunta; pero de todos modos, en aquel instante solemne estoy seguro de que no te hubiera satisfecho.

¡Definiciones! Sobre nada se han dado tantas, como sobre las cosas indefinibles. La razón es muy sencilla. Ninguna de ellas satisface, ninguna es exacta, por lo que cada cual se cree con derecho para formular la suya.

¿Qué es el amor? Con esta frase concluí mi carta de ayer, y con ella he comenzado la de hoy. Nada me sería más fácil que resolver, con el apoyo de una autoridad, esta cuestión que yo mismo me

propuse al decirte que es la fuente del sentimiento. Llenos están los libros de definiciones sobre este punto. Las hay en griego y en árabe, en chino y en latín, en copto y en ruso, ¿qué se yo? en todas las lenguas muertas ó vivas, sabias ó ignorantes que se conocen. Yo he leído algunas, y me he hecho traducir otras. Después de conocerlas casi todas, he puesto la mano sobre mi corazón, he consultado mis sentimientos y no he podido menos de repetir con Hamlet: *¡palabras, palabras, palabras!*

Por eso he creído más oportuno recordarte una escena pasada que tiene alguna analogía con nuestra situación presente, y decirte ahora como entonces:—¿Quieres saber lo que es el amor? Recógete dentro de tí misma, y si es verdad que lo abrigas en tu alma, siéntelo y lo comprenderás, pero no me lo preguntes.

Yo sólo te podré decir qne él es la suprema ley del universo; ley misteriosa por la que todo se gobierna y rige, desde el átomo inanimado hasta la criatura racional; que de él parten y á él convergen como á un centro de irresistible atracción todas nuestras ideas y acciones, que está, aunque oculto, en el fondo de toda cosa, y, efecto de una primera causa, Dios es á su vez origen de esos mil pensamientos desconocidos, que todos ellos son poesía, poesía verdadera y espontánea que la mu-

jer no sabe formular; pero que siente y comprende mejor que nosotros.

Sí. Que poesía es, y no otra cosa, esa aspiración melancólica y vaga que agita tu espíritu con el deseo de una perfección imposible.

Poesía, esas lágrimas involuntarias que tiemblan un instante en tus párpados, se desprenden en silencio, ruedan y se evaporan como un perfume.

Poesía, el gozo improviso que ilumina tus facciones con una sonrisa suave, y cuya oculta causa ignoras donde está.

Poesía son, por último, todos esos fenómenos inexplicables que modifican el alma de la mujer cuando despierta al sentimiento y la pasión.

¡Dulces palabras que brotáis del corazón, asomáis al labio y morís sin resonar apenas, mientras que el rubor enciende las mejillas! ¡Murmullos extraños de la noche, que imitáis los pasos del amante que se espera! ¡Gemidos del viento, que fingís una voz querida que nos llama entre las sombras! ¡Imágenes confusas, que pasáis cantando una canción sin ritmo ni palabras, que sólo percibe y entiende el espíritu! ¡Febriles exaltaciones de la pasión, que dais colores y forma á las ideas más abstractas! ¡Presentimientos incomprensibles, que iluminái como un relámpago nuestro porvenir! ¡Espacios sin límites, que os abrís ante los ojos del alma, ávida de inmensidad y la arrastráis á vuestro seno, y

la saciáis de infinito! ¡Sonrisas, lágrimas, suspiros y deseos, que formáis el misterioso cortejo del amor! ¡Vosotros sois la poesía, la verdadera poesía que puede encontrar un eco, producir una sensación, ó despertar una idea!

Y todo este tesoro inagotable de sentimiento, todo este animado poema de esperanza y de abnegaciones, de sueños y de tristezas, de alegrías y de lágrimas, donde cada sensación es una estrofa y cada pasión un canto, todo está contenido en vuestro corazón de mujer.

Un escritor francés ha dicho, juzgando á un músico ya célebre, el autor del *Tannhauser*:

«Es un hombre de talento que hace todo lo posible por disimularlo, pero que á veces no lo puede conseguir, y—á su pesar—lo demuestra.»

Respecto á la poesía de vuestras almas puede decirse lo mismo.

Pero, ¿qué? ¿frunces el ceño y arrojas la carta?... ¡Bah! No te incomodes... Sabe de una vez y para siempre, que tal como os manifestáis, yo creo, y conmigo lo creen todos, que las mujeres son la poesía del mundo.

IV

El amor es poesía; la religión es amor. Dos cosas semejantes á una tercera son iguales entre sí.

He aquí el axioma que debía ahorrarme el trabajo de escribir una nueva carta. Sin embargo, yo mismo conozco que esta conclusión matemática, que en efecto lo parece, así puede ser una verdad como un sofisma.

La lógica sabe fraguar razonamientos inatacables, que á pesar de todo, no convencen. ¡Con tanta facilidad se sacan deducciones precisas de una base falsa!

En cambio, la convicción íntima suele persuadir aunque en el método del raciocinio reine el mayor desorden. ¡Tan irresistible es el acento de la fe!

La religión es amor, y, porque es amor, es poesía.

He aquí el tema que me he propuesto desenvolver hoy.

Al tratar un asunto tan grande en tan corto espacio y con tan escasa ciencia, como la de que yo dispongo, sólo me anima una esperanza. Si para persuadir basta creer, yo siento lo que escribo.

. . . . . .

Hace ya mucho tiempo, yo no te conocía, y con esto excuso el decir que aún no había amado, sentí en mi interior un fenómeno inexplicable. Sentí, no diré un vacío, porque sobre ser vulgar, no es esta la frase propia; sentí en mi alma y en todo mi ser como una plenitud de vida, como un desbordamiento de actividad moral, que no encontrando

objeto en que emplearse, se elevaba en forma de ensueños y fantasías; ensueños y fantasías en los cuales buscaba en vano la expansión, estando como estaban dentro de sí mismo.

Tapa y coloca al fuego un vaso con un líquido cualquiera. El vapor, con un ronco hervidero, se desprende del fondo, y sube, y pugna por salir, y vuelve á caer deshecho en menudas gotas, y torna á elevarse, y torna á deshacerse, hasta que al cabo estalla comprimido y quiebra la cárcel que lo detiene. Este es el secreto de la muerte prematura y misteriosa de algunas mujeres y de algunos poetas, arpas que se rompen sin que nadie haya arrancado una melodía de sus cuerdas de oro.

Esta era la verdad de la situación de mi espíritu, cuando aconteció lo que voy á referirte.

Estaba en Toledo; en Toledo, la ciudad sombría y melancólica por excelencia. Allí, cada lugar recuerda una historia, cada piedra un siglo, cada monumento una civilización; historias, siglos y civilizaciones que han pasado, y cuyos actores tal vez son ahora el polvo oscuro que arrastra el viento en remolinos, al silbar en sus estrechas y tortuosas calles. Sin embargo, por un contraste maravilloso, allí donde todo parece muerto, donde no se ven más que ruínas, donde sólo se tropieza con rotas columnas y destrozados capiteles, mudos sarcasmos de la loca aspiración del hombre á perpe-

tuarse, diríase que el alma, sobrecogida de terror y sedienta de inmortalidad, busca algo eterno en donde refugiarse, y como el náufrago que se ase de una tabla, se tranquiliza al recordar su origen.

Un día entré en el antiguo convento de San Juan de los Reyes. Me senté en una de las piedras de su ruinoso claustro, y me puse á dibujar. El cuadro que se ofrecía á mis ojos era magnífico. Largas hileras de pilares que sustentan una bóveda cruzada de mil y mil crestones caprichosos; anchas ojivas caladas, como los encajes de un rostrillo; ricos doseletes de granito con caireles de hiedra, que suben por entre las labores, como afrentando á las naturales; ligeras creaciones del cincel, que parece han de agitarse al soplo del viento; estatuas vestidas de luengos paños, que flotan como al andar; caprichos fantásticos, gnomos, hipógrifos, dragones y reptiles sin número, que ya asoman por cima de un capitel, ya corren por las cornisas, se enroscan en las columnas, ó trepan babeando por el tronco de las guirnaldas de trébol; galerías que se prolongan y que se pierden, árboles que inclinan sus ramas sobre una fuente, flores risueñas, pájaros bulliciosos formando contraste con las tristes ruínas y las calladas naves, y por último, el cielo, un pedazo de cielo azul que se ve más allá de las crestas de pizarra, de los miradores, á través de los calados de un rosetón.

En tu álbum tienes mi dibujo; una reproducción pálida, imperfecta, ligerísima de aquel lugar, pero que no obstante puede darte una idea de su melancólica hermosura. No ensayaré pues, describírtela con palabras, inútiles tantas veces.

Sentado, como te dije, en una de las rotas piedras, trabajé en él toda la mañana, torné á emprender mi tarea á la tarde, y permanecí absorto en mi ocupación hasta que comenzó á faltar la luz. Entonces, dejando á mi lado el lápiz y la cartera, tendí una mirada por el fondo de las solitarias galerías y me abandoné á mis pensamientos.

El sol había desaparecido. Sólo turbaban el alto silencio de aquellas ruínas, el monótono rumor del agua de aquella fuente, el trémulo murmullo del viento que suspiraba en los claustros, y el temeroso y confuso rumor de las hojas de los árboles que parecían hablar entre sí en voz baja.

Mis deseos comenzaron á hervir y á levantarse en vapor de fantasías. Busqué á mi lado una mujer, una persona á quien comunicar mis sensaciones. Estaba solo. Entonces me acordé de esta verdad, que había leído en no se qué autor: «La soledad es muy hermosa... cuando se tiene junto alguien á quien decírselo».

No había aún concluído de repetir esta frase célebre, cuando me pareció ver levantarse á mi lado y de entre las sombras, una figura ideal, cubierta

con una túnica flotante y ceñida la frente de una aureola. Era una de las estatuas del claustro derruído, una escultura que arrancada de un pedestal y arrimada al muro en que me había recostado, yacía allí cubierta de polvo y medio escondida entre el follaje, junto á la rota losa de un sepulcro y el capitel de una columna. Más allá, á lo lejos, y veladas por las penumbras y la oscuridad de las extensas bóvedas, se distinguían confusamente algunas otras imágenes: vírgenes con sus palmas y sus nimbos, monges con sus báculos y sus capuchas, eremitas con sus libros y sus cruces, mártires con sus emblemas y sus aureolas, toda una generación de granito, silenciosa é inmóvil, pero en cuyos rostros había grabado el cincel la huella del ascetismo y una expresión de beatitud y serenidad inefables.

—He aquí, exclamé, un mundo de piedra; fantasmas inanimados de otros seres que han existido y cuya memoria legó á las épocas venideras un siglo de entusiasmo y de fe. Vírgenes solitarias, austeros cenobitas, mártires esforzados, que, como yo, vivieron sin amores ni placeres; que, como yo, arrastraron una existencia oscura y miserable, solos con sus pensamientos y el ardiente corazón inerte bajo el sayal, como un cadáver en su sepulcro. Volví á fijarme en aquellas facciones angulosas y expresivas; volví á examinar aquellas figuras secas,

altas, espirituales y serenas, y proseguí diciendo: ¿Es posible que hayáis vivido sin pasiones, ni temor, ni esperanzas, ni deseos? ¿Quién ha recogido las emanaciones de amor, que como un aroma, se desprenderían de vuestras almas? ¿Quién ha saciado la sed de ternura que abrasaría vuestros pechos en la juventud? ¿Qué espacios ni límites se abrieron á los ojos de vuestros espíritus, ávidos de inmensidad, al despertarse al sentimiento?... La noche había cerrado poco á poco. A la dudosa claridad del crepúsculo había sustituído una luz tibia y azul; la luz de la luna que, velada un instante por los oscuros chapiteles de la torre, bañó en aquel momento con un rayo plateado los pilares de la desierta galería.

Entonces reparé que todas aquellas figuras, cuyas largas sombras se proyectaban en los muros y en el pavimento, cuyas flotantes ropas parecían moverse, en cuyas demacradas facciones brillaba una expresión indescriptible, santo y sereno gozo, tenían sus pupilas sin luz, vueltas al cielo, como si el escultor quisiera semejar que sus miradas se perdían en el infinito buscando á Dios.

A Dios, foco eterno y ardiente de hermosura, al que se vuelve con los ojos, como á un polo de amor, el sentimiento del alma.

PRÓLOGO

ESCRITO POR EL AUTOR PARA LA COLECCIÓN DE CANTARES DE AUGUSTO FERRÁN Y FORNIÉS.

LA SOLEDAD

I

Leí la última página, cerré el libro y apoyé mi cabeza entre las manos.

Un soplo de la brisa de mi país, una onda de perfumes y armonías lejanas, besó mi frente y acarició mi oído al pasar.

Toda mi Andalucía, con sus días de oro y sus noches luminosas y trasparentes, se levantó como una visión de fuego del fondo de mi alma.

Sevilla, con su *Giralda* de encajes, que copia temblando el Guadalquivir, y sus calles morunas, tortuosas y estrechas, en las que aún se cree escuchar el extraño crujido de los pasos del rey justiciero; Sevilla, con sus rejas y sus cantares, sus

cancelas y sus rondadores, sus retablos y sus cuentos, sus pendencias y sus músicas, sus noches tranquilas y sus siestas de fuego, sus alboradas color de rosa y sus crepúsculos azules; Sevilla, con todas las tradiciones que veinte centurias han amontonado sobre su frente, con toda la pompa y la gala de su naturaleza meridional, con toda la poesía que la imaginación presta á un recuerdo querido, apareció como por encanto á mis ojos, y penetré en su recinto, y crucé sus calles, y respiré su atmósfera, y oí los cantos que entonan á media voz las muchachas que cosen detrás de las celosías, medio ocultas entre las hojas de las campanillas azules; y aspiré con voluptuosidad la fragancia de las madreselvas, que corren por un hilo de balcón á balcón, formando toldos de flores; y torné, en fin, con mi espíritu á vivir en la ciudad donde he nacido, y de la que tan viva guardaré siempre la memoria.

No sé el tiempo que trascurrió mientras soñaba despierto. Cuando me incorporé, la luz que ardía sobre mi bufete oscilaba próxima á espirar, arrojando sus últimos destellos, que en círculos, ya luminosos, ya sombríos, se proyectaban temblando sobre las paredes de mi habitación.

La claridad de la mañana, esa claridad incierta y triste de las nebulosas mañanas de invierno, teñía de un vago azul los vidrios de mis balcones.

Al través de ellos se divisaba casi todo Madrid.

Madrid, envuelto en una ligera neblina, por entre cuyos rotos jirones levantaban sus crestas oscuras las chimeneas, las buhardillas, los campanarios y las desnudas ramas de los árboles.

Madrid sucio, negro, feo como un esqueleto descarnado, tiritando bajo su inmenso sudario de nieve.

Mis miembros estaban ya ateridos; pero entonces tuve frío hasta en el alma.

Y sin embargo, yo había vuelto á respirar la tibia atmósfera de mi ciudad querida; yo había sentido el beso vivificador de sus brisas cargadas de perfumes, su sol de fuego había deslumbrado mis ojos al trasponer las verdes lomas sobre que se asienta el convento de *Aznalfarache.*

. . . . . .

. . . . . .

Aquel mundo de recuerdos lo había evocado como un conjuro mágico un libro.

Un libro impregnado en el perfume de las flores de mi país; un libro, del que cada una de las páginas es un suspiro, una sonrisa, una lágrima ó un rayo de sol; un libro, por último, cuyo solo título aún despierta en mi alma un sentimiento indefinible de vaga tristeza.

¡La soledad!

La soledad es el cantar favorito del pueblo en mi Andalucía.

II

Aquel libro lo tenía allí para juzgarlo.

Como cuestión de sentimiento, para mí ya lo estaba.

Sin embargo, el criterio de la sensación está sujeto á influencias puramente individuales, de las que se debe despojar el crítico, si ha de llenar su misión dignamente.

Esto es lo que voy á hacer, si me es posible.

Hay una poesía magnífica y sonora; una poesía hija de la meditación y el arte, que se engalana con todas las pompas de la lengua, que se mueve con una cadenciosa majestad, habla á la imaginación, completa sus cuadros y la conduce á su antojo por un sendero desconocido, seduciéndola con su armonía y su hermosura.

Hay otra natural, breve, seca, que brota del alma como una chispa eléctrica, que hiere el sentimiento con una palabra y huye, y desnuda de artificio, desembarazada dentro de una forma libre, despierta, con una que las toca, las mil ideas que duermen en el oceano sin fondo de la fantasía.

La primera tiene un valor dado: es la poesía de todo el mundo.

La segunda carece de medida absoluta; adquiere las proporciones de la imaginación que impresiona: puede llamarse la poesía de los poetas.

La primera es una melodía que nace, se desarrolla, acaba y se desvanece.

La segunda es un acorde que se arranca de un arpa, y se quedan las cuerdas vibrando con un zumbido armonioso.

Cuando se concluye aquélla, se dobla la hoja con una suave sonrisa de satisfacción.

Cuando se acaba ésta, se inclina la frente cargada de pensamientos sin nombre.

La una es el fruto divino de la unión del arte y de la fantasía.

La otra es la centella inflamada que brota al choque del sentimiento y la pasión.

Las poesías de este libro pertenecen al último de los dos géneros, porque son populares, y la poesía popular es la síntesis de la poesía.

III.

El pueblo ha sido, y será siempre, el gran poeta de todas las edades y de todas las naciones.

Nadie mejor que él sabe sintetizar en sus obras las creencias, las aspiraciones y el sentimiento de una época.

Él forjó esa maravillosa epopeya celeste de los dioses del paganismo, que después formuló Homero.

Él ha dado el ser á ese mundo invisible de las tradiciones religiosas, que puede llamarse el mundo de la mitología cristiana.

Él inspiró al sombrío Dante el asunto de su terrible poema.

Él dibujó á D. Juan.

Él soñó á Fausto.

Él, por último, ha infundido su aliento de vida á todas esas figuras gigantescas que el arte ha perfeccionado luego, prestándoles formas y galas.

Los grandes poetas, semejantes á un osado arquitecto, han recogido las piedras talladas por él, y han levantado con ellas una pirámide en cada siglo.

Pirámides colosales, que dominando la inmensa ola del olvido y del tiempo, se contemplan unas á otras y señalan el paso de la humanidad por el mundo de la inteligencia.

Como á sus maravillosas concepciones, el pueblo da á la expresión de sus sentimientos una forma especialísima.

Una frase sentida, un toque valiente ó un rasgo

natural, le bastan para emitir una idea, caracterizar un tipo ó hacer una descripción.

Esto y no más son las canciones populares.

Todas las naciones las tienen.

Las nuestras, las de toda la Andalucía en particular, son acaso las mejores.

En algunos países, en Alemania sobre todo, esta clase de canciones constituyen un género de poesía.

Gœthe, Schiller, Uhland, Heine, no se han desdeñado de cultivarlo; es más, se han gloriado de hacerlo.

Entre nosotros no: estas canciones se admiran, es verdad, se aplauden, se repiten de boca en boca. Trueba las ha glosado con una espontaneidad y una gracia admirables; Fernán Caballero ha reunido un gran número en sus obras; pero nadie ha tocado ese género para elevarlo á la categoría de tal en el terreno del arte.

A esto es á lo que aspira el autor de *La Soledad*.

Estas son las pretensiones que trae su libro al aparecer en la arena literaria.

El propósito es digno de aplauso, y la empresa más arriesgada de lo que á primera vista parece.

¿Cómo lo ha cumplido?

IV

«*Al principio de esta colección he puesto unos cuantos cantares del pueblo, para estar seguro al menos de que hay algo bueno en este libro*».

Así dice el autor en el prólogo, y así lo hace.

Desde luego confesamos que este rasgo, á la vez de modestia y confianza en su obra, nos gusta.

Sean como fueren sus cantares, el autor no rehuye las comparaciones.

No tiene por qué rehuirlas.

Seguramente que los suyos se distinguen de los originales del pueblo; la forma del poeta, como la de una mujer aristocrática, se revela, aun bajo el traje más humilde, por sus movimientos elegantes y cadenciosos; pero en la concisión de la frase, en la sencillez de los conceptos, en la valentía y la ligereza de los toques, en la gracia y la ternura de ciertas ideas, rivalizan, cuando no vencen, á los que se ha propuesto por norma.

El autor de *La Soledad* no ha imitado la poesía del pueblo servilmente, porque hay cosas que no pueden imitarse.

Tampoco ha escrito un cantar por vía de pasatiempo, sujetándose á una forma prescrita, como

el que vence una dificultad por gala, no; los ha hecho sin duda porque sus ideas, al revestirse espontáneamente de una forma, han tomado ésta; porque su libre educación literaria, su conocimiento de los poetas alemanes y el estudio especialísimo de la poesía popular, han formado desde luego su talento á propósito para representar este nuevo género en nuestra nación.

En efecto, sus cantares, ora brillantes y graciosos, ora sentidos y profundos, ya se traduzcan por medio de un rasgo apasionado y valiente, ya merced á una nota meláncólica y vaga, siempre vienen á herir alguna de las fibras del corazón del poeta.

En ellos hay un grito para cada dolor, una sonrisa para cada esperanza, una lágrima para cada desengaño, un suspiro para cada recuerdo.

En sus manos la sencilla arpa popular recorre todos los géneros, responde á todos los tonos de la infinita escala del sentimiento y las pasiones. No obstante, lo mismo al reir que al suspirar, al hablar del amor que al exponer algunos de sus extraños fenómenos, al traducir un sentimiento que al formular una esperanza, estas canciones rebosan en una especie de vaga é indefinible melancolía que produce en el ánimo una sensación al par dolorosa y suave.

No es extraño.

En mi país, cuando la guitarra acompaña *La*

Soledad, ella misma parece como que se queja y llora.

V

Las fatigas que se cantan
son las fatigas más grandes,
porque se cantan llorando
y las lágrimas no salen.

Entre los originales, este es el primer cantar que se encuentra al abrir el libro. Él da el tono al resto de la obra, que se desenvuelve como una rica melodía, cuyo tema fecundo es susceptible de mil y mil brillantes variaciones.

Si la dimensión de este artículo me lo permitiera, citaría una infinidad de ellos que justificasen mi opinión; en la imposibilidad de hacerlo así, trascribiré algunos que, aunque imperfecta, puedan dar alguna idea del libro que me ocupa:

Si yo pudiera arrancar
una estrellita del cielo,
te la pusiera en la frente
para verte desde lejos.

—

Cuando pasé por tu casa
«¿Quién vive?» al verme gritaste,
sólo con la mala idea
de si aún vivía, matarme.

—

Compañera, yo estoy hecho
á sufrir penas crueles;
pero no á sufrir la dicha
que apenas llega se vuelve.

En estos cantares, el autor rivaliza en espontaneidad y gracia con los del pueblo: la misma forma ligera y breve, la misma intención, la misma verdad y sencillez en la expresión del sentimiento.

En los que siguen varía de tono:

Antes piensa y luego habla;
y después de haber hablado,
vuelve á pensar lo que has dicho,
y verás si es bueno ó malo.

—

Levántate si te caes,
y antes de volver á andar,
mira dónde te has caído
y pon allí una señal.

Yo me he querido vengar
de los que me hacen sufrir,
y me ha dicho mi conciencia
que antes me vengue de mí.

Una sentencia profunda, encerrada en una forma concisa, sin más elevación que la que le presta la elevación del pensamiento que contiene. Verdad en la observación, naturalidad en la frase: estas son las dotes del género de estos cantares. El pueblo los tiene magníficos; por los que dejamos citados se verá hasta qué punto compiten con ellos los del autor de *La Soledad*.

Los mundos que me rodean
son los que menos me extrañan;
el que me tiene asombrado
es el mundo, de mi alma.

—

Lo que envenena la vida,
es ver que en torno tenemos
cuanto para ser felices
nos hace falta y no es nuestro.

—

Yo no sé lo que yo tengo,
ni sé lo que á mí me falta,
que siempre espero una cosa
que no sé cómo se llama.

—

¡Ay de mí! Por más que busco
la soledad, no la encuentro.
Mientras yo la voy buscando,
mi sombra me va siguiendo.

—

Todo hombre que viene al mundo
trae un letrero en la frente
con letras de fuego escrito,
que dice: «Reo de muerte».

La poesía popular, sin perder su carácter, comienza aquí á elevar su vuelo.

La honda admiración que nos sobrecoge al sentir levantarse en el interior del alma un maravilloso mundo de ideas incomprensibles, ideas que flotan como flotan los astros en la inmensidad.

Esa amargura que corroe el corazón, ansioso de goces, goces que pasan á su lado, y huyen lanzándole una carcajada, cuando tiende la mano para

asirlos; goces que existen, pero que acaso nunca podrá conocer.

Esa impaciencia nerviosa que siempre espera algo, algo que nunca llega, que no se puede pedir, porque ni aun se sabe su nombre; deseo quizá de algo divino, que no está en la tierra, y que presentimos no obstante.

Esa desesperación del que no puede ahuyentar los dolores, y huye del mundo, y los tormentos le siguen, porque su tortura son sus ideas, que, como su sombra, le acompaña á todas partes.

Esa lúgubre verdad que nos dice que llevamos un germen de muerte dentro de nosotros mismos; todos esos sentimientos, todas esas grandes ideas que constituyen la inspiración, están expresados en los cuatro cantares que preceden, con una sobriedad y una maestría que no puede menos de llamar la atención.

Como se ve, el autor, con estas canciones, ha dado ya un gran paso para aclimatar su género favorito en el terreno del arte.

Veamos ahora algunas de las que, también imitación de las populares, que constan de dos ó más estrofas, ha intercalado en las páginas de su libro:

Pasé por un bosque y dije
«aquí está la soledad...»
Y el eco me respondió

con voz muy ronca: «aquí está».
Y me respondió «aquí está»,
y entonces me entró un temblor
al ver que la voz salía
de mi mismo corazón.

—

Tenía los labios rojos,
tan rojos como la grana...
labios ¡ay! que fueron hechos
para que alguien los besara.
Yo un día quise... la niña
al pie de un ciprés descansa:
un beso eterno la muerte
puso en sus labios de grana.

—

Allá arriba el sol brillante,
las estrellas allá arriba:
aquí abajo los reflejos
de lo que tan lejos brilla.
Allá lo que nunca acaba,
aquí lo que al fin termina:
¡Y el hombre atado aquí abajo
mirando siempre hacia arriba!

La primera de estas canciones puede ponerse en boca del *Manfredo*, de Byron; Schiller no repudiaría la segunda si la encontrase entre sus baladas, y con pensamientos menos grandes que el de la tercera ha escrito Víctor Hugo muchas de sus odas.

Pero nos resta aún por citar una de ellas, acaso una de las mejores, sin duda la más melancólica, la más vaga, la más suave de todas, la última: con ella termina el libro de *La Soledad*, como con una cadencia armoniosa que se desvanece temblando, y aún la creemos escuchar en nuestra imaginación:

Los que quedan en el puerto
cuando la nave se va,
dicen al ver que se aleja:
«¡Quién sabe si volverán!»

Y los que van en la nave
dicen mirando hacia atrás:
«¡Quién sabe cuando volvamos
si se habrán marchado ya!»

VI

«En cuanto á mis pobres versos, si algún día »oigo salir uno solo de ellos de entre un corrillo de

»alegres muchachas, acompañado por los tristes »tonos de una guitarra, daré por cumplida toda mi »ambición de gloria, y habré escuchado el mejor »juicio crítico de mis humildes composiciones».

Así termina el prólogo de *La Soledad*, ¿Con qué otras palabras podía yo concluir esta revista, que pusieran más de relieve la modestia y la ternura del nuevo poeta?

Yo creo, yo espero, digo más, yo estoy seguro que no tardarán mucho en cumplirse las aspiraciones del autor de estos cantares.

Acaso, cuando yo vuelva á mi Sevilla, me recordará alguno de ellos, días y cosas que á su vez me arranquen una lágrima de sentimiento semejante á la que hoy brota de mis ojos al recordarla.

66

PENSAMIENTOS

Vosotros los que esperáis con ansia la hora de una cita; los que contáis impacientes los golpes del reloj lejano, sin ver llegar á la mujer amada; vosotros que confundís los rumores del viento con el leve crujido de la falda de seda, y sentís palpitar apresurado el corazón, primero de gozo y luego de rabia, al escuchar el eco distante de los pasos del transeunte nocturno, que se acerca poco á poco, y al fin aparece tras la esquina, y cruza la calle, y sigue indiferente su camino; vosotros que habéis calculado mil veces la distancia que media entre la casa y el sitio en que la aguardáis, y el tiempo que tardará, si ya ha salido, ó si va á salir, ó si aún se está prendiendo el último adorno para pareceros más hermosa; vosotros que habéis sentido las angustias, las esperan-

zas y las decepciones de esas crisis nerviosas, cuyas horas no pueden contarse como parte de la vida; vosotros solos comprenderéis la febril excitación en que vivo yo, que he pasado los días más hermosos de mi existencia, aguardando una mujer que no llega nunca...

¿Dónde me ha dado esa cita misteriosa? No lo sé. Acaso en el cielo, en otra vida anterior á la que sólo me liga ese confuso recuerdo.

Pero yo la he esperado y la espero aún, trémulo de emoción y de impaciencia. Mil mujeres pasan al lado mío: pasan unas altas y pálidas, otras morenas y ardientes; aquéllas con un suspiro, éstas con una carcajada alegre; y todas con promesas de ternura y melancolía infinitas, de placeres y de pasión sin límites. Éste es su talle, aquéllos son sus ojos, y aquél el eco de su voz, semejante á una música. Pero mi alma, que es la que guarda de ella una remota memoria, se acerca á su alma... ¡y no la conoce!...

Así pasan los años, y me encuentran y me dejan sentado al borde del camino de la vida... ¡siempre esperando!...

Tal vez, viejo á la orilla del sepulcro, veré, con turbios ojos, cruzar aquella mujer tan deseada, para morir como he vivido... ¡esperando y desesperado!...

***

¿Qué viento la trajo hasta allí? No lo sé. Pero yo ví la flor de la semilla, que germinó en verde guirnalda de hojas, al pie del alto ciprés, que se levanta, como la última columna de un templo arruinado en medio de la llanura escueta y solitaria.

Yo ví aquella flor azul, del color de los cielos y roja como la sangre, y me acordé de nuestro imposible amor.

Un breve estío duraron los ligeros festones de verdura en derredor del viejo tronco; un breve estío duraron las campanillas azules, y las abejas de oro, y las mariposas blancas, sus amigas.

Y llegó el invierno helado, y el ciprés volvió á quedar solo, moviendo melancólicamente la cabeza, y sacudiendo los copos de nieve, alto, delgado y oscuro en medio de la blanca llanura...

¿Cuántas horas durarán tus risas y tus palabras sin sentido, tus melancolías sin causa y tus alegrías sin objeto? ¿Cuánto tiempo, en fin, durará tu amor de niña? Una breve mañana; y volverá á hacerse la noche en torno, y permaneceré solitario y triste, envuelto en las tinieblas de la vida.

***

Yo no envidio á los que rien: es posible vivir sin reirse... ¡pero sin llorar alguna vez!...

Asómate á mi alma, y creerás que te asomas á un lago cristalino, al ver temblar tu imagen en el fondo.

***

Entre las oscuras ruínas, al pie de las torres cubiertas de musgo, á la sombra de los arcos y las columnas rotas crece oculta la flor del recuerdo.

Plegadas las hojas, permanece muda un día y otro á las caricias de un furtivo rayo del sol que le anuncia la mañana de las otras flores.

«Mi sol, dice, no es el sol de la alondra, el alba que espero para romper mi broche ha de clarear en el cielo de unos ojos».

Flor misteriosa y escondida, guarda tu pureza y tu perfume al abrigo de los ruinosos monumentos Larga es la noche; pero ya las lágrimas, semejantes á gotas de rocío, anuncian la llegada del día entre las tinieblas del espíritu.

***

Hay un lugar en el Infierno de Dante para los grandes genios: en él coloca á los hombres célebres, que conquistaron en el mundo mayor gloria.

La justicia humana no puede hacer otra cosa, y juzga tan sólo por lo que realmente conoce.

Pero la divina lleva, sin duda, á ese mismo lu-

gar á las inteligencias, que sin dejar rastro de sí sobre la tierra, llegan en silencio á la misma altura que aquéllos.

La justicia divina lleva también allí á los *genios desconocidos.*

RIMAS

I

Yo sé un himno gigante y extraño
Que anuncia en la noche del alma una aurora,
Y estas páginas son de ese himno
Cadencias que el aire dilata en las sombras.

Yo quisiera escribirle, del hombre
Domando el rebelde, mezquino idioma,
Con palabras que fuesen á un tiempo
Suspiros y risas, colores y notas.

Pero en vano es luchar; que no hay cifra
Capaz de encerrarlo, y apenas ¡oh hermosa!
Si, teniendo en mis manos las tuyas,
Pudiera, al oirlo, cantártelo á solas.

II

Saeta que voladora
Cruza, arrojada al azar,
Sin adivinarse dónde
Temblando se clavará;

Hoja que del árbol seca
Arrebata el vendaval,
Sin que nadie acierte el surco
Donde á caer volverá;

Gigante ola que el viento
Riza y empuja en el mar,
Y rueda y pasa, y no sabe
Qué playa buscando va;

Luz que en cercos temblorosos
Brilla, próxima á espirar,
Ignorándose cuál de ellos
El último brillará;

Eso soy yo, que al acaso
Cruzo el mundo, sin pensar

De dónde vengo, ni adónde
Mis pasos me llevarán.

III

Sacudimiento extraño
Que agita las ideas,
Como huracán que empuja
Las olas en tropel;

Murmullo que en el alma
Se eleva y va creciendo,
Como volcán que sordo
Anuncia que va á arder;

Deformes siluetas
De seres imposibles,
Paisajes que aparecen
Como á través de un tul;

Colores que fundiéndose
Remedan en el aire
Los átomos del Iris,
Que nadan en la luz;

Ideas sin palabras,
Palabras sin sentido;
Cadencias que no tienen
Ni ritmo ni compás;

Memorias y deseos
De cosas que no existen;
Accesos de alegría,
Impulsos de llorar;

Actividad nerviosa
Que no halla en qué emplearse;
Sin riendas que le guie
Caballo volador;

Locura que el espíritu
Exalta y enardece;
Embriaguez divina
Del genio creador...
¡Tal es la inspiración!

—

Gigante voz que el caos
Ordena en el cerebro,
Y entre las sombras hace
La luz aparecer;

Brillante rienda de oro,
Que poderosa enfrena
De la exaltada mente
El volador corcel;

Hilo de luz que en haces
Los pensamientos ata;
Sol que las nubes rompe
Y toca en el zenit;

Inteligente mano,
Que en un collar de perlas
Consigue las indóciles
Palabras reunir;

Armonioso ritmo,
Que con cadencia y número
Las fugitivas notas
Encierra en el compás;

Cincel que el bloque muerde
La estatua modelando,
Y la belleza plástica
Añade á la ideal;

Atmósfera en que giran
Con orden las ideas,
Cual átomos que agrupan

Recóndita atracción;

Raudal en cuyas ondas
Su sed la fiebre apaga;
Oásis que al espíritu
Devuelve su vigor...
¡Tal es nuestra razón!

Con ambas siempre en lucha
Y de ambas vencedor,
Tan sólo el genio puede
A un yugo atar las dos.

IV

No digais que agotado su tesoro,
De asuntos falta, enmudeció la lira:
Podrá no haber poetas; pero siempre
Habrá poesía.

Mientras las ondas de la luz al beso
Palpiten encendidas;
Mientras el sol las desgarradas nubes
De fuego y oro vista;

Mientras el aire en su regazo lleve
Perfumes y armonías;

Mientras haya en el mundo primavera,
¡Habrá poesía!

Mientras la ciencia á descubrir no alcance
Las fuentes de la vida,
Y en el mar ó en el cielo haya un abismo
Que al cálculo resista;

Mientras la humanidad siempre avanzando
No sepa á do camina;
Mientras haya un misterio para el hombre,
¡Habrá poesía!

Mientras sintamos que se alegra el alma,
Sin que los labios rían;
Mientras se llore sin que el llanto acuda
A nublar la pupila;

Mientras el corazón y la cabeza
Batallando prosigan;
Mientras haya esperanzas y recuerdos,
¡Habrá poesía!

Mientras haya unos ojos que reflejen
Los ojos que los miran;
Mientras responda el labio suspirando
Al labio que suspira;

Mientras sentirse puedan en un beso
Dos almas confundidas;
Mientras exista una mujer hermosa,
¡Habrá poesía!

V

Espíritu sin nombre
Indefinible esencia,
Yo vivo con la vida
Sin formas de la idea.

Yo nado en el vacío,
Del sol tiemblo en la hoguera,
Palpito entre las sombras
Y floto con las nieblas.

Yo soy el fleco de oro
De la lejana estrella;
Yo soy de la alta luna
La luz tibia y serena.

Yo soy la ardiente nube
Que en el ocaso ondea;
Yo soy del astro errante
La luminosa estela.

Yo soy nieve en las cumbres,
Soy fuego en las arenas,
Azul onda en los mares,
Y espuma en las riberas.

En el laud soy nota,
Perfume en la violeta,
Fugaz llama en las tumbas,
Y en las ruínas hiedra.

Yo atrueno en el torrente,
Y silbo en la centella,
Y ciego en el relámpago,
Y rujo en la tormenta.

Yo río en los alcores,
Susurro en la alta hierba,
Suspiro en la onda pura,
Y lloro en la hoja seca.

Yo ondulo en los átomos
Del humo que se eleva,
Y al cielo lento sube
En espiral inmensa.

Yo, en los dorados hilos
Que los insectos cuelgan,
Me mezclo entre los árboles

En la ardorosa siesta.

Yo, corro tras las ninfas
Que en la corriente fresca
Del cristalino arroyo
Desnudas juguetean.

Yo, en bosque de corales,
Que alfombran blancas perlas,
Persigo en el Oceano
Las náyades ligeras.

Yo, en las cavernas cóncavas,
Do el sol nunca penetra,
Mezclándome á los gnomos,
Contemplo sus riquezas.

Yo busco de los siglos
las ya borradas huellas,
Y sé de esos imperios
De que ni el nombre queda.

Yo sigo en raudo vértigo
Los mundos que voltean,
Y mi pupila abarca
La creación entera.

Yo sé de esas regiones

A do un rumor no llega
Y dónde informes astros
De vida un soplo esperan.

Yo soy sobre el abismo
El puente que atraviesa;
Yo soy la ignota escala
Que el cielo une á la tierra,

Yo soy el invisible
Anillo que sujeta
El mundo de la forma
Al mundo de la idea.

Yo, en fin, soy ese espíritu,
Desconocida esencia,
Perfume misterioso
De que es vaso el poeta.

VI

Como la brisa que la sangre orea
Sobre el oscuro campo de batalla,
Cargada de perfumes y armonías
En el silencio de la noche vaga;

Símbolo del dolor y la ternura,
Del bardo inglés en el horrible drama,
La dulce Ofelia, la razón perdida,
Cogiendo flores y cantando pasa.

VII

Del salón en el ángulo oscuro,
De su dueño tal vez olvidada,
Silenciosa y cubierta de polvo
Veíase el arpa.

¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas,
Como el pájaro duerme en las ramas,
Esperando la mano de nieve
Que sabe arrancarla!

¡Ay! pensé; ¡cuántas veces el genio
Así duerme en el fondo del alma,
una voz, como Lázaro, espera
Que le diga: «¡Levántate y anda!»

VIII

Cuando miro el azul horizonte
Perderse á lo lejos,

Al través de una gasa de polvo
Dorado é inquieto,
Me parece posible arrancarme
Del mísero suelo,
Y flotar con la niebla dorada
En átomos leves
Cual ella deshecho.

Cuando miro de noche en el fondo
Oscuro del cielo
Las estrellas temblar, como ardientes
Pupilas de fuego,
Me parece posible á do brillan
Subir en un vuelo,
Y anegarme en su luz, y con ellas
En lumbre encendido
Fundirme en un beso.

En el mar de la duda en que bogo
Ni aún sé lo que creo;
¡Sin embargo, estas ansias me dicen
Que yo llevo algo
Divino aquí dentro!...

IX

Besa el aura que gime blandamente
Las leves ondas que jugando riza;

El sol besa á la nube en Occidente
Y de púrpura y oro la matiza;
La llama en derredor del tronco ardiente
Por besar á otra llama se desliza,
Y hasta el sáuce, inclinándose á su peso,
Al río que le besa, vuelve un beso.

X

Los invisibles átomos del aire
En derredor palpitan y se inflaman;
El cielo se deshace en rayos de oro;
La tierra se estremece alborozada;
Oigo flotando en olas de armonía
Rumor de besos y batir de alas;
Mis párpados se cierran... ¿Qué sucede?
—¡Es el amor que pasa!

XI

Yo soy ardiente, yo soy morena,
Yo soy el símbolo de la pasión;
De ansia de goces mi alma está llena.
—¿A mí me buscas?—No es á tí; no.

—Mi frente es pálida; mis trenzas de oro:
Puedo brindarte dichas sin fin;
Yo de ternura guardo un tesoro.
—¿A mí me llamas?—No; no es á tí.

—Yo soy un sueño, un imposible,
Vano fantasma de niebla y luz;
Soy incorpórea, soy intangible;
No puedo amarte.—¡Oh, ven; ven tú!

XII

Porque son, niña, tus ojos
Verdes como el mar, te quejas:
Verdes los tienen las náyades,
Verdes los tuvo Minerva,
Y verdes son las pupilas
De las hurís del profeta.

El verde es gala y ornato
Del bosque en la primavera.
Entre sus siete colores
Brillante el Iris lo ostenta.
Las esmeraldas son verdes,
Verde el color del que espera,
Y las ondas del Oceano,
Y el laurel de los poetas.

Es tu mejilla temprana
Rosa de escarcha cubierta,
En que el carmín de los pétalos
Se ve al través de las perlas.
Y sin embargo,
Sé que te quejas,
Porque tus ojos
Crees que la afean:
Pues no lo creas;
Que parecen tus pupilas,
Húmedas, verdes é inquietas,
Tempranas hojas de almendro,
Que al soplo del aire tiemblan.

Es tu boca de rubíes
Purpúrea granada abierta,
Que en el estío convida
A apagar la sed en ella.
Y sin embargo,
Sé que te quejas,
Porque tus ojos
Crees que la afean:
Pues no lo creas;
Que parecen, si enojada
Tus pupilas centellean,
Las olas del mar que rompen
En las cantábricas peñas.

Es tu frente que corona
Crespo el oro en ancha trenza,
Nevada cumbre en que el día
Su postrera luz refleja.
Y sin embargo,
Sé que te quejas,
Porque tus ojos
Crees que la afean:
Pues no lo creas;
Que, entre las rubias pestañas,
Junto á las sienes, semejan
Broches de esmeralda y oro,
Que un blanco armiño sujetan.

XIII

Tu pupila es azul, y cuando ríes,
Su claridad suave me recuerda
El trémulo fulgor de la mañana
Que en el mar se refleja.

Tu pupila es azul, y cuando lloras,
Las trasparentes lágrimas en ella
Se me figuran gotas de rocío
Sobre una violeta.

Tu pupila es azul, y si en su fondo
Como un punto de luz radia una idea,
Me parece en el cielo de la tarde
¡Una perdida estrella!

XIV

Te ví un punto, y, flotando ante mis ojos
La imagen de tus ojos se quedó,
Como la mancha oscura, orlada en fuego,
Que flota y ciega, si se mira al sol.

Adonde quiera que la vista fijo,
Torno á ver sus pupilas llamear;
Mas no te encuentro á tí; que es tu mirada:
Unos ojos, los tuyos, nada más.

De mi alcoba en el ángulo los miro
Desasidos fantásticos lucir:
Cuando duermo, los siento que se ciernen
De par en par abiertos sobre mí.

Y sé que hay fuegos fátuos que en la noc
Llevan al caminante á perecer:
Yo me siento arrastrado por tus ojos,
Pero adonde me arrastran, no lo sé.

XV

Cendal flotante de leve bruma,
Rizada cinta de blanca espuma,
Rumor sonoro
De arpa de oro,
Beso del áura, onda de luz,
Eso eres tú.

Tú, sombra aérea que, cuantas veces
Voy á tocarte, te desvaneces
Como la llama, como el sonido,
Como la niebla, como el gemido
Del lago azul.

En mar sin playas onda sonante,
En el vacío cometa errante,
Largo lamento
Del ronco viento,
Ansia perpetua de algo mejor,
Eso soy yo.

¡Yo, que á tus ojos en mi agonía
Los ojos vuelvo de noche y día;
Yo, que incansable corro y demente
Tras una sombra, tras la hija ardiente
De una visión!

XVI

Si al mecer las azules campanillas
De tu balcón,
Crees que suspirando pasa el viento
Murmurador,
Sabe que, oculto entre las verdes hojas,
Suspiro yo.

Si al resonar confuso á tus espaldas
Vago rumor,
Crees que por tu nombre te ha llamado
Lejana voz,
Sabe que, entre las sombras que te cercan,
Te llamo yo.

Si se turba medroso en la alta noche
Tu corazón,
Al sentir en tus labios un aliento
Abrasador,
Sabe que, aunque invisible, al lado tuyo
Respiro yo.

XVII

Hoy la tierra y los cielos me sonrien,
Hoy llega al fondo de mi alma el sol;
Hoy la he visto... la he visto y me ha mirado...
¡Hoy creo en Dios!

XVIII

Fatigada del baile,
Encendido el color, breve el aliento,
Apoyada en mi brazo,
Del salón se detuvo en un extremo.

Entre la leve gasa
Que levantaba el palpitante seno,
Una flor se mecía
En compasado y dulce movimiento.

Como en cuna de nácar
Que empuja el mar y que acaricia el céfiro,
Tal vez allí dormía
Al soplo de sus labios entreabiertos.

—¡Oh! ¿Quién así, pensaba,
Dejar pudiera deslizarse el tiempo?
¡Oh, si las flores duermen,
Qué dulcísimo sueño!

XIX

Cuando sobre el pecho inclinas
La melancólica frente,
Una azucena tronchada
Me pareces.

Porque al darte la pureza
De que es símbolo celeste,
Como á ella, te hizo Dios
De oro y nieve.

XX

Sabe, si alguna vez tus labios rojos
Quema invisible atmósfera abrasada,
Que el alma que hablar puede con los ojos,
También puede besar con la mirada.

XXI

¿Qué es poesía? dices mientras clavas
En mi pupila tu pupila azul;
¿Qué es poesía? ¿Y tú me lo proguntas?
Poesía... eres tú.

XXII

¿Cómo vive esa rosa que has prendido
Junto á tu corazón?
Nunca hasta ahora contemplé en la tierra
Sobre el volcán la flor.

XXIII

Por una mirada, un mundo;
Por una sonrisa, un cielo;
Por un beso... ¡yo no sé
Qué te diera por un beso!

XXIV

Dos rojas lenguas de fuego
Que, á un mismo tronco enlazadas,
Se aproximan, y al besarse
Forman una sola llama;

Dos notas que del laud
A un tiempo la mano arranca,
Y en el espacio se encuentran
Y armoniosas se abrazan;

Dos olas que vienen juntas
A morir sobre una playa,
Y que al romper se coronan
Con un penacho de plata;

Dos jirones de vapor
Que del lago se levantan,
Y al juntarse allí en el cielo
Forman una nube blanca;

Dos ideas que al par brotan,
Dos besos que á un tiempo estallan,
Dos ecos que se confunden...
Eso son nuestras dos almas.

XXV

Cuando en la noche te envuelven
Las alas de tul del sueño,
Y tus tendidas pestañas
Semejan arcos de ébano,
Por escuchar los latidos
De tu corazón inquieto,
Y reclinar tu dormida
Cabeza sobre mi pecho,
Diera, alma mía,
Cuanto poseo:
La luz, el aire
Y el pensamiento!

Cuando se clavan tus ojos
En un invisible objeto,
Y tus labios ilumina
De una sonrisa el reflejo;
Por leer sobre tu frente
El callado pensamiento
Que pasa como la nube
Del mar sobre el ancho espejo,

Diera, alma mía,
Cuanto deseo:
La fama, el oro,
La gloria, el genio!

Cuando enmudece tu lengua,
Y se apresura tu aliento,
Y tus mejillas se encienden,
Y entornas tus ojos negros;
Por ver entre sus pestañas
Brillar con húmedo fuego
La ardiente chispa que brota
Del volcán de los deseos,
Diera, alma mía,
Por cuanto espero,
La fe, el espíritu,
La tierra, el cielo!

XXVI

Voy contra mi interés al confesarlo;
Pero yo, amada mía,
Pienso, cual tú, que una oda sólo es buena
De un billete del Banco al dorso escrita.
No faltará algún necio que al oirlo
Se haga cruces y diga:
«Mujer al fin del siglo diez y nueve,
Material y prosáica...» ¡Bobería!
¡Voces que hacen correr cuatro poetas
Que en invierno se embozan con la lira!
¡Ladridos de los perros á la luna!
Tú sabes y yo sé que en esta vida,
Con genio, es muy contado quien la *escribe*
Y con oro, cualquiera *hace* poesía.

XXVII

Despierta, tiemblo al mirarte;
Dormida me atrevo á verte;
Por eso, alma de mi alma,
Yo velo mientras tú duermes.

Despierta, ríes; y al reir, tus labios
Inquietos me parecen
Relámpagos de grana que serpean
Sobre un cielo de nieve.

Despierta, los extremos de tu boca
Pliega sonrisa leve,
Suave como el rastro luminoso
Que deja un sol que muere...
—¡Duerme!

Despierta, miras, y al mirar, tus ojos
Húmedos resplandecen
Como la onda azul, en cuya cresta
Chispeando el sol hiere.

Al través de tus párpados, dormida,
Tranquilo fulgor viertes,
Cual derrama de luz templado rayo
Lámpara transparente...
—¡Duerme!

Despierta, hablas, y al hablar, vibrantes
Tus palabras parecen
Lluvia de perlas que en dorada copa
Se derrama á torrentes.

Dormida, en el murmullo de tu aliento
Acompasado y tenue,
Escucho yo un poema, que mi alma
Enamorada entiende...
—¡Duerme!

Sobre el corazón la mano
Me he puesto, porque no suene
Su latido, y de la noche
Turbe la calma solemne.

De tu balcón las persianas
Cerré ya, porque no entre
El resplandor enojoso
De la aurora, y te despierte...
—¡Duerme!

XXVIII

Cuando entre la sombra oscura
Perdida una voz murmura
Turbando su triste calma,
Si en el fondo de mi alma
La oigo dulce resonar;
Díme: ¿es que el viento en sus giros
Se queja, ó que tus suspiros
Me hablan de amor al pasar?

Cuando el sol en mi ventana
Rojo brilla á la mañana,
Y mi amor tu sombra evoca,
Si en mi boca de otra boca
Sentir creo la impresión;
Díme: ¿es que ciego deliro,
Ó que un beso en un suspiro
Me envía tu corazón?

Si en el luminoso día
Y en la alta noche sombría;
Si en todo cuanto rodea
Al alma que te desea
Te creo sentir y ver;

Díme: ¿es que toco y respiro
Soñando, ó que en un suspiro
Me das tu aliento á beber?

XXIX

Sobre la falda tenía
El libro abierto;
En mi mejilla tocaban
Sus rizos negros;
No veíamos las letras
Ninguno, creo;
Mas guardábamos ambos
Hondo silencio.
¿Cuanto duró? Ni aun entonces
Pude saberlo;
Sólo sé que no se oía
Más que el aliento,
Que apresurado escapaba
Del labio seco.
Sólo sé que nos volvimos
Los dos á un tiempo,
Y nuestros ojos se hallaron,
Y sonó un beso.
. . . . . .
. . . . . .

Creación de Dante era el libro,
Era su *Infierno.*
Cuando á él bajamos los ojos,
Yo dije trémulo:
¿Comprendes ya que un poema
Cabe en un verso?
Y ella respondió encendida:
—¡Ya lo comprendo!

XXX

Asomaba á sus ojos una lágrima
y á mi labio una frase de perdón;
Habló el orgullo y se enjugó su llanto,
Y la frase en mis labios espiró.

Yo voy por un camino, ella por otro;
Pero al pensar en nuestro mutuo amor,
Yo digo aún: ¿por qué callé aquel día?
Y ella dirá: ¿por qué no lloré yo?

XXXI

Nuestra pasión fué un trágico sainete
En cuya absurda fábula
Lo cómico y lo grave confundidos
Risas y llanto arrancan.

Pero fué lo peor de aquella historia
Que al fin de la jornada,
A ella tocaron lágrimas y risas,
Y á mí sólo las lágrimas!

XXXII

Pasaba arrolladora en su hermosura,
Y el paso la dejé;
Ni aun á mirarla me volví, y no obstante
Algo á mi oído murmuró: «*esa es*».

¿Quién reunió la tarde á la mañana?
Lo ignoro: sólo sé
Que en una breve noche de verano
Se unieron los crepúsculos, y... «*fué*».

XXXIII

Es cuestión de palabras, y no obstante
Ni tú ni yo jamás,
Después de lo pasado, convendremos
En quién la culpa está.

¡Lástima que el amor un diccionario
No tenga donde hallar
Cuándo el orgullo es simplemente orgullo,
Y cuándo es dignidad!

XXXIV

Cruza callada, y son sus movimientos
Silenciosa armonía:
Suenan sus pasos y, al sonar, recuerdan
Del himno alado la cadencia rítmica.

Los ojos entreabre, aquellos ojos
Tan claros como el día;
Y la tierra y el cielo, cuanto abarcan,
Arden con nueva luz en sus pupilas.

Ríe, y su carcajada tiene notas
Del agua fugitiva;
Llora, y es cada lágrima un poema
De ternura infinita.

Ella tiene la luz, tiene el perfume,
El color y la línea,
La forma, engendradora de deseos,
La expresión, fuente eterna de poesía.

¿Que es estúpida?... ¡Bah! mientras, callando
Guarde oscuro el enigma,
Siempre valdrá, á mi ver, lo que ella calla
Más que lo que cualquiera otra me diga.

XXXV

¡No me admiró tu olvido! Aunque de un día
Me admiró tu cariño mucho más;
Porque lo que hay en mí que vale algo,
Eso... ¡ni lo pudiste sospechar!

XXXVI

de nuestros agravios en un libro
Se escribiese la historia,
Y se borrase en nuestras almas cuanto
Se borrase en sus hojas;

Te quiero tanto aún, dejó en mi pecho
Tu amor huellas tan hondas,
Que sólo con que tú borrases una,
Las borraba yo todas!

XXXVII

Antes que tú me moriré: escondido
En las entrañas ya
El hierro llevo con que abrió tu mano
La ancha herida mortal!

Antes que tú me moriré: y mi espíritu
En su empeño tenaz,
Sentándose á las puertas de la muerte,
Allí te esperará.

Con las horas los días, con los días
Los años volarán,
Y á aquella puerta llamarás al cabo...
¿Quién deja de llamar?

Entonces, que tu culpa y tus despojos
La tierra guardará,
Lavándote en las ondas de la muerte
Como en otro Jordán;

Allí, donde el murmullo de la vida
Temblando á morir va,
Como la ola que á la playa viene
Silenciosa á espirar;

Allí, donde el sepulcro que se cierra
Abre una eternidad...
Todo cuanto los dos hemos callado
Lo tenemos que hablar!

XXXVIII

Los suspiros son aire, y van al aire.
Las lágrimas son agua, y van al mar.
Díme, mujer: cuando el amor se olvida,
¿Sabes tú adónde va?

XXXIX

¿A qué me lo decís? lo sé: es mudable,
Es altanera y vana y caprichosa;
Antes que el sentimiento de su alma,
Brotará el agua de la estéril roca.

Sé que en su corazón, nido de sierpes,
No hay una fibra que al amor responda;
Que es una estatua inanimada... pero...
Es tan hermosa!

XL

Su mano entre mis manos,
Sus ojos en mis ojos,
La amorosa cabeza
Apoyada en mi hombro,
¡Dios sabe cuántas veces
Con paso perezoso,
Hemos vagado juntos
Bajo los altos olmos,
Que de su casa prestan
Misterio y sombra al pórtico!
Y ayer... un año apenas
Pasado como un soplo,
¡Con qué exquisita gracia,
Con qué admirable aplomo,
Me dijo, al presentarnos
Un amigo oficioso:
«—Creo que en alguna parte
He visto á usted.—» ¡Ah! bobos,
Que sois de los salones
Comadres de buen tono,
Y andáis por allí á caza
De galantes embrollos;
¡Qué historia habéis perdido!
¡Qué manjar tan sabroso

Para ser devorado
Sotto voce en un corro,
Detrás del abanico
De plumas y de oro!

. . . . . .

¡Discreta y casta luna,
Copudos y altos olmos,
Paredes de su casa,
Umbrales de su pórtico,
Callad, y que el secreto
No salga de vosotros!
Callad; que por mi parte
Lo he olvidado todo:
Y ella... ella... ¡no hay máscara
Semejante á su rostro!

XLI

Tú eras el huracán, y yo la alta
Torre que desafía su poder;
¡Tenías que estrellarte ó abatirme!...
¡No pudo ser!
Tú eras el Oceano, y yo la enhiesta
Roca que firme aguarda su vaivén:
¡Tenías que romperte ó que arrancarme!...
¡No pudo ser!
Hermosa tú, yo altivo; acostumbrados
Uno á arrollar, el otro á no ceder;
La senda estrecha, inevitable el choque...
¡No pudo ser!

XLII

Cuando me lo contaron sentí el frío
De una hoja de acero en las entrañ
Me apoyé contra el muro, y un instante
La conciencia perdí de donde estaba.
Cayó sobre mi espíritu la noche;
En ira y en piedad se anegó el alma...
¡Y entonces comprend por qué se llora,
Y entonces comprendí por qué se mata!

Pasó la nube de dolor... con pena
Logré balbucear breves palabras...
¿Quién me dió la noticia?... Un fiel amigo...
¡Me hacía un gran favor!... Le dí las gracias.

XLIII

Dejé la luz á un lado, y en el borde
De la revuelta cama me senté,
Mudo, sombrío, la pupila inmóvil
Clavada en la pared.

¿Qué tiempo estuve así? No sé: al dejarme
La embriaguez horrible del dolor,
Espiraba la luz, y en mis balcones
Reía el sol.

Ni sé tampoco en tan terribles horas
En qué pensaba ó qué pasó por mí;
Sólo recuerdo que lloré y maldije,
Y que en aquella noche envejecí.

XLIV

Como en un libro abierto
Leo de tus pupilas en el fondo;
¿A qué fingir el labio
Risas que se desmienten con los ojos?

¡Llora! No te avergüences
De confesar que me quisiste un poco.
¡Llora! Nadie nos mira.
Ya ves; yo soy un hombre... ¡y también lloro!

XLV

En la clave del arco mal seguro,
Cuyas piedras el tiempo enrojeció,
Obra de cincel rudo, campeaba
El gótico blasón.

Penacho de su yelmo de granito,
La hiedra que colgaba en derredor
Daba sombra al escudo, en que una mano
Tenía un corazón.

A contemplarle en la desierta plaza
Nos paramos los dos:
Y «ése, me dijo, es el cabal emblema
De mi constante amor».

¡Ay! es verdad lo que me dijo entonces:
Verdad que el corazón
Lo llevará en la mano... en cualquier parte...
Pero en el pecho, no.

XLVI

Me ha herido recatándose en las sombras,
Sellando con un beso su traición.
Los brazos me echó al cuello, y por la espalda
Partióme á sangre fría el corazón.

Y ella prosigue alegre su camino,
Feliz, risueña, impávida; ¿y por qué?
Porque no brota sangre de la herida...
¡Porque el muerto está en pie!

XLVII

Yo me he asomado á las profundas simas
De la tierra y del cielo,
Y les he visto el fin ó con los ojos,
O con el pensamiento.

Mas ¡ay! de un corazón llegué al abismo,
Y me incliné por verlo,
Y mi alma y mis ojos se turbaron:
¡Tan hondo era y tan negro!

XLVIII

Como se arranca el hierro de una herida
Su amor de las entrañas me arranqué,
Aunque sentí, al hacerlo, que la vida
Me arrancaba con él.

Del altar que la alcé en el alma mía
La voluntad su imagen arrojó,
Y la luz de la fe que en ella ardía
Ante el ara desierta se apagó.

Aun para combatir mi firme empeño
Viene á mi mente su visión tenaz...
¡Cuando podré dormir con ese sueño
En que acaba el soñar!

XLIX

Alguna vez la encuentro por el mundo
Y pasa junto á mí:
Y pasa sonriéndose, y yo digo:
¿Cómo puede reir?

Luego asoma á mi labio otra sonrisa,
Máscara del dolor,
Y entonces pienso:—¡Acaso ella se ríe
Como me río yo!

L

Lo que el salvaje que con torpe mano
Hace de un tronco á su capricho un dios,
Y luego ante su obra se arrodilla,
Eso hicimos tú y yo.

Dimos formas reales á un fantasma,
De la mente ridícula invención,
Y hecho el ídolo ya, sacrificamos
En su altar nuestro amor.

LI

De lo poco de vida que me resta
Diera con gusto los mejores años,
Por saber lo que á otros
De mí has hablado.

Y esta vida mortal... y de la eterna
Lo que me toque, si me toca algo,
Por saber lo que á solas
De mí has pensado.

LII

Olas gigantes que os rompéis bramando
En las playas desiertas y remotas,
Envuelto entre la sábana de espumas,
Llevadme con vosotras!

Ráfagas de huracán, que arrebatáis
Del alto bosque las marchitas hojas,
Arrastrado en el ciego torbellino,
Llevadme con vosotras!

Nubes de tempestad, que rompe el rayo
Y en fuego ornáis las desprendidas orlas,
Arrebatado entre la niebla oscura,
Llevadme con vosotras!

Llevadme, por piedad, adonde el vértigo
Con la razón me arranque la memoria...
¡Por piedad!... ¡Tengo miedo de quedarme
Con mi dolor á solas!

LIII

Volverán las oscuras golondrinas
En tu balcón sus nidos á colgar,
Y, otra vez, con el ala á sus cristales
Jugando llamarán.

Pero aquellas que el vuelo refrenaban
Tu hermosura y mi dicha á contemplar,
Aquellas que aprendieron nuestros nombres...
Esas... ¡no volverán!

Volverán las tupidas madreselvas
De tu jardín las tapias á escalar,
Y otra vez á la tarde, aun más hermosas,
Sus flores se abrirán;

Pero aquéllas, cuajadas de rocío,
Cuyas gotas mirábamos temblar
Y caer, como lágrimas del día...
Esas... ¡no volverán!

Volverán del amor en tus oídos
Las palabras ardientes á sonar;
Tu corazón de su profundo sueño
Tal vez despertará;

Pero mudo y absorto y de rodillas,
Como se adora á Dios ante su altar,
Como yo te he querido... desengáñate,
Así no te querrán!

LIV

Cuando volvemos las fugaces horas
Del pasado á evocar,
Temblando brilla en sus pestañas negras
Una lágrima pronta á resbalar.

Y al fin resbala, y cae como gota
De rocío, al pensar
Que, cual hoy por ayer, por hoy mañana,
Volveremos los dos á suspirar.

LV

Entre el discorde estruendo de la orgía
Acarició mi oído,
Como nota de música lejana,
El eco de un suspiro.

El eco de un suspiro que conozco,
Formado de un aliento que he bebido,
Perfume de una flor, que oculta crece
En un claustro sombrío.

Mi adorada de un día, cariñosa,
—¿En que piensas? me dijo.
—En nada...—¿En nada, y lloras?—Es que tengo
Alegre la tristeza y triste el vino.

LVI

Hoy como ayer, mañana como hoy,
Y siempre igual!
Un cielo gris, un horizonte eterno,
Y andar... andar!

Moviéndose á compás, como una estúpida
Máquina, el corazón:
La torpe inteligencia del cerebro,
Dormida en un rincón.

El alma, que ambiciona un paraíso,
Buscándole sin fe;
Fatiga sin objeto, ola que rueda
Ignorando por qué!

Voz que incesante con el mismo tono
Canta el mismo cantar;
Gota de agua monótona que cae,
Y cae sin cesar!

Así van deslizándose los días
Unos de otros en pos,
Hoy lo mismo que ayer... y todos ellos
Sin goce ni dolor.

¡Ay! á veces me acuerdo suspirando
Del antiguo sufrir...
Amargo es el dolor; pero siquiera,
Padecer es vivir!

LVII

Este armazón de huesos y pellejo,
De pasear una cabeza loca
Cansado se halla al fin, y no lo extraño;
Pues, aunque es la verdad que no soy viejo,
De la parte de vida que me toca
En la vida del mundo, por mi daño
He hecho un uso tal, que juraría
Que he condensado un siglo en cada día.

Así, aunque ahora muriera,
No podría decir que no he vivido;
Que el sayo, al parecer nuevo por fuera,
Conozco que por dentro ha envejecido.

Ha envejecido, sí; ¡pese á mi estrella!
Harto lo dice ya mi afán doliente;
Que hay dolor que al pasar, su horrible huella
Graba en el corazón, si no en la frente.

LVIII

¿Quieres que de ese néctar delicioso
No te amargue la hez?
Pues aspírale, acércale á tus labios,
Y déjale después.

¿Quieres que conservemos una dulce
Memoria de este amor?
Pues amémonos hoy mucho, y mañana
Digámonos *¡adiós!*

LIX

Yo sé cual el objeto
De tus suspiros es;
Yo conozco la causa de tu dulce
Secreta languidez.
¿Te ríes?... Algún día
Sabrás, niña, por qué;
Tú acaso lo sospechas,
Y yo lo sé.

Yo sé lo que tú sueñas,
Y lo que en sueños ves;
Como en un libro puedo lo que callas
En tu frente leer.
¿Te ríes?... Algún día
Sabrás, niña, por qué;
Tú acaso lo sospechas,
Y yo lo sé.

Yo sé por qué sonríes
Y lloras á la vez:
Yo penetro en los senos misteriosos
De tu alma de mujer.
¿Te ríes?... Algún día
Sabrás, niña, por qué;
Mientras tú sientes mucho y nada sabes,
Yo, que no siento ya, todo lo sé.

LX

Mi vida es un erial;
Flor que toco se deshoja;
Que en mi camino fatal,
Alguien va sembrando el mal
Para que yo lo recoja.

LXI

Al ver mis horas de fiebre
É insomnio lentas pasar,
A la orilla de mi lecho,
¿Quién se sentará?

Cuando la trémula mano
Tienda, próximo á espirar,
Buscando una mano amiga,
¿Quién la estrechará?

Cuando la muerte vidríe
De mis ojos el cristal,
Mis párpados aún abiertos,
¿Quién los cerrará?

Cuando la campana suene
(Si suena en mi funeral),
Una oración al oirla,
¿Quién murmurará?

Cuando mis pálidos restos
Oprima la tierra ya,
Sobre la olvidada fosa,
¿Quién vendrá á llorar?

¿Quién, en fin, al otro día,
Cuando el sol vuelva á brillar,
De que pasé por el mundo,
¿Quién se acordará?

LXII

Primero es un albor trémulo y vago,
Raya de inquieta luz que corta el mar;
Luego chispea y crece y se dilata
En ardiente explosión de claridad.

La brilladora luz es la alegría,
La temerosa sombra es el pesar:
¡Ay! en la oscura noche de mi alma,
¿Cuándo amanecerá?

LXIII

Como enjambre de abejas irritadas,
De un oscuro rincón de la memoria
Salen á perseguirme los recuerdos
De las pasadas horas.

Yo los quiero ahuyentar. ¡Esfuerzo inútil!
Me rodean, me acosan,
Y unos tras otros á clavarme vienen
El agudo aguijón que el alma encona.

LXIV

Como guarda el avaro su tesoro,
Guardaba mi dolor;
Yo quería probar que hay algo eterno
A la que eterno me juró su amor.

Mas hoy le llamo en vano, y oigo al tiempo
Que le agotó, decir:
¡Ah, barro miserable, eternamente
No podrás ni aun sufrir!

LXV

Llegó la noche y no encontré un asilo;
¡Y tuve sed!... Mis lágrimas bebí;
¡Y tuve hambre! ¡Los hinchados ojos
Cerré para morir!

¡Estaba en un desierto! Aunque á mi oído
De las turbas llegaba el ronco hervir,
Yo era huérfano y pobre... ¡El mundo estaba
Desierto... para mí!

LXVI

¿De dónde vengo?... El más horrible y áspero
De los senderos busca;
Las huellas de unos pies ensangrentados
Sobre la roca dura;
Los despojos de un alma hecha jirones
En las zarzas agudas;
Te dirán el camino
que conduce á mi cuna.

¿Adónde voy? El más sombrío y triste
De los páramos cruza;
Valle de eternas nieves y de eternas
Melancólicas brumas.
En donde esté una piedra solitaria
Sin inscripción alguna,
Donde habite el olvido,
Allí estará mi tumba.

LXVII

¡Qué hermoso es ver el día
Coronado de fuego levantarse,
Y á su beso de lumbre
Brillar las olas y encenderse el aire!

¡Qué hermoso es tras la lluvia
Del triste otoño en la azulada tarde,
De las húmedas flores
El perfume aspirar hasta saciarse!

¡Qué hermoso es cuando en copos
La blanca nieve silenciosa cae,
De las inquietas llamas
Ver las rojizas lenguas agitarse!

¡Qué hermoso es cuando hay sueño
Dormir bien... y roncar como un sochantre...
Y comer... y engordar!... ¡y qué desgracia
Que esto sólo no baste!

LXVIII

No sé lo que he soñado
En la noche pasada;
Triste, muy triste debió ser el sueño,
Pues despierto la angustia me duraba.

Noté, al incorporarme,
Húmeda la almohada,
Y por primera vez sentí, al notarlo,
De un amargo placer henchirse el alma.

Triste cosa es el sueño
Que llanto nos arranca;
Mas tengo en mi tristeza una alegría...
¡Sé que aún me quedan lágrimas!

LXIX

Al brillar un relámpago nacemos,
Y aún dura su fulgor cuando morimos:
¡Tan corto es el vivir!

La gloria y el amor tras que corremos,
Sombras de un sueño son que perseguimos:
¡Despertar es morir!

LXX

¡Cuántas veces al pie de las musgosas
Paredes que la guardan,
Oí la esquila que al mediar la noche
A los maitines llama!

¡Cuántas veces trazó mi triste sombra
La luna plateada,
Junto á la del ciprés, que de su huerto
Se asoma por las tapias!

Cuando en sombras la iglesia se envolvía,
De su ojiva calada
¡Cuántas veces temblar sobre los vidrios
Ví el fulgor de la lámpara!

Aunque el viento en los ángulos oscuros
De la torre silbara,
Del coro entre las voces percibía
Su voz vibrante y clara.

En las noches de invierno, si un medroso
Por la desierta plaza
Se atrevía á cruzar, al divisarme
El paso aceleraba.

Y no faltó una vieja que en el torno
Dijese á la mañana,
Que de algún sacristán muerto en pecado
Acaso era yo el alma.

A oscuras conocía los rincones
Del atrio y la portada;
De mis pies las hortigas que allí crecen
Las huellas tal vez guardan.

Los buhos que espantados me seguían
Con sus ojos de llamas,
Llegaron á mirarme con el tiempo
Como á un buen camarada.

A mi lado sin miedo los reptiles
Se movían á rastras;
¡Hasta los mudos Santos de granito
Ví que me saludaban!

LXXI

No dormía; vagaba en ese limbo
En que cambian de forma los objetos,
Misteriosos espacios que separan
La vigilia del sueño.

Las ideas, que en ronda silenciosa
Daban vueltas en torno á mi cerebro,
Poco á poco en su danza se movían
Con un compás más lento.

De la luz que entra al alma por los ojos
Los párpados velaban al reflejo,
Mas otra luz el mundo de visiones
Alumbraba por dentro.

En este punto resonó en mi oído
Un rumor semejante al que en el templo
Vaga confuso, al terminar los fieles
Con un *Amén* sus rezos.

Y oí como una voz delgada y triste
Que por mi nombre me llamó á lo lejos,
Y sentí olor de cirios apagados,
De humedad y de incienso.

. . . . . .

. . . . . .

Entró la noche, y del olvido en brazos
Caí, cual piedra, en su profundo seno:
Dormí, y al despertar exclamé: «¡Alguno
Que yo quería ha muerto!»

LXXII

PRIMERA VOZ

—Las ondas tienen vaga armonía,
Las violetas suave olor,
Brumas de plata la noche fría,
Luz y oro el día,
Yo algo mejor:
¡Yo tengo *Amor!*

SEGUNDA VOZ

—Aura de aplausos, nube radiosa,
Ola de envidia que besa el pie,
Isla de sueños donde reposa
El alma ansiosa,
¡Dulce embriaguez
La *Gloria* es!

TERCERA VOZ

—Ascua encendida es el tesoro,
Sombra que huye la vanidad.
Todo es mentira: la gloria, el oro.

Lo que yo adoro
Sólo es verdad:
¡La *Libertad!*

. . . . . .

Así los barqueros pasaban cantando
La eterna canción,
Y al golpe del remo saltaba la espuma
Y heríala el sol.

¿Te embarcas? gritaban; y yo sonriendo
Les dije al pasar:
—Ha tiempo lo hice; por cierto que aún tengo
La ropa en la playa tendida á secar.

LXXIII

Cerraron sus ojos
Que aún tenía abiertos;
Taparon su cara
Con un blanco lienzo;
Y unos sollozando,
Otros en silencio,
De la triste alcoba
Todos se salieron.

La luz, que en un vaso
Ardía en el suelo,
Al muro arrojaba
La sombra del lecho;
Y entre aquella sombra
Veíase á intérvalos,
Dibujarse rígida
La forma del cuerpo.

Despertaba el día,
Y á su albor primero
Con sus mil ruidos
Despertaba el pueblo.
Ante aquel contraste

De vida y misterios,
De luz y tinieblas,
Medité un momento:
«*¡Dios mío, qué solos*
se quedan los muertos!!»

De la casa en hombros
Lleváronla al templo,
Y en una capilla
Dejaron el féretro.
Allí rodearon
Sus pálidos restos
De amarillas velas
Y de paños negros.

Al dar de las ánimas
El toque postrero,
Acabó una vieja
Sus últimos rezos;
Cruzó la ancha nave,
Las puertas gimieron,
Y el santo recinto
Quedóse desierto.

De un reloj se oía
Compasado el péndulo,
Y de algunos cirios
El chisporroteo.

Tan medroso y triste,
Tan oscuro y yerto
Todo se encontraba...
Que pensé un momento:
»*¡Dios mío, qué solos*
se quedan los muertos!!»

De la alta campana
La lengua de hierro,
Le dió, volteando,
Su adiós lastimero.
El luto en las ropas,
Amigos y deudos
Cruzaron en fila,
Formando el cortejo.

Del último asilo,
Oscuro y estrecho,
Abrió la piqueta
El nicho á un extremo.
Allí la acostaron,
Tapiarónle luego,
Y con un saludo
Despidióse el duelo.

La piqueta al hombro,
El sepulturero
Cantando entre dientes

Se perdió á lo lejos.
La noche se entraba,
Reinaba el silencio;
Perdido en las sombras,
Medité un momento:
«*¡Dios mío, qué solos*
se quedan los muertos!!»

En las largas noches
Del helado invierno,
Cuando las maderas
Crujir hace el viento
Y azota los vidrios
El fuerte aguacero,
De la pobre niña
A solas me acuerdo.

Allí cae la lluvia
Con un són eterno;
Allí la combate
El soplo del cierzo.
Del húmedo muro
Tendida en el hueco,
Acaso de frío
Se hielan sus huesos!...

. . . . . .

¿Vuelve el polvo al polvo?

¿Vuela el alma al cielo?
¿Todo es vil materia,
Podredumbre y cieno?
¡No sé; pero hay algo
Que explicar no puedo
Que al par nos infunde
Repugnancia y duelo,
Al dejar tan tristes,
Tan solos los muertos!

LXXIV

Las ropas desceñidas,
Desnudas las espadas,
En el dintel de oro de la puerta
Dos ángeles velaban.

Me aproximé á los hierros
Que defienden la entrada,
Y de las dobles rejas en el fondo
La ví confusa y blanca.

La ví como la imagen
Que en leve ensueño pasa,
Como rayo de luz, ténue y difuso,
Que entre tinieblas nada.

Me sentí de un ardiente
Deseo llena el alma:
¡Como atrae un abismo, aquel misterio
Hacia sí me arrastraba!

Mas ¡ay! que de los ángeles
Parecían decirme las miradas:
—¡El umbral de esta puerta
Sólo Dios lo traspasa!

LXXV

¿Será verdad que cuando toca el sueño
Con sus dedos de rosa nuestros ojos
De la cárcel que habita huye el espíritu
En vuelo presuroso?

¿Será verdad que, huésped de las nieblas,
De la brisa nocturna al ténue soplo,
Alado sube á la región vacía
A encontrarse con otros?

¿Y allí, desnudo de la humana forma,
Allí, los lazos terrenales rotos,
Breves horas habita de la idea
El mundo silencioso?

¿Y ríe y llora y aborrece y ama,
Y guarda un rastro del dolor y el gozo,
Semejante al que deja cuando cruza
El cielo un meteoro?

¡Yo no sé si ese mundo de visiones
Vive fuera, ó va dentro de nosotros;
Pero sé que conozco á muchas gentes
A quienes no conozco!

LXXVI

En la imponente nave
Del templo bizantino,
Ví la gótica tumba, á la indecisa
Luz que temblaba en los pintados vidrios.

Las manos sobre el pecho,
Y en las manos un libro,
Una mujer hermosa reposaba
Sobre la urna, del cincel prodigio.

Del cuerpo abandonado
Al dulce peso hundido,
Cual si de blanda pluma y raso fuera,
Se plegaba su lecho de granito.

De la postrer sonrisa
El resplandor divino
Guardaba el rostro, como el cielo guarda
Del sol que muere el rayo fugitivo.

Del cabezal de piedra
Sentados en el filo,
Dos ángeles, el dedo sobre el labio,

Imponían silencio en el recinto.

No parecía muerta;
De los arcos macizos
Parecía dormir en la penumbra,
Y que en sueños veía el paraíso.

Me acerqué de la nave
Al ángulo sombrío,
Como quien llega con callada planta
Junto á la cuna donde duerme un niño.

La contemplé un momento,
Y aquel resplandor tibio,
Aquel lecho de piedra que ofrecía
Próximo al muro otro lugar vacío;

En el alma avivaron
La sed de lo infinito,
El ansia de esa vida de la muerte,
Para la que un instante son los siglos...

. . . . . .

. . . . . .

Cansado del combate
En que luchando vivo,
Alguna vez recuerdo con envidia
Aquel rincón oscuro y escondido.

De aquella muda y pálida
Mujer, me acuerdo y digo:
¡Oh, qué amor tan callado el de la muerte!
¡Qué sueño el del sepulcro tan tranquilo!

RONCESVALLES

A corta distancia del pueblo de Roncesvalles hay una cruz de piedra, que antiguamente era conocida con el nombre de *Cruz de los Peregrinos*. Alguna mano piadosa la elevó allí, sin duda con objeto de que sirviese de punto de reposo á los que, llena el alma de fe, venían á visitar su célebre santuario desde los más apartados rincones de la Península.

Cuando llegué á este sitio, después de haber cruzado á pie las intrincadas sendas que conducen desde Burguete á Roncesvalles, serpenteando á lo largo inmensos bosques de hayas, el día tocaba á la mitad, y el sol, que hasta aquel momento se había mantenido oculto, comenzaba á rasgar las nubes brillando á intervalos por entre sueltos jirones.

La verde y tupida hierba que tapizaba el suelo, la fresca sombra de los árboles, el murmullo de las aguas corrientes, el magnífico horizonte que se desplegaba ante mis ojos, la hora del día y el cansancio del camino, todo parecía combinarse para hacerme comprender mejor la previsora solicitud de los que en siglos remotos habían colocado tan delicioso lugar de descanso al término de un penoso viaje.

Me senté al pie de la cruz, respiré á pleno pulmón el aire puro y sutil de la montaña, lleno de perfumes silvestres y de átomos de vida, dejé resbalar un momento la incierta mirada por los dilatados horizontes de verdura y de luz que desde allí se descubren, saqué un cigarro de la cartera de viaje, lo encendí, y después de encendido comencé á arrojar al aire bocanadas de humo.

En este momento me asaltó una idea extraña. He aquí, dije, hablando conmigo mismo, el punto donde el piadoso romero, vestido de un burdo sayal y apoyado en su tosco bordón, se prosternaba poseído de hondo respeto á la vista del santuario, como los peregrinos del Oriente se prosternan aún en la cima del monte que domina la ciudad santa: las ideas guerreras y religiosas, el sentimiento de la gloria nacional y de la fe, despertándose al eco de un nombre que ha consagrado la tradición, llenaban de piadoso recogimiento su alma, prepa-

rándola á penetrar con el entusiasmo del creyente en este maravilloso mundo de la leyenda, donde cada roca debía hablarle de un prodigio de valor ó de una aparición divina. Nada ha cambiado aquí de cuanto le impresionaba. Allí está la llanura, teatro de la sangrienta jornada, cuya memoria, prolongándose de siglo en siglo, ha hecho famoso el nombre de estos lugares: allí el santuario, cuya vetusta torre descuella airosa por cima de los puntiagudos tejados de pizarra de la población; á un lado y otro se descubren las gigantescas rocas de las cuales cada una lleva aún el nombre de un héroe legendario: el Pirineo, con las ásperas vertientes, sus peñascosas faldas cubiertas de bosques de abetos seculares y sus dentelladas crestas vestidas de eternas nieves, se alza hoy como ayer, sirviendo de magnífico fondo al cuadro. Este es el Roncesvalles de las caballerescas crónicas; este es el Roncesvalles de las maravillosas tradiciones, este, en fin, el Roncesvalles de nuestros poetas de romancero. ¿En qué consiste, pues, que, á pesar de todo, al descubrirlo hoy la imaginación se esfuerza en vano por considerar en torno suyo esa atmósfera de entusiasmo y de fe que le daba todo su prestigio? ¿Por qué me fatigo evocando recuerdos de los tiempos pasados para tratar de sentir una impresión grande y profunda, mientras mis miradas vagan, á pesar mío, de un punto á otro, dis-

traídas é indiferentes? Nada ha cambiado aquí de cuanto nos rodea, es verdad; pero hemos cambiado nosotros: he cambiado yo, que no vengo en alas de la fe vestido de un tosco sayal y pidiendo de puerta en puerta el pan de la peregrinación, á prosternarme en el dintel del santuario, ó á recoger con respeto el polvo de la llanura, testigo del sangriento combate, sino que, guiado por la fama, y de la manera más cómoda posible, llego hasta este último confín de la Península á satisfacer una curiosidad de artista ó un capricho de desocupado.

La crítica histórica, esa incrédula hija del espíritu de nuestra época, nos ha infiltrado desde niños su petulante osadía, nos ha enseñado á sonreirnos de compasión al oir el relato de esas tradiciones, que eran el brillante cimiento de nuestros anales patrios, y desnudando uno por uno á nuestros héroes nacionales de las espléndidas galas con que los vistiera la fantasía popular, empañando con su hálito de duda la brillante aureola que ceñía sus sienes y derribándolos del pedestal en que los colocó la leyenda, nos ha mostrado su descarnada armazón, semejante á un maniquí risible. Ella nos ha truncado la historia, nos niega á Bernardo del Carpio, nos disputa al Cid, hasta ha puesto en cuestión á Jesús... Pero, ¿ha conseguido del todo su objeto? No lo sé. Por lo pronto ha conseguido que aquí donde nuestros mayores se sentían em-

bargados de una profunda emoción, donde se exaltaba su fantasía, donde se elevaba su espíritu y vibraban sacudidas por el entusiasmo todas las fibras del sentimiento, nosotros nos sentemos indiferentes, encendamos un cigarro y entornando los soñolientos ojos, nos entretengamos en arrojar bocanadas de humo al aire.

Esto diciendo, ó mejor dicho pensando, arrojé la punta del que había encendido y que ya comenzaba á quemarme los dedos, sacudí las hojarascas y la tierra que al tomar el suelo por asiento se habían adherido á los faldones de mi levita, y un paso tras otro emprendí el camino de la población.

II

Roncesvalles tiene un aspecto original. Sus casas de forma irregular y pintoresca, con cubiertas de pizarra puntiagudas, con pisos volados al exterior, torcidas escaleras que rodean los muros y dan paso á las galerías altas, barandales, postes y cobertizos por donde se enredan, suben y caen las plantas trepadoras en largos festones de verdura, ofrecen, agrupándose en torno á la colegiata un conjunto de líneas y de color sumamente extraño y pintoresco.

La colegiata es, si no el único, el monumento más notable de la población. Sin embargo, antes de penetrar en ella, visité la fuente que llaman de la Virgen, manantial de agua fresca y purísima que brota á corta distancia del porche del templo, al pie de unos paredones derruídos y musgosos que fueron parte del primitivo santuario. Acerca de esta fuente y de la fundación de la antiquísima capilla, entre cuyas ruínas se encuentra, refiere la tradición una de esas leyendas extraordinarias con que la piedad de nuestros padres se complacía en envolver el misterioso origen de sus más veneradas imágenes.

La fundación de la colegiata es debida á Don Sancho de Tovar, y su antigua fábrica conserva, á pesar de las modificaciones que ha sufrido con el trascurso de los tiempos, el severo y sencillo carácter de las construcciones de su época. En una de las naves se encuentra la capilla de San Pedro, muestra pura del estilo á que pertenece la iglesia, y que parece haber servido de tipo á la llamada *Barbazana* de la catedral de Pamplona. En el altar mayor se venera la milagrosa imagen de la Virgen, que da nombre al santuario, la cual es de plata, y se descubre al fulgor que penetra por las redondas rosetas del templo, sentada sobre un trono del mismo precioso metal, enriquecido de brillante pedrería.

Anchas y oscuras losas sepulcrales señalan en el pavimento el sitio donde duermen el eterno sueño de la muerte los religiosos y guerreros que buscaron este lugar para su última morada. Recorriendo las sombrías naves de la iglesia y oyendo las pisadas que repite el eco, prolongándolas por las subterráneas bóvedas, antiguo panteón de los canónigos, se recuerda el bellísimo verso en que dice Víctor Hugo:

Los sepulcros son las raíces del altar.

En el presbiterio, en una urna de jaspes, sobre la cual se ven sus estatuas, yacen juntos el fundador D. Sancho el Fuerte, de Navarra, y su mujer doña Clemencia. A un lado y otro del lucillo cuelgan aún dos trozos de la cadena que el valiente rey ganó en la batalla de las Navas de Tolosa.

La sacristía, que es de construcción moderna, guarda algunas antigüedades y pinturas de verdadero mérito. Entre las primeras, son notables varios efectos pertenecientes al pontifical del arzobispo de Reims, aquel famoso Turpín, por cuenta del cual Ariosto relató tantos absurdos en su célebre poema. Tampoco dejan de ser notables las mazas que la tradición asegura haber pertenecido á Roldán, y de las cuales la una es de hierro y la otra de bronce. En otro tiempo se conservaban

igualmente cálices de forma extraña y curiosa, que acusaban la remota época á que pertenecían, y hoy mismo pueden examinarse algunos relicarios dignos de estima. Los cuadros que merecen atención especial son, un tríptico pintado sobre tabla, que parece pertenecer á la escuela holandesa, y representa la Crucifixión en el centro, la predicación de Jesús á un lado, y el beso de Judas al otro, y una Sacra Familia, de escuela italiana, que recuerda el estilo de Julio Romano.

También merece visitarse el archivo donde se custodia el magnífico evangelario, sobre el cual prestaban juramento los reyes de Navarra al ceñirse la corona. Esta obra de arte, pues tal calificativo merece, es de plata sobredorada, con adornos de pedrería, y tiene en una de las caras un Crucifijo, y en la otra la imagen del Salvador, sentado sobre un trono, en medio de los cuatro evangelistas.

La Real Casa y Colegiata de Nuestra Señora de Roncesvalles está colocada bajo la inmediata protección de la silla apostólica, y es patronato de la Corona, que en las vacantes nombra el prior. Éste, que en otras épocas pertenecía de derecho al Real Consejo de S. M., se intitula, ignoramos por qué privilegios, gran abad de Colonia, y tiene uso de pontificales, con jurisdicción *cuasi nullius*, en el territorio que comprende su dominio. En su cualidad

de iglesia recepticia, el capítulo no cuenta con número fijo de canónigos, eligiendo sólo los que pueda mantener de sus rentas. En la actualidad, aunque pueden ser hasta doce, sólo existen seis. Así al prior como á los canónigos de este santuario, les distingue una particularidad de su traje. Sobre la ropa talar oscura llevan una cruz de terciopelo verde, en forma de espada, y al cuello una gran medalla de oro, ambas insignias de la orden militar de Roncesvalles, á que pertenecen, la cual tuvo mesnada y pendón, levantó tropas y se hizo cargo de la defensa del castillo de Seguín, histórica fortaleza que aún se mantenía en pie á fines del siglo xv.

Cuando después de haber examinado minuciosamente hasta los más oscuros rincones del templo, penetré en el claustro, por entre cuyas derruídas arcadas sube serpenteando la hiedra hasta coronar con un festón de hojas las extrañas figuras de los capiteles, y cuyo anchuroso patio cubren las altas y silenciosas hierbas que ondean calladas al soplo de la brisa de la tarde, sentí que una emoción profunda, y hasta entonces desconocida, agitaba mi espíritu.

Por el fondo de la iglesia atravesaba en aquel momento uno de los religiosos con su luenga capa oscura, ornada con la histórica cruz verde. Sea prestigio de la imaginación, sea efecto del fantás-

tico cuadro en que la ví destacarse, aquella figura me trajo á la memoria no sé qué recuerdos confusos de siglos y de gentes que han pasado; generaciones de las que sólo he visto un trasunto en las severas estatuas que duermen inmóviles sobre las losas de sus tumbas; pero que entonces me pareció verlas levantarse como evocadas por un conjuro para poblar aquellas ruínas.

La atmósfera de la tradición que aún se respira allí en átomos impalpables, comenzaba á embriagar mi alma, cada vez más dispuesta á sentir sin razonar, á creer sin discutir.

III

Al caer la tarde salí de la población, con el objeto de dar una vuelta por los contornos y recorrer la reducida llanura y los estrechos desfiladeros, teatro de la famosa rota de los franceses.

Aún me duraba la impresión recibida en el claustro del santuario; aún sentía abiertos los poros del alma y dispuesta la fantasía á exaltarse y á dar crédito á todo lo más extraordinario y maravilloso.

La historia crítica me había hablado en otra ocasión, desvaneciendo una multitud de errores que, á propósito de este hecho de armas, corre en-

tre el vulgo. A su soplo se había desbaratado en mi imaginación todo el fabuloso cielo de Carlo-Magno, y la Tabla Redonda con sus Doce Pares, Bernardo y Marsilio, Durandarte y Roldán, se habían desvanecido como fantasmas fingidos por la niebla, ante la luz del análisis filosófico. Pero en aquel momento, ¿qué me importaba ya de la historia, si la historia era para mí el pueblo, que relata aún esta jornada con vivísimos colores y detalles sorprendentes; el romancero nacional, cuyos versos pintan las escenas con una verdad y una valentía asombrosas?

Blasonando está el francés
contra el ejército hispano,
por ver que cubren sus gentes
sierra, monte, campo y llano.
. . . . . .
Van los Doce de la fama
con el viejo Carlo-Magno,
haciendo alarde de reinos
que en poco tiempo han ganado;
los estandartes despliegan
de flores de lis bordados,
diciendo que han de añadirles
un castillo y un león bravo.

En el mismo punto en que este romance vino á mi memoria, se ofrecieron á mis ojos las ásperas cumbres que según la tradición ocupaba el ejército francés. El dentellado y fantástico perfil de aquellas crestas, parece que fingen destacarse entre las nubes que el viento arremolina á su alrededor, grupos de soldados armados de largas picas, estandartes que tremolan, cascos bruñidos donde llamea el sol y cuyas cimeras forman un bosque de plumas.

De una parte está Carlo-Magno con su brillante cohorte de héroes, que ha engrandecido la leyenda; de la otra los vascones y los árabes, sus aliados en esta jornada. Roldán en lo alto del monte amenazando caer sobre las huestes de sus enemigos como una avalancha; Bernardo en la llanura, esperando á pie firme su embate. Roldán tiene lleno el mundo con la fama de sus proezas; Bernardo es casi un guerrero desconocido fuera de los límites de su país.

Doña Alda, la esposa del guerrero francés, ve esta escena tal como yo me la representaba entonces en la imaginación.

Un sueño soñé, doncellas,
que me ha dado gran pesar;
que me veía en un monte
en un desierto lugar.

Bajo los montes muy alto
un azor vide volar,
tras dél viene una aguililla
que lo afincaba muy mal.

En efecto: trábase la lucha y el choque de las armas, la estruendosa vocería de los combatientes y el agudo clamor de las trompetas ensordecen los montes vecinos, cuyas enormes cuencas repercuten de una en otra este rumor, como durante la tempestad repercuten el trueno.

El sol comienza á trasponer las colinas que limitan la llanura por la parte del ocaso y aún dura la refriega; pero ya la fortuna inclina la balanza en contra del Emperador; unos tras otros, once de sus más ilustres capitanes han sucumbido; solo sobrevive Roldán en el lastimoso estado en que le pinta el poeta:

Apartado del camino,
por un valle muy cerrado
ví venir un caballero
en un herido caballo;
de la sangre que le corre
deja un lastimoso rastro.

La noche cierra por último; Roldán espira al abrigo de la peña que aún conserva su nombre; Carlo-Magno huye con los restos de su derrotado ejército, mientras que aquellas banderas con flores de lis, á las que debían añadirles un castillo y un león, son arrastradas por los vencedores entre el polvo, el cieno y la sangre del campo de batalla.

Al reconstruir en la mente este fantástico cuadro, al ver con los ojos de mi imaginación cubiertos de cadáveres la llanura y los estrechos desfiladeros que se ofrecían á mis ojos, no pude menos de exclamar con el pueblo, repitiendo su romance favorito, cuyos versos brotaron espontáneamente de mis labios:

¡Mala la hubísteis, franceses,
en esa de Roncesvalles!
Don Carlos perdió la honra,
murieron los Doce Pares.

Y en el momento en que esto decia, me hubiera yo á mi vez reído del que osase poner en duda el más insignificante detalle de esta epopeya magnífica.

¿Qué extraño es, pues, si de tal modo impresionan los sitios que guardan la memoria de las tradiciones, que los habitantes de aquellas comarcas, cuando la tempestad rueda por la falda del Piri-

neo y ensordece los angostos valles, crean ver en los jirones de niebla que flotan sobre los precipicios, ejércitos de blancos fantasmas que combaten, y piensen oir en el zumbido del viento y el fragor del trueno, el eco de la encantada trompa de Roldán que aún pide socorro en su agonía?

LAS DOS OLAS[1]

No hace muchos días que entré en el estudio de mi amigo Casado á tiempo que daba los últimos toques á un lienzo cuyo asunto llamó mi atención. Y digo asunto, porque aun cuando visto á la ligera, podría decirse que en rigor carecía de él, toda vez que era sólo un retrato: el sexo, la edad y la hermosura del tipo, junto al carácter y la grandeza del fondo, formaban cierto contraste y armonía particular, de la

(1) Este artículo le escribió Becquer en 1870, para acompañar un grabado en *La Ilustración de Madrid*, de la cual era Director. El asunto no parecía ofrecer ningún interés literario; él, sin embargo, puso al grabado un marco de filigrana, que esmaltan el sentimiento y la poesía. Ese marco vale lo suficiente para que nosotros juzguemos oportuno enriquecer con él esta nueva edición. Las condiciones en que este artículo ha sido escrito, manifiestan, quizá más que otro alguno, las facultades creadoras de Becquer.

que brotaba una idea. ¿Y qué más debe pedirse para asunto de una obra de arte?

La mejor muestra de cortesía que puede darnos un pintor cuando se entra en su estudio, es seguir pintando. Dejar la paleta y los pinceles, equivale á decir al recien venido: «Acabe usted pronto, porque tengo que continuar».

Casado prosiguió, pues, trabajando á mi llegada: yo comencé á fumar, y como ninguna de las dos operaciones, particularmente la mía, estorba el hablar, aunque á retazos, charlamos un poco de todo, hasta venir á dar en la frase que de algún tiempo á esta parte es el eterno estribillo de mis conversaciones, siempre que acierto á encontrarme con un escritor ó artista amigo:—¿Cuándo nos da usted algo para *La Ilustración de Madrid*.

—Cuando usted quiera —me respondió Casado; —pero ya ve usted, ahora no tengo nada... es decir, nada á propósito.

—¡Á propósito!... Para un periódico del género del nuestro, es todo lo que tenga algún carácter artístico ó en algún modo pueda interesar al público... por ejemplo, ese retrato... ¿por qué no nos da usted el dibujo?

—¡De este retrato!... ¡El retrato de una niña de cuatro ó cinco años... adorada, es cierto, de sus padres y su familia, muy conocida... de su aya y en los círculos que juegan al *alimón* en el Parterre del

Buen Retiro, y en la fuente de las Cuatro Estaciones! ¿Y qué pondríamos debajo de la lámina? Porque lo primero que necesita un grabado, como un libro ó una comedia, es un título: ¿pondríamos *Retrato de la sobrina del autor?* ¡Estaría chistoso! En el retrato de una persona sin importancia para la generalidad, sólo puede apreciarse el parecido ó las condiciones de la ejecución... Lo primero es grave asunto sólo para la familia; de la ejecución y el color, ¿qué puede quedar en las columnas del periódico?

—¿Es decir—objeté yo—que usted cree que un retrato... este que tenemos delante, no es más que una fotografía iluminada... y el arte no va más allá?

—Nada menos que eso... ciertamente: el cariño que me inspiraba el modelo, la ternura de que es objeto para mí y los míos, algo particular que había en la atmósfera que lo rodeaba cuando manché la tela en la playa de Biarritz teniendo el mar Cantábrico por fondo, aquel mar cuyas olas vienen de tan lejos—acaso de las remotas playas en que ella ha nacido—¿que sé yo? una porción de cosas que pude sentir entonces y recuerdo ahora, contribuyen á que este retrato tenga algo especial para mí, algo semejante al eco de una idea confusa que nada determina, y á la que no obstante responden vibraciones lejanas de vagos sen-

timientos... tal vez de gozo... quizás de tristeza... pero esto, ¿quién más que yo puede sentirlo?

—¡Vamos! ¡Ya apareció aquello!... Hay *algo* en esa figura, *algo* en ese fondo... ¿Y usted cree que cuando tiembla ligeramente la mano del artista poseído de una idea ó de un sentimiento, no deja el pincel un rastro propio, no acusan las líneas algo particular, algo impalpable, indefinible, pero que permanece palpitando allí como la estela de perfume y luz que deja tras sí una divinidad que ha desaparecido; algo que nos dice «por aquí ha pasado la inspiración?»

—Creo, en efecto, que puede suceder así; pero es cuando el artista se refiere á cosas de más importancia, á impresiones más hondas, á ideas más generales y que pueden encontrar eco en todos.

—¿Y quiere usted nada más general que las ideas que despierta esa figura? Habla usted del parecido: yo no sé si se parece al original; pero es hermosa, y basta: seguramente se parece á alguien: y no ya á esta ó aquella persona que á mí, espectador indiferente, me importan un ardite; se parece á ese ideal de belleza, del cual todos tenemos el tipo y el severo cánon en el alma. ¿Hay nada que sea manantial de ideas y sentimientos más inagotable que lo simplemente bello? Digo simplemente bello, digo mal lo que es bello lo es todo á la vez. Cuando admiro el retrato de una mujer hermosa hecho por

Vandik, nunca pregunto: ¿guardará semejanza con el original? ¿Qué me importa? Es semejante á esas mujeres que no he visto, pero que he soñado, y ya me recuerdan una imagen querida.

—Partiendo de esa base...

—Es indestructible—me apresuré á añadir, atajándole el camino á fin de que no la destruyese, lo cual, después de todo, no hubiera sido completamente difícil; luego continué:

—Y si consideramos la cuestión bajo otro aspecto, la silueta de una mujer que se destaca ligera y graciosa sobre la sábana de espuma del mar y el dilatado horizonte del cielo, ¿qué sentimientos no despierta? ¿Cuanta poesía no tiene? Una inmensidad que apenas basta á reflejar la otra, y suspendidos entre ellas algo más pequeño y más grande á la vez, dos ojos de mirada dulce y profunda, en cuyo fondo cabe la copia de los dos que allí se encienden y abrillantan, no ya con reflejos de sol, si no con relámpagos de ideas... Las relaciones entre la mujer y la mar son infinitas. *¡Hermosa como el cielo, amarga como la muerte!* dijo el profeta de la mujer. ¿Y quién no podrá decir lo mismo de la mar? *¡Pérfida como la onda!* añadió más tarde el gran trágico inglés.

—No está eso mal hilado,—interrumpió el artista sonriéndose, cortándome el vuelo cuando ya comenzaba á remontarme;—y aún me parecía

mejor si se tratara, en efecto, de una mujer en cuyos ojos hay abismos y en cuyo corazón pueden presumirse tempestades; pero... ¡una niña de tres á cuatro años!

—¡Una niña! ¿Y qué importa eso?—proseguí volviendo á la carga sin desconcertarme;—en la simiente está la flor con sus tallos flexibles, su follaje de verdura, su cáliz lleno de miel y sus pétalos irisados. En la niña está la mujer, porque está su espíritu. Por ventura, al desenvolverse su organismo, ¿se escapa uno y le infunde otro? No: e alma está allí, la misma que ha de arrostrar tantos combates y estremecerse al contacto de tantas pasiones. Y después de todo, la niña, ¿qué es más que la ola que se levanta?... Allá en el fondo, junto á la arena blanca, surge una ola imperceptible, suspira apenas, como suspira la seda, y parece el ligero pliegue de una tela azul; esa ola que nace ahí, se la puede seguir con la mirada al través del Oceano, porque no se deshace, no; sube y baja para volverse á levantar más lejos herida del sol, coronada de espuma y cantando un himno sonoro... Pero es la misma; la misma que más allá aún, salta y se rompe en polvo menudo y brillante contra las rocas, por cuyos flancos trepa rabiosa como una culebra que silba y se retuerce: la misma que cansada de luchar cae sombría y se lanza gimiendo al través de la inmensidad de las aguas para ir

á morir... ¿quién sabe? ¡tal vez á una playa desierta... á ahogar el último grito de dolor de un náufrago!... Y en este mar de la humanidad, ¿qué es el niño sino la ola que se levanta cantando para ir al fin á estrellarse contra la piedra del sepulcro, como contra la roca de la misteriosa playa de un país desconocido?...

—Pero, ¡por Dios! ¿Todo eso se ve en mi cuadro? No, hombre, no; acaso lo verá usted, ó creerá que lo ve, que es lo más probable... pero los demás encontrarán aquí una muñeca grande que juega con un muñeco chico, *et pas plus.*

—¡Un muñeco!—exclamé entonces fijándome en el lienzo objeto de nuestra conversación; y, en efecto, ví, cómo la niña, que tenía la mirada alta, serena, dulce y al par dominadora, traía colgado de un brazo y en una postura descoyuntada, risible y lastimosa á la vez, un muñeco, una especie de polichinela, del que no hacía más caso que el suficiente para no dejarlo escapar de entre sus pequeñas garras de terciopelo rosa.

La observación comenzó por desconcertarme un poco, pero yo estaba decidido á obtener el dibujo.

—Verdad es que tiene ahí un muñeco en el cual no me había fijado, repuse articulando lentamente estas palabras, mientras revolvía con velocidad increíble la imaginación buscando nuevos argumentos para mi tesis; pero...—añadí al cabo con cier-

to aire de triunfo,—ese muñeco mismo puede ser tema fecundo, no ya de divagaciones poéticas, sino de las más altas especulaciones filosóficas. Ahí está la mujer toda. Hasta se ha hecho una frase de la idea que representa el cuadro: «el hombre es juguete de la mujer,» y es verdad; pobres polichinelas, el mundo parece estrecho á nuestras ambiciones: éste es un héroe. aquél un ingenio, el de más allá un gran corazón ó un gran carácter: uno perora, otro pelea; el de acá pinta, el de acullá escribe; todos nos agitamos, y luchamos y algunos vencemos, hasta que aparece al fin la mujer, esa mujer que hay ó debe haber en el mundo, la sola capaz de hacerse dueña de cada hombre, y ceñidos de nuestros laureles, cubiertos aún del polvo de la lucha, nos agarra por cualquier parte y nos lleva tras sí como esa niña lleva el muñeco, sin que nos quede otro recurso sino pedirle á Dios que la postura no sea del todo ridícula ó traiga un descoyuntamiento demasiado grave.

—Vamos, ya eso va estando más al alcance de la generalidad; aunque así y todo, dudo mucho que se comprenda á primera vista.

—A los hombres se les ocurrirá desde luego.

—¿Y las mujeres?

—¿Las mujeres? Las madres ven siempre con delicia otros niños; á unas les recuerdan los ángeles que perdieron; otras suspiran por el que aguardan;

las más besan el que tienen sobre el regazo, y le muestran aquella imagen simpática trazada sobre el papel.

—Esas dulces sensaciones responderán mejor al artista, proponiéndose despertarlas, merced á un asunto que no guarde tan escondido el pensamiento.

Casado se defendía huyendo como los parthos; pero se defendía.

Yo me aventuré á cambiar rápidamente el plan de operaciones, aventurando el último ataque.

—Convenimos en que usted me dará con gusto un dibujo cualquiera para *La Ilustración de Madrid*; pues bien, yo deseo que sea éste... ya no hay cuestión de poesía y sentimiento... se acabaron las divagaciones filosóficas y los discursos elevados; si es modestia la de usted, ya no tiene excusa... En nuestro periódico ocupan lugar las modas... esta niña es distinguida y guapa; su traje es al par elegante y sencillo. Deme usted la copia á título de figurín.

Casado rompió á reir y me dijo:

—Vaya por figurín... que me envien la madera, y esta semana tendrá usted el dibujo.

. . . . . .

. . . . . .

El artista ha cumplido su palabra, y en las columnas de *La Ilustración de Madrid* habrán visto ya nuestros habituales lectores el dibujo que hemos bautizado con el título de *Las dos olas*.

LOS DOS COMPADRES

ESTUDIO DE COSTUMBRES POPULARES DE ESPAÑA

(Dibujo de D. Valeriano D. Becquer)

Ya un poeta de la antigüedad lo decía con estas ó semejantes palabras: «Ven, amigo, hablaremos de largo y te daré á beber vino del tiempo de los cónsules». En todas las épocas, la embriaguez y la expansión han tenido por cuna el mismo tonel y han andado juntas de la mano. ¡Singular influencia de un poco de líquido que se ingiere en el estómago del hombre! ¡Desarruga el ceño del adusto, infunde osadía en el tímido, desarrolla las corrientes magnéticas de la simpatía para con los extraños, abre de par en par las puertas á los secretos del alma, rompe, en fin, el hielo de la calculada reserva que

se funde á su dulce calor en cómicos apóstrofes ó en lágrimas de grotesca ternura!

El jugo de la vid tiene su epopeya en los himnos de Anacreon, la poesía ha prestado á sus inspiraciones las alas de la oda en los espondeos de Horacio, las jácaras de Quevedo cantan sus picarescas travesuras entre las gentes de baja estofa, aún en nuestro siglo brota espontánea la canción báquica como la flor de la orgía. ¡Qué mucho que en la antigüedad haya tenido adoradores de buena fe un dios sin altar y sin culto!

Entre nosotros, generación nerviosa é irritable cuya inquieta actividad sostiene la continua exaltación del espíritu, el vino ejerce un muy diverso influjo del que debió ejercer entre los hombres de las edades primitivas. Embriagados casi desde el nacer, ya de un deseo, de una ambición ó una idea, constantemente sacudidos por emociones poderosas, el suave impulso de un licor generoso se hace apenas perceptible en el acelerado movimiento de nuestra sangre en el estado de fiebre que constituye nuestra agitada y febril existencia. Para obviar á este defecto, hemos recurrido al alcohol. Pero el alcohol es al vino lo que la carcajada histérica de un demente es á la rica, fresca y sonora de una muchacha de quince años. El uno es el entusiasmo, el otro es la locura; éste apaga la sed, aquél consume las entrañas. La última palabra del

vino es el ronquido formidable del Sileno griego. El alcohol ha legado á los hombres como un don funesto el *delirium tremens*.

No nos es fácil, pues, calcular todo el efecto que haría en una raza nueva más tranquila, más fuerte, menos propensa á la exaltación, ese secreto y misterioso impulso que despierta la actividad de las facultades, ese flúido que circulando con la sangre comienza por aligerar su curso, aguijonear las ideas perezosas y abrir los poros del alma á los sentimientos y las emociones. Con razón creyeron que sólo un Dios podía haber hecho á los hombres tan agradable presente. ¡Evoe! ¡evoe! gritaban los sacerdotes invocando á Baco. «Baja á nosotros», añadían, apurando copa tras copa, y cuando la embriaguez divina agitaba sus miembros, cuando el vapor del líquido subía á su cabeza, exclamaban llenos de místico alborozo: «El Dios ha bajado».

La mano del tiempo ha derribado la divinidad, aunque no se ha perdido el culto. Al cambiar de épocas, hemos despojado á sus adoradores del carácter sagrado con que se revestían. Después de arrebatarle el tirso, la corona de pámpanos y la piel de tigre, hemos dejado al sacerdote del antiguo templo en cuyo vestíbulo nació la tragedia clásica, convertido en el borracho vulgar que se desploma á la puerta de la taberna.

Á pesar de todo, lejos del agitado círculo en que

bullen y se codean las ambiciones y los intereses, *rari nantes in gurgite vasto*, aún se encuentran algunos tipos que traen á la imaginación reminiscencias de aquellas pasadas glorias.

Los que han estudiado con algún detenimiento las costumbres populares, así en nuestro país como fuera de él, suelen mostrarse á menudo maravillados de las singulares coincidencias que existen entre las costumbres y los usos modernos de los habitantes de ciertas localidades y las de los pueblos más remotos de la antigüedad. Y efectivamente, si con la diligencia y la condición de los que se afanan en busca de la ignota raiz de una palabra, hasta que profundizando en las capas primitivas del lenguaje humano, resulta al fin sanscrita ó caldea, se buscara la generación de ciertas ceremonias y hábitos, veríamos, persiguiéndolos en sus modificaciones al través de los siglos, que aparecían al fin enlazándose y como derivación natural de ceremonias, costumbres y fiestas olvidadas ya, ó de las que juzgamos no queda el menor vestigio. Y una cosa semejante sucede respecto á algunos tipos de las edades pasadas cuyos moldes parece que se rompieron después de vaciarlos.

El dibujo que me ha inspirado estas desaliñadas líneas justifica, hasta cierto punto, las anteriores observaciones. Hay algo de solemne y patriarcal en la actitud y el tipo de los dos personajes que

ocupan el primer término del cuadro, y que embebidos en su plática sólo se interrumpen para dar espacio á sus repetidas libaciones. Tiene el fondo algo de grande é imponente que recuerda el templo. No es esa la borrachera que pasea por las calles su escandalosa exaltación: no es esa la embriaguez que se desata en improperios, incita al crimen y se desploma en el arroyo para acabar desvaneciéndose en un sueño febril sobre la paja de un calabozo. Reina una paz, se trasluce una unción tan profundas en el uno de sus héroes; rebosa en el otro, aunque grotesco, un sentimentalismo tan propio de la chispa expansiva, que entre los dos puede decirse que completan el ideal del bebedor clásico. Basta fijarse en esa escena aislada de la eterna comedia popular para conocer el teatro de la acción, reconstruir el prólogo y adivinar el desenlace.

La ámplia capa, el sombrero colosal y la fisonomía característica del compadre grave, denuncian al menos conocedor el tipo de un manchego. ¿Quién no reconoce en su *alter ego* un labrador aragonés? Son los representantes de las dos provincias madres del vino, que beben á pasto las masas, del verdadero vino nacional, del que presta genio y carácter propios al pueblo español. ¿Dónde se han conocido? ¿De qué fecha data su amistad? ¿Por qué acaso se encuentran juntos? No importa averiguarlo. Después que la campana de la

iglesia ha tocado á vísperas, al tiempo que el alcalde, el cura, el boticario y algún primer contribuyente de capa parda, arreglan los destinos del país midiendo con lentos pasos el pórtico; en tanto que las comadres del lugar juegan al guiñote ó al julepe próximas á la lumbre, donde hierve el espeso chocolate de la merienda; mientras las mozas bailan en la picota y los mozos juegan á la barra ó recorren las calles desgañitándose al compás de un guitarrillo destemplado, nuestros dos héroes se presienten, se buscan, y después de encontrarse, sin cambiar una sola palabra, sin preceder siquiera algo semejante á la invitación del poeta latino, como empujados por una fuerza sobrenatural, se encaminan á las afueras de la población, si no á beber vino del tiempo de los cónsules, á saborear el contenido de una tinaja de lo añejo, cuyo zumo tal vez exprimió niño el que hoy lo consume anciano.

En muchos pueblos de Aragón, y particularmente en la parte alta de la provincia, una senda que pasa costeando el lugar, se dirige en desiguales curvas por entre las quiebras del monte hasta el punto que en la falda de éste ocupan las bodegas. Socavadas en la peña viva, recibiendo la luz por los agujeros practicados en el granito, el conjunto de ellas sólo ofrece á la vista una serie de bocas abiertas en el corte vertical del terreno, cu-

ya regularidad y extraña apariencia traen á la imaginación la memoria de esas ciudades de los muertos, verdaderos tesoros científicos para los modernos sabios, que los egipcios tallaban en los peñones de algún recóndito valle.

Unos cuantos escalones, naturales ó mal compuestos con ladrillo y argamasa, dan paso al interior de las bodegas, á las cuales se desciende casi siempre á trompicones, deslumbrados por la súbita transición de la claridad del cielo á las sombras que envuelven sus galerías. Cuando los ojos comienzan á habituarse á la vaga niebla que envuelve aquel recinto, cuando la dudosa y azulada claridad que se abre paso á través de los respiraderos resbalando sobre los muros, comienza gradualmente á destacarlos del fondo, es difícil dar idea con palabras de los pintorescos contrastes de luz, de color y de líneas que ofrece el cuadro que se presenta á la vista. En primer término, pipas, cubas y tinajas colosales, cuya gigantesca proporción recuerda los restos de las construcciones ciclópeas, se levantan majestuosas formando grupo con los artefactos y los útiles groseros de una industria que aún permanece entre nosotros en toda su primitiva sencillez. Por unos lados, la galería abierta á pico deja ver las grietas de la roca y sus robustos pilares; sus arcos chatos y robustos parece que remedan el interior de los tem-

plos subterráneos de Elefanta: por otros un madero, un pilar de adobes ó el tronco de una encina que sirve de puntal, revelan el carácter típico de su obra, que no es, como suele decirse, de romanos ni mucho menos. Tal es la que sirve de refugio á nuestros dos compadres. La muda admiración con que el huésped contempla la larga fila de ventrudas tinajas que se prolonga hasta perderse degradándose entre las sombras del fondo, las respetuosas ceremonias con que el anfitrión destapa la más venerable á fin de preparar la ofrenda, el silencio con que no ya en copa de cristal tallado, en caña ó cubillo, sino en clásico puchero de barro, comienzan ambos á trasegar al estómago el reverenciado líquido, dan á conocer que se sienten poseídos de toda la majestad del sitio en que se hallan, de toda la grandeza del misterio que en ellas va á operarse.

Los tragos menudean, el silencio se interrumpe y la *tagarnina* comienza á delinearse con carácter propio en cada uno de los actores.

En el uno se traduce el progresivo influjo del mosto por medio de la animación siempre creciente. Las palabras, primero lentas y entrecortadas, se suceden y se eslabonan con rapidez maravillosa. La actitud, el gesto, la acción, se hacen más vivos y acentuados; las ideas adquieren nueva lucidez y se producen por medio de imágenes, la imagina-

ción recorre todos los tonos de la escala de la pasión. ¡Esta es la bebida sentimental y tierna, la que abre como con una llave misteriosa las puertas del corazón y saca á plaza sus más recónditos secretos! ¡Historias imposibles, ambiciones locas, dolores ignorados, extravíos de la pasión ó de la inteligencia! todo sale á luz, todo se extiende á la vista como las baratijas de un buhonero en la tienda ambulante de un baratillo. Ya la sangre enardecida y avivada con el acicate y el desorden del cerebro hincha las venas por donde corre precipitada. El orador se despoja de la chaqueta, toma actitudes dignas del cincel, y ¡oh prodigio de la exaltación! llega hasta el punto de olvidar el puchero que rueda á sus pies haciéndose cascos y dejando escapar el preciado jugo. Si Baco sentado en el borde de una tinaja como un dios de Homero sobre una nube, asistiese invisible á esta escena, sonreiría satisfecho al aspirar el perfume de la involuntaria ofrenda, sólo comparable á las que en otra edad le hacían sus sacerdotes derramando sobre el fuego del altar el líquido encerrado en las ánforas de oro.

¡Qué ardientes profesiones de fe política! ¡qué proyectos para la regeneración de la patria! ¡qué historias de agravios ó de satisfacciones, qué confidencias de familia, todo ello revuelto y entremezclado con vivas protestas de amistad, con vehementes apóstrofes de indignación ó patéticas ex-

clamaciones de ternura, á las que presta realce la lágrima que humedece sus ojos enrojecidos por el sentimiento y la bebida!

Por desgracia ó fortuna para el sentimiental compadre, todas aquellas galas oratorias, todas aquellas expansiones inconscientes, todo aquel tesoro de cariño de un alma que se abre á la expansión después de estar largo tiempo comprimida, se pierden en el vacío. Él no sabe lo que se dice: en cambio su Pílades tampoco se da cuenta de lo que oye. Majestuoso en su olímpica serenidad, á plomo sobre su abultado vientre, envuelto en los anchos plieges de su capa como en una toga, permanece inmóvil é imponente, semejante á aquellos senadores romanos que al acercarse los bárbaros á Roma esperaban tranquilos la muerte sentados en sus sillas curules.

Este es el vino solemne, el vino epopéyico del que se emborracha, como (dado caso que bebiese) se emborracharía una esfinge. Emoción profunda que sólo se revela por raras interjecciones, que aunque tiene los ojos abiertos no ve, que aunque finge prestar atención no oye, que está toda reconcentrada en el interior del individuo, de cuyo estómago se eleva lento hasta la cabeza el vapor del vino como se eleva la nube del incienso del ara de un altar...

La noche que deja en profundas tinieblas á nues-

tros héroes, pone punto al diálogo. El anfitrión con palabras balbucientes, anuncia que ha llegado el momento de partir, y da un último abrazo á su huésped, el cual después de un resoplido previo, se levanta sobre sus enormes pies, firme y derecho como una columna. El uno, un poco á gatas, otro poco agarrándose á las paredes, pero siempre digno, vuelve á su hogar. El otro, pausado y magnífico, llevando sobre sus hombros el peso de *la chispa* con el respeto y el orgullo con que un elefante llevaría la tienda de oro y brocado de un rey persa, se encamina á su posada.

Media hora después de haberse separado ambos compadres, duermen con el sueño de los justos.

CASTILLO REAL DE OLITE

(NOTAS DE UN VIAJE POR NAVARRA).

La ciudad de Olite, célebre en la historia de Navarra por haber tenido en ella asiento algunos de sus reyes, está situada á la margen derecha del Zidacos y en una dilatada llanura, que riegan y fecundan las aguas de este río. Tal vez para mal de sus intereses materiales, pero indudablemente para bien del artista que busca en los pueblos de la vieja España rastros de otros siglos y otras costumbres, la moderna civilización no ha llevado aún la manía de las demoliciones y las restauraciones á Olite; de modo que todavía pueden admirarse algunos notables vestigios de su esplendor pasado.

La ciudad debe su origen á la época goda en

que la fundó Suintila, con el nombre de Ologito; pero de estos remotos tiempos, apenas se conserva más que la memoria del sitio que ocuparon algunos muros; pues los restos que aún se señalan como primitivos, no lo parecen.

La invasión árabe la redujo á ruínas, y después de reconquistada, comenzó á repoblarse á principios del siglo XII, creciendo poco á poco en importancia hasta llegar á ser asiento de los reyes navarros, y ver celebrar cortes importantes en su recinto.

La ciudad de Olite, aunque pequeña, anuncia desde su entrada la importancia de que gozó en un tiempo, y permite que se note á primera vista el carácter religioso y guerrero, que campea en sus monumentos más célebres. Cuando llegamos á la población, la noche había cerrado por completo y las grandes masas verticales de sus bastiones, que se destacaban oscuros sobre el cielo estrellado y de un azul intenso, parecían los gigantes guardianes de la antigua é imponente puerta ogival que da paso á su recinto. A la luz de un pequeño farolillo, que colgaban delante de un retablo empotrado en el grueso del muro, pudimos distinguir algunas figuras típicas de jornaleros del país, que volvían á sus hogares con los instrumentos de la labranza al hombro y que al entrar saludaban devotamente á la imagen.

Una calle corta, oscura y formada por casas desiguales y caprichosas, entre las que descollaban algunas, cuya masa imponente y denegrida acusaba su antigüedad, nos condujo á una gran plaza donde, según las indicaciones que traíamos, se debía de encontrar nuestro alojamiento. La posada, parador ó mesón donde al fin nos instalamos, á juzgar por la rápida y escudriñadora mirada que dirigimos á nuestro alrededor al traspasar sus umbrales, era una copia fiel de los históricos mesones que ya habíamos examinado en Castilla, y para cuya descripción puede aún aprovecharse algún párrafo de Cervantes. Con tal escrupulosidad se conservan en algunos puntos de España, la tradición de estos establecimientos públicos.

No obstante y en honor de la verdad, debemos decir que la cama y la cena sobrepujaron en bondad á la triste idea que de antemano nos habíamos formado de ellos, juzgando por el exterior del alojamiento.

II

Al día siguiente nuestro primer cuidado fué visitar el Castillo Real. La fundación de este castillo ó su completa renovación data del primer tercio del siglo xv, y se debe á D. Carlos III, de Navarra,

llamado el *Noble*, el cual tuvo de ordinario en él su residencia. Hoy día es difícil determinar precisamente la planta de esta obra, de la que solo quedan en pie muros aislados cubiertos de musgo y hiedra, torreones sueltos y algunos cimientos de fábrica derruída, que en ciertos puntos permite adivinar la primitiva construcción, pero que en otros desaparecen sin dejar huella ostensible entre los escombros y las altas hierbas que crecen á grande altura en sus cegados fosos y en sus extensos y abandonados patios. Sin embargo, la vista de aquellos gigantes y grandiosos restos impresionan profundamente y por poca imaginación que se tenga, no puede menos de ofrecerse á la memoria al contemplarlos, la imagen de la caballeresca época en que se levantaron.

Una vez la fantasía, templada á esta altura, fácilmente se reconstruyen los derruídos torreones, se levantan como por encanto los muros, cruje el puente levadizo bajo el herrado casco de los corceles de la regia cabalgata, las almenas se coronan de ballesteros, en los silenciosos patios se vuelve á oir la elegre algarabía de los licenciosos pajes, de los rudos hombres de armas y de la gente menuda del castillo que adiestran á volar á los azores, atraillan los perros, ó enfrenan los caballos. Cuando el sol brilla y perfila de oro las almenas, aún parece que se ven tremolar los estandartes y lanzar

chispas de fuego los acerados almetes; cuando el crepúsculo baña las ruínas en un tinte violado y misterioso, aún parece que la brisa de la tarde murmura una canción gimiendo entre los ángulos de la *Torre de los Trovadores*, y en alguna gótica ventana, en cuyo alfeizar se balancea al soplo del aire la campanilla azul de una enredadera silvestre, se cree ver asomarse un instante y desaparecer una forma blanca y ligera.

Acaso es un girón de la niebla que se desgarra en los dentellados muros del castillo, tal vez su último rayo de luz que se desliza fugitivo sobre los calcinados sillares, ¿Pero quién nos impide soñar que es una mujer enamorada, que aún vuelve á oir el eco de un cantar grato á su oído?

Para el soñador, para el poeta; suponen poco los estragos del tiempo; lo que está caído se levanta, lo que no ve lo adivina, lo que ha muerto lo saca del sepulcro y le manda que ande, como Cristo á Lázaro.

Para el arqueólogo no se conservan en el castillo de Olite más que un determinado número de torreones, cuadrados los unos y cilíndricos los otros, que refuerzan exterior é interiormente el doble lienzo de muralla que aún se tiene en pie y algunas construcciones aisladas, enriquecidas de lujosos ornamentos y que recuerdan al destacarse sobre el cielo, el airoso perfil de los minaretes moriscos.

Un lienzo de dobles arcos ojivales, sostenido por los estribos de un vano de medio punto que parece haber formado parte de una galería interior del palacio, se ostenta aún con toda su elegante esbeltez hacia la parte de la torre llamada del homenaje; varios escudos esculpidos en berroqueña, algunos ricos fragmentos mutilados y esparcidos por el suelo, y restos de atauricado mudéjar, pertenecientes sin duda á la ornamentación de las estancias, son mudos testimonios de la grandeza de esta magnífica obra y curiosos ejemplares del estado de las artes en la época á que se debe la fundación del castillo, que aún se conservaría en buen estado, si durante la última guerra civil, un célebre General no le hubiese entregado á las llamas.

III

Antes de volvernos á la población y después de haber arrojado una última y dolorosa mirada sobre los imponentes restos del famoso castillo, nos dirigimos á Santa María la Real, iglesia que se encuentra en las inmediaciones de estas ruínas, y junto á la cual se observan aún ciertos huecos y escavaciones que recuerdan el gran proyecto de Don Carlos III el Noble. Este rey, según Mariana,

pretendía unir los dos pueblos (Olite y Tafalla) con un pórtico ó portal continuado y tirado desde el uno hasta el otro.

Es creencia vulgar en este país, que tal camino ha existido; pero lo cierto del caso parece ser, que el Rey navarro murió sin llevar á cabo su empresa.

11 de Marzo de 1866.

EL CARNAVAL

I

Hay gentes que tienen en la uña el almanaque y saben en qué día preciso entran y salen las estaciones, cambian las lunas y caen tales ó cuales santos, éstas ó las otras fiestas. Yo tengo la felicidad de olvidar fácilmente todo lo que me importa poco, y como entre otras cosas se encuentran en el número de éstas los detalles del calendario, de aquí, que la mayor parte del año estoy como los niños en el Limbo, sin saber el día ni la hora en que me encuentro.

Para mí es primavera cuando el aire templado y suave trae á mi oído armonías extrañas envueltas en el perfume de las primeras flores, y otoño cuando al pasear por entre las largas alamedas el ruido especial de las hojas amarillas, que crujen bajo mis pies, me llena el alma de un sentimiento

melancólico é indefinible. Si el viento de Guadarrama me enrojece la punta de la nariz, exclamo endosándome el gabán de más abrígo: ¡Diantre, sin saber cómo ni por donde, se nos ha entrado el invierno! Y si, por el contrario, el calor me obliga á aflojarme el nudo de la corbata, ya no me cabe duda de que el estío comienza á dorar las mieses y á tostar los hombres.

Hay sin embargo dos solemnidades ó fiestas ó como se las quiera llamar, en el año, que nunca pasan inadvertidas para mí, porque á semejanza de las golondrinas que anuncian la estación templada con su vuelta, las preceden ciertas señales características. Estas son el día de difuntos y el Carnaval. No sé precisamente en qué estación ni en qué mes; pero ello es que hay un día en el año que al pararme distraído delante de una de esas lujosas anaquelerías de la Carrera de San Jerónimo, allí donde otras veces me he detenido á contemplar uno de esos adornos de flores y de plumas destinado á ornar la espesa cabellera de una dama elegante y hermosa, y á besar con sus flotantes cabos de cintas sueltas, su redonda espalda ó su seno mal encubierto por un encaje finísimo, me encuentro con una corona de pálidas siemprevivas, en cuyo centro y entre un diluvio de lágrimas de talco, dice con letras de oro y dos colosales signos de admiración: *¡A mi esposo!*

La fiesta de Todos los Santos se aproxima, digo entonces entre mí, los mercaderes de la muerte comienzan á sacar á luz la bisutería del dolor. En otras ocasiones vagando al azar por las calles comienza á sorprenderme un espectáculo extraño.

Me parece que entre las gentes que circulan á mi alrededor y sobre las cuales arrojo á intervalos una mirada distraída, se mezclan seres sobrenaturales y deformes, y de cuando en cuando veo aparecer una cara de tafetán celeste que me mira con sus ojos huecos, una nariz colosal que me sale al paso como cerrándome el camino, ó una cabeza fantástica que me hace visajes horribles desde el fondo oscuro de una tienda de tiroleses. Al notar que aquellas visiones no son otra cosa que caretas que en largos festones de mamarrachos orlan la entrada de los establecimientos públicos, exclamo al fin, cayendo en la cuenta del mes en que me encuentro:—Ya tenemos el Carnaval en planta, los traficantes de la locura comienzan á vender los pasaportes de la despreocupación.

II

La época del Carnaval ha pasado. El carnaval parece que parodiaba en el mundo moderno la costumbre que en el antiguo permitía á los esclavos

en ciertos días del año jugar á los señores y tomarse con éstos todo género de libertades y aun de licencias. En la Venecia de los tenebrosos Consejos, de los Palomos y del puente de los Suspiros, en la Roma de los Borgias, en cualquiera parte donde el pueblo ha vivido sujeto por una mano de hierro á un poder más ó menos tiránico, se comprendía esta periódica explosión de libertad y de locura. La política y el amor pedian prestado su traje á Arlequín, y al alegre ruido de los cascabeles del cetro del bufón, urdían la trama de su novela sangrienta ó sentimental. La aparente rigidez de las costumbres, el aislamiento del hogar, el carácter propio de la época, hacían necesarias esas noches de luna velada por nubes, de rostros ocultos con antifaces, de algazara popular y de misterios, en el Corso y en Rialto.

En este siglo de *meetings* y de *comités*, de Teatro Real y de temporada de baños, en este siglo de periódicos y de *soirées*, de Congreso y de Fuente Castellana, de paseos matinales y de conciertos nocturnos; en que durante el año cada cual es tan extravagante como le parece, se viste con el mamarracho que mejor se le antoja y hace en todos sentidos el más libre uso de su autonomía, ¿qué objeto tiene el Carnaval? ¿Qué nos dirá hoy una mujer en el baile por debajo de la flotante barba de su careta de raso, que no nos lo haya dicho otra ayer

en un palco de la ópera por entre las doradas varillas de su abanico de plumas? ¿A qué no nos atreveremos en el bullicio de la orgía, con la cara tapada, que no nos hayamos atrevido en el silencio del perfumado *boudoir* con la cara descubierta? Para desenvolverse, para conspirar ó para lanzarse ¿necesita por ventura alguna idea del discreto antifaz ó del misterioso dominó?

La política y el amor han tirado ya los andadores; la Revolución y el cancán se pasean de la mano por la plaza y salones públicos: el Carnaval no tiene razón de ser, y sin embargo existe. Como las *wills*, esas fantásticas apasionadas de la danza, se levantan al filo de la media noche para bailar en silenciosa ronda en derredor de los sepulcros, el Carnaval sale todos los años de su tumba envuelto en su haraposo sudario, hace media docena de piruetas en Capellanes, en el Prado y el Canal y desaparece. Sus escasos prosélitos se agitan durante esos días guíados por intereses distintos; para éstos el Carnaval es una cuestión de *toilette*; para aquéllos una especulación; para los otros una borrachera con el derecho de pasearla al aire libre. Vamos á decir no más que cuatro palabras sobre cada uno de estos tres grupos en que pueden subdividirse los que toman aún parte en el Carnaval de Madrid.

III

La aristocracia en sus bailes de *buen tono* comienza por desterrar la careta, ó no permitirla hasta cierta hora de la noche. Hasta aquí la aristocracia es lógica. En otras épocas, cuando todos se conocían perfectamente y sabían hasta el abolengo de cada persona medianamente visible, era una gracia no conocerse en esta ocasión. Hoy que todo se ha mezclado en el Babel social, el verdadero chiste consistiría en podernos conocer unos á otros siquiera un par de días al año.

Suprimida la careta, la idea filosófica que preside á la fiesta del Carnaval cae por su base y queda reducida á un pretexto. Se trata de conceder más libertad á la modista en un momento dado, de ensanchar el círculo de los caprichos de la *toilette*, de poderse permitir combinaciones de telas, colores, joyas y adornos vedados en otra ocasión por las inflexibles leyes de la moda. Considerando la cuestión bajo este aspecto, podría decirse que aunque en pormenores, el Carnaval llena aquí su objeto. La moda es una tiranía, prescribe el color, la forma y las dimensiones del traje de nuestras damas. Rubias y pelinegras, morenas y blancas, altas y

bajas, delgadas y gordas, tienen que doblar la cerviz á su yugo y conformarse con sus preceptos hasta que llega el Carnaval.

Entonces la valla se rompe en mil pedazos. Se dispone un baile de trajes en casa de la Duquesa de C*** ó de la Condesa de H*** una legión de modistas, peluqueros y doncellas de labor se pone sobre las armas, las cajas de marfil ó de ópalo del elegante tocador dejan ver los tesoros de perlas y piedras preciosas que contienen; por los muelles divanes caen descuidadamente tendidos los anchos pliegues de las más vistosas telas; el raso, el terciopelo, el brocado de metales, la leve gasa azul salpicada de puntos de oro y semejante al estrellado cielo de una noche de Estío. Hay libertad completa de elegir la falda: puede ser larga ó corta, según lo permita la misma: el descote alto ó bajo en razón á la esteología de los hombros: el pelo empolvado ó al natural, con arreglo al color de la tez. El oro, los diamantes, el tisú, las plumas y las perlas en montón, que otro día pudieran parecer ridícula exhibición de riquezas, parecen entonces como artículos necesarios. El Carnaval ha abierto las compuertas de la vanidad, y el lujo y el capricho pueden por un momento derramarse en oleadas de luz y de oro, de diamantes y de seda, de gasa y de flores por el aristocrático salón del baile.

Y á esto queda reducido el Carnaval en el dorado círculo de la sociedad elegante: A una vistosa majadería. A renglón seguido nos sale al paso vestido de tafetanes mugrientos, de percalina roja, de cintas ajadas y de falsos oropeles, la turba de máscaras que durante el día llena las calles de discordes músicas, y á la noche, dejando desiertas las bohardillas y los sotabancos de Madrid, corre frenética de Paul á Capellanes, de la Esmeralda á la Lira de Oro. Y he aquí al pobre Carnaval sirviendo de pretexto y tapadera. Tal estudiante de veterinaria que no se creería con valor para coger una guitarra y sentarse á la puerta de una iglesia en los tiempos normales, llega el Carnaval y se abraza á un figle monstruoso, y pide limosna á trompetazos. Tal otra deidad que ayer desplegaría por aparato, una serie de resistencias y negativas en el dintel del ambigú de Capellanes, hoy á falta de otra cosa, aceptará en Paul un panecillo y un chico de cariñena. Esos infelices que, mustios y fatigados se estacionan en las esquinas vestidos de pajecillos ó de marineros y tienden la pandereta á los balcones, no buscando una sonrisa, una flor ó un furtivo y perfumado billete de una hermosa, sino una pieza de veinticinco céntimos; esas pobres mujeres que han escatimado de su más que frugal almuerzo la media docena de reales del alquiler del dominó y bailan entre una atmósfera de

polvo y de miasmas mefíticos, con el estómago ayuno y el pensamiento puesto en el todavía problemático *beesteak* con patatas, toda esa turba de gentes que se mueve alrededor del Carnaval como en torno á un negocio, más que otra cosa inspira compasión. Ni su música divierte, ni su danza fascina, ni sus bromas agradan. Como la nota pedal del piano en una atronadora sinfonía, en el fondo de toda esa algazara, esa animación y ese bullicio, se oye monótona y constante una palabra que en vano trata de disfrazarse: *¡Miseria!* La careta en estas ocasiones es como la placa de metal, y el número que autoriza á implorar la caridad pública, sin temor de ser llevada á San Bernardino. Pero dejemos los aristocráticos salones donde el lujo moderno realiza los prodigios de las mil y una noches; dejemos las calles de la villa del Oso por donde discurren amenazando el bolsillo las mascaradas pedigüeñas y el *ambigú* de Capellanes, donde las ajadas bailarinas y sus estimadas é inverosímiles madres, en presencia de un helado ó un pastel, suspiran y sienten que no haya en la lista puchero; dejemos en fin el Prado, teatro de las gracias de los tontos con diploma que se pasean vestidos de mujer con cierta coquetería, y trasladémonos á la pradera del Canal. Una larga fila de gentes que se enrosca por entre los raquíticos árboles del paseo, llamado irónicamente, sin duda, de las Delicias, nos enca-

minará al punto á que acuden como citados por un edicto oficial los tradicionales acompañamientos del famoso *entierro de la sardina*, ya perteneciente á la historia. El Rastro parece que se ha salido de madre, y desbordando por las calles vecinas á los portillos de la Ronda, inunda la Pradera con un oceano de telas mugrientas, trajes haraposos, guiñapos y objetos sin forma, color ni nombre, que aún conservan la señal del gancho del trapero, como la etiqueta del almacén de donde proceden. Esto es lo más insconciente que forma bulto en todas las grandes fiestas, los comparsas obligados de las romerías y las solemnidades. Aquí el turco indispensable, aquí la cantinera, aquí el que llama *al higuí:* y los mamarrachos de toda especie circulan, y se agitan, van y vienen, riñen y se abrazan, corren ó se revuelven en el más amable desorden. Los felpudos, las esteras viejas, el lienzo de embalar y el papel, son las telas más á la última en esta grotesca danza, donde en vez de dijes de oro, plumas de color y piedras de brillantes, lucen cacerolas y aventadores, escobas y aceiteras, ristras de ajos y sartas de arenques. El *ambigú* se halla establecido al aire libre, el escabeche abunda, la longaniza frita no escasea, los callos son el plato de entrada de rigor, el vino se vende en los propios carros que lo han traído de las llanuras manchegas, y se traslada al estómago desde el pellejo ori-

ginal. El Carnaval de la Pradera, es, si no una noche, un verdadero día de Walpurgis, con sus sombras infernales, sus visiones horribles, sus carcajadas extridentes, su confuso vocear, su abigarrado conjunto y su confusión indecibles. Baco en otro tiempo no recorriera con más gusto la India en su carro de triunfador, que hoy pasean en el Carnaval su tirso de pámpanos por entre estos animados grupos que le rinden adoración con sus frecuentes libaciones. Sileno creería encontrarse en un coro de monjes, si las antiguas bacantes resucitaran para ocupar el lugar de los vinosos que allí le circundan.

Tal es el Carnaval en Madrid. Así, revolcándose entre el légamo de la vanidad las necesidades y el vino, agoniza en medio de la atmósfera del siglo XIX por falta de aire que purifique sus pulmones, el Carnaval de la tradición y de la historia. Derramemos una lágrima á la cabecera de su lecho de muerte, y preparémonos á poner el inútil antifaz y el cetro de cascabeles sobre su tumba.

11 de Febrero de 1866.

POESÍA INÉDITA

Es un sueño la vida,
Pero un sueño febril que dura un punto;
Cuando de él se despierta,
Se ve que todo es vanidad y humo...
¡Ojalá fuera un sueño
Muy largo y muy profundo;
Un sueño que durara hasta la muerte!...
Yo soñaría con mi amor y el tuyo.

AMOR ETERNO

PODRÁ nublarse el sol eternamente;
Podrá secarse en un instante el mar:
Podrá romperse el eje de la tierra
Como un débil cristal.
¡Todo sucederá! Podrá la muerte
Cubrirme con su fúnebre crespón,
Pero jamás en mí podrá apagarse
La llama de tu amor.

Á CASTA

Tu aliento es el aliento de las flores,
Tu voz es de los cisnes la armonía;
Es tu mirada el esplendor del día
y el color de la rosa es tu color.
Tú prestas nueva vida y esperanza
A un corazón para el amor ya muerto,
Tú creces de mi vida en el desierto
Como crece en un páramo la flor.

LA NOCHE DE DIFUNTOS

L crepúsculo de un día de Otoño brumoso y triste, sucede la noche fría y oscura. Durante algunas horas, parece que se ha apagado el continuo hervidero de la población.

Unas cerca, otras lejos, éstas con un acento grave y compasado, aquéllas con una vibración aguda y temblorosa, las campanas voltean lanzando al aire sus notas de metal, que ya flotan y se confunden entre sí, ya se dilatan y se pierden para dejar lugar á una nueva lluvia de sonidos que se derrama continuamente de las anchas bocas de bronce, como de una fuente de armonías inagotable.

Dicen que la alegría es contagiosa; pero yo creo que la tristeza lo es mucho más. Hay espíritus melancólicos que logran sustraerse á la embriaguez

de gozo que traen en su atmósfera las grandes fiestas populares. Con dificultad, se encontrará uno que consiga mantenerse indiferente al helado contacto de la atmósfera del dolor, si ésta viene á buscarnos hasta el fondo de nuestro hogar, en la fatigosa y lenta vibración de la campana que parece una voz que llora y nos relata sus cuitas al oído.

Yo no puedo oir sonar las campanas aunque repiquen volteando alegres como anuncio de una fiesta, sin que se apodere de mi alma un sentimiento de tristeza inexplicable é involuntario: por fortuna ó por desgracia en las grandes capitales, el confuso murmullo de la muchedumbre que se agita en todos sentidos, presa del ruidoso vértigo de la actividad, ahoga de ordinario su clamor hasta el punto de hacer creer que no existen. A mí al menos me parece que la noche de difuntos, única del año en que las oigo, las torres de las iglesias de Madrid recobran la voz merced á un prodigio, rompiendo solo durante algunas horas su largo silencio. Bien sea que la imaginación predispuesta á los pensamientos melancólicos ayude á prestarle apariencias, bien que la novedad de los sonidos me hiera más profundamente, siempre que percibo en las ráfagas del viento las notas sueltas de esa armonía, se opera en mis sentidos un extraño fenómeno. Creo reconocer una por una las diferentes voces de las campanas; creo que cada cuál de ellas tiene

un tono propio y expresa un sentimiento especial; creo, en fin, que después de prestar por algún tiempo profunda atención al discorde conjunto de los sonidos, graves ó agudos, sordos ó metálicos que exhalan, logro sorprender palabras misteriosas que palpitan en el aire envueltas en sus prolongadas vibraciones.

Estas palabras sin hilación, sin sentido, que flotan en el espacio acompañadas de suspiros apenas perceptibles y de largos sollozos, comienzan á reunirse unas con otras como se reunen al despertar las vagas ideas de un sueño, y ya reunidas forman un inmenso y doloroso poema, en el que cada campana canta su estrofa, y todas juntas interpretan por medio de sonidos simbólicos el pensamiento que hierve callado en el cerebro de los que oyen sumidos en profunda meditación.

Una campana de voz hueca y asordadora que se balancea gravemente en lo alto de la torre con ceremoniosa lentitud, que parece que lleva un ritmo matemático y se mueve por medio de algún perfecto mecanismo, dice sonando ajustada por puntos al ritual:

—«Yo soy ruido vano que se desvanece sin hacer vibrar una sola de las infinitas cuerdas del sentimiento en el corazón del hombre; yo no tengo en mis ecos ni sollozos ni suspiros; yo desempeño correctamente mi parte en la lúgubre y aérea sinfonía

del dolor, sin que mis sonoros golpes se retarden ó se anticipen un solo segundo; yo soy la campana de la parroquia, la campana oficial de las honras fúnebres. Mi voz pregona el duelo de etiqueta; mi voz llora desde lo alto del campanario contando á la vecindad la desgracia á gritos; mi voz, que gime á tanto por sollozo, evita al rico heredero y á la joven viuda otros cuidados que el de las formalidades de la lectura del testamento ó el encargo de los elegantes lutos.»

»A mi sonido salen de su marasmo los industriales de la muerte; el carpintero se apresura á galonear de oro el más confortable de sus ataudes; el marmolista golpea el cincel buscando una nueva alegoría para el ostentoso sepulcro; hasta los caballos del grotesco carro, teatro del último triunfo de la vanidad, sacuden engreídos sus antiguos penachos de plumas de color de ala de mosca, en tanto que los pilares del templo se revisten de bayetas negras, se alza en el crucero el túmulo tradicional y el maestro de capilla ensaya en el violín un nuevo Dies iræ para su última misa de Requiem.»

»Yo soy el dolor de las lágrimas de talco, de las flores de papel y los dísticos en letras de oro.»

»Hoy me toca conmemorar á mis conciudadanos, á los ilustres difuntos por quienes oficialmente lloro, y solo siento, al hacerlo con toda la pompa y el ruido que conviene á su condición, no poder decir

uno por uno sus nombres, títulos y condecoraciones; acaso esta nueva fórmula serviría de bálsamo á sus familias».

Cuando el acompasado martilleo de la grave campana cesa un instante y su eco lejano se confunde y se pierde entre la nube de notas que lleva el viento, comienza á percibirse el tañido triste, desigual y agudo de un pequeño esquilón.

—«Yo soy, dice, la voz que canta y que llora las alegrías ó los pesares del lugar que domino desde mi espadaña: yo soy la humilde campana de la aldea, la que llama con plegarias ardientes el agua del cielo sobre los agostados campos, la que ahuyenta las tempestades con sus piadosos conjuros, la que voltea trémula de emoción y pide socorro á gritos cuando el fuego devora las mieses.»

»Yo soy la voz amiga que da al pobre su último adiós; yo soy el gemido que ahoga el dolor en la garganta del huérfano y que sube en las aladas notas de la campana hasta el trono del padre de las misericordias.»

»Al escuchar mi tañido, brota involuntariamente una oración del labio y mi último eco va á espirar al borde de las fosas escondidas llevado por el aire que parece rezar en voz baja agitando las altas yerbas que las cubren.»

»Yo soy el llanto que escalda las mejillas, yo soy el sentimiento que seca la fuente de las lágrimas,

yo soy la angustia que oprime el corazón como con una mano de hierro, yo soy el supremo dolor, el dolor del desamparo y de la miseria.»

«Hoy lloro por esa multitud sin nombre que pasa ignorada por la vida sin dejar más huella en pos de sí que el ancho reguero de sudor y de lágrimas que señala su camino; hoy lloro por los que duermen olvidados en la tierra sin otro monumento que una tosca cruz de palo que casi ocultan las ortigas y cardos silvestres, pero entre cuyas hojas descuellan esas humildes flores de pétalo amarillo que los ángeles dejan del halda sobre la fosa de los justos».

El eco de la esquila se va debilitando poco á poco, hasta perderse entre el torbellino de notas, por cima del cual se destacan los sordos y cascados golpes de una de esas gigantescas campanas que hacen que se estremezcan al sonar, hasta los hondos cimientos de las antiguas catedrales góticas en cuya torre se las ve suspendidas.

—«Yo soy, dice la campana con su medroso y estentóreo acento, la voz de la gigante mole de piedra que para asombro de los siglos alzaron tus mayores; yo soy la voz misteriosa, familiar á las vírgenes de largo brial, á los ángeles, los reyes y los profetas de piedra que velan de noche y de día á la puerta del templo envueltos en las sombras de sus arcadas; yo soy la voz de los deformes endria-

gos, de los vestiglos y las monstruosas esfinges que trepan por entre las revueltas hojas de piedra á lo largo de las agujas de las torres; yo soy la fantástica campana de la tradición y la leyenda, que voltea solo en la noche de difuntos tañida por una mano invisible.»

»Yo soy la campana de los cuentos medrosos, de las historias de los aparecidos y de las almas en pena; campana cuya vibración indescriptible y extraña solo encuentra eco en las imaginaciones ardientes.»

»A mi voz, los caballeros armados de todas armas se levantan de sus góticos sepulcros, los monjes salen de las oscuras bóvedas en que duermen el último sueño al pie de los altares de su abadía, y los camposantos abren de par en par sus puertas para dejar paso al tropel de amarillos esqueletos que acuden presurosos á danzar en vertiginosa ronda en torno al puntiagudo chapitel que me cobija.»

»Cuando mi imponente clamor sorprende á la crédula vieja al pie del antiguo retablo cuyas luces cuida, cree ver por un momento los ánimas del cuadro danzar entre las llamas de bermellón y ocre al escaso resplandor del moribundo farolillo.»

»Cuando mis sordas vibraciones acompañan el monótono relato de la antigua conseja que escuchan absortos los chicos agrupados junto al hogar, las lenguas de fuego rojas y azules que se deslizan

á lo largo de los encendidos troncos, y las chispas de luz que saltan sobre el fondo oscuro de la cocina, se le antojan espíritus que voltean en el aire, y el rumor del viento que estremece las puertas, obra de las ánimas que llaman en los emplomados vidrios de la ventana con el descarnado nudillo de sus manos de huesos.»

»Yo soy la campana que pide á Dios por las almas precitas; yo soy la voz del terror supersticioso; yo no hago llorar, pero erizo el cabello, y llevo el frío del espanto hasta la médula de los huesos del que me oye».

Así unas tras otras, ó todas á la vez, las campanas van sonando, ora como el tema melódico que se destaca sobre el conjunto de la orquesta en una sinfonía gigante, ora como en un fantástico que se prolonga y se aleja dilatándose en el viento.. . .

. . . . . .

. . . . . .

La luz del día y los rumores que se elevan del seno de la población á par de la luz, pueden tan solo disipar los extraños engendros de la mente y el lúgubre y pertinaz tañido de las campanas, que aun á través del sueño, se perciben como en una fatigosa pesadilla durante la eterna *noche de difuntos.*

FIN DEL TOMO TERCERO Y ÚLTIMO

INDICE DEL TOMO TERCERO

ARTÍCULOS VARIOS

	Págs.
La Pereza	7
El Aderezo de Esmeraldas	15
Las Perlas	27
La Venta de los Gatos	37
Un drama (hojas arrancadas de un libro de memorias).	57
Recuerdos de un viaje artístico. — La Basílica de Santa Leocadia	69
Cartas literarias á una mujer	85
Prólogo escrito por el autor para la colección de cantares de Augusto Ferrán y Forniés. — La Soledad	109
Pensamientos	127

RIMAS

I	Yo sé un himno gigante	135
II	Saeta que voladora	136
III	Sacudimiento extraño	137
IV	No digáis que agotado su tesoro	140
V	Espíritu sin nombre	142

		Págs.
VI.....	Como la brisa que la sangre orea.....	145
VII.....	Del salón en el ángulo oscuro.....	146
VIII.....	Cuando miro el azul horizonte.....	146
IX.....	Besa el aura que gime blandamente.....	147
X.....	Los invisibles átomos del aire.....	148
XI.....	Yo soy ardiente, yo soy morena.....	148
XII.....	Porque son, niña, tus ojos.....	150
XIII.....	Tu pupila es azul, y cuando ríes.....	153
XIV.....	Te vi un punto, y flotando ante mis ojos.	154
XV.....	Cendal flotante de leve bruma.....	155
XVI.....	Si al mecer las azules campanillas.....	156
XVII.....	Hoy la tierra y los cielos me sonríen.....	157
XVIII....	Fatigada del baile.....	157
XIX.....	Cuando sobre el pecho inclinas.....	158
XX.....	Sabe, si alguna vez tus labios rojos.....	158
XXI.....	¿Qué es poesía?—dices mientras clavas..	159
XXII.....	¿Cómo vive esa rosa que has prendido....	159
XXIII....	Por una mirada, un mundo.....	159
XXIV....	Dos rojas lenguas de fuego.....	160
XXV.....	Cuando en la noche te envuelven.....	161
XXVI....	Voy contra mi interés á confesarlo.....	163
XXVII...	Despierta, tiemblo al mirarte.....	164
XXVIII..	Cuando entre la sombra oscura.....	166
XXIX....	Sobre la falda tenía.....	167
XXX.....	Asomaba á sus ojos una lágrima.....	169
XXXI....	Nuestra pasión fué un trágico sainete....	169
XXXII...	Pasaba arrolladora en su hermosura.....	170
XXXIII..	Es cuestión de palabras, y no obstante...	170
XXXIV...	Cruza callada, y son sus movimientos....	171
XXXV....	¡No me admiró tu olvido! Aunque de un día.....	172
XXXVI...	Si de nuestros agravios en un libro.....	172
XXVII...	Antes que tú me moriré: escondido.....	173
XXXVIII.	Los suspiros son aire y van al aire.....	174
XXXIX...	¿A qué me lo decís? lo sé: es mudable..	174
XL.....	Su mano entre mis manos.....	175

		Págs.
XLI.....	Tú eres el huracán y yo la alta.....	177
XLII.....	Cuando me lo contaron sentí el frío.....	177
XLIII....	Dejé la luz á un lado, y en el borde.....	178
XLIV....	Como en un libro abierto.....	179
XLV.....	En la clave del arco mal seguro.....	179
XLVI....	Me ha herido recatándose en las sombras.....	180
XLVII...	Yo me he asomado á las profundas simas.	181
XLVIII..	Como se arranca el hierro de una herida.	181
XLIX....	Alguna vez la encuentro por el mundo...	182
L.....	Lo que el salvaje que con torpe mano...	182
LI.....	De lo poco de vida que me resta.....	183
LII.....	Olas gigantes que os rompéis bramando..	183
LIII.....	Volverán las oscuras golondrinas.....	184
LIV.....	Cuando volvemos las fugaces horas.....	185
LV.....	Entre el discorde estruendo de la orgía..	186
LVI.....	Hoy como ayer, mañana como hoy.....	187
LVII.....	Este armazón de huesos y pellejo.....	188
LVIII....	¿Quieres que de ese néctar delicioso.....	189
LIX.....	Yo sé cuál el objeto.....	189
LX.....	Mi vida es un erial.....	190
LXI.....	Al ver mis horas de fiebre.....	191
LXII.....	Primero es un albor trémulo y vago.....	192
LXIII....	Como enjambre de abejas irritadas.....	192
LXIV....	Como guarda el avaro su tesoro..... ...	193
LXV.....	Llegó la noche y no encontré un asilo....	193
LXVI....	¿De dónde vengo?... El más horrible y áspero.....	194
LXVII...	¡Qué hermoso es ver el día!.....	195
LXVIII..	No sé lo que he soñado.....	196
LIX.....	Al brillar un relámpago nacemos.....	196
LXX.....	¡Cuántas veces al pie de las musgosas...	197
LXXI....	No dormía; vagaba en ese limbo.....	199
LXXII...	Las ondas tienen vaga armonía.....	201
LXXIII...	Cerraron sus ojos.....	203
LXXIV...	Las ropas desceñidas.....	208

Págs.

LXXV.... ¿Será verdad que cuando toca el sueño.. 209
LXXVI... En la imponente nave..... 210
Roncesvalles..... 213
Las dos olas..... 229
Los dos compadres..... 239
Castillo real de Olite..... 251
El Carnaval..... 259
Poesía inédita..... 271
Amor eterno..... 273
A Casta..... 275
La noche de difuntos..... 277

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PQ
6503
B3A1
1885
v.3
c.1
ROBA

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 11 03 16 011 9